



*Meditaciones
de un
Profesor*

YAMIL RISK

Para la persona con la que he compartido los últimos veintiséis años de mi vida, mi esposa, Martha Cecilia. Fiel compañera con la cual he compartido todos los episodios que nos ha dado la vida cotidiana. Desde los abismos más dificultosos de explorar, hasta los más simple placeres de un bello atardecer.

Pedid, y se os dará; buscad y hallaréis; llamad, y se os abrirá. Porque todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.

Mateo 7:7-8

Introducción.

Uno de los temas que “El Proceso Cristiano”¹ expuso fue el camino que una persona debe de seguir para iniciar y llegar a la meta de ser cristiano. Este proceso es personal y por lo tanto es diferente de persona a persona. Como resultado muchas son las validas preguntas que han hecho los lectores de cómo se pasa de una etapa a la otra en el desarrollo cristiano o, cómo coexisten estos pasos juntos para lograr la realización hacia esa nueva vida como cristianos. Porque es un proceso personal, varía según la persona y por lo tanto no es un método, existen más de una respuesta. Ahora, en la novela, “Meditaciones de un Profesor”, se ve un ejemplo de cómo es posible, para el personaje principal, iniciar y vivir el proceso cristiano. En la novela se explican los valores de una persona que persiste en la búsqueda de su paz interna. Así, la novela contestará muchas de las inquietudes y preguntas que El Proceso Cristiano generó.

Hay una sección de la novela donde no se puede evitar el uso de argumentos teológicos para saber de dónde y por qué el proceso cristiano toma esos rumbos o camino en las vidas de las personas. El libre albedrío es uno de ellos. ¿Tenemos la libertad de aceptar o rechazar la salvación de Dios o no? También, trata el tema de la predestinación. ¿Tienen nuestras buenas obras un impacto en la decisión en ser aceptados por Jesucristo o es nuestra salvación pura obra de Dios? Estos temas son expuestos y los explica el profesor, el personaje principal, a sus estudiantes en esta obra.

Saber el origen y la razón de por qué ciertas personas no pueden iniciar su proceso cristiano, a pesar de sus esfuerzos, nos da un entendimiento de cómo es posible y natural para algunos poder realizarlo y para otros no. No es necesario entender ni estar de acuerdo con las diferentes teologías presentadas aquí; es más, esta novela se puede leer sin tener que entender las diferentes teologías presentadas porque no pierde su ritmo el cuento al leerlo. O sea, la novela está completa si eliminamos esos capítulos donde el profesor les da charlas a los

estudiantes. Las diferentes teorías presentadas son necesarias para darle entendimiento a los conceptos y normas que en la vida real hacen que una persona busque su propio proceso cristiano como lo hace el personaje principal de esta obra.

Al mismo tiempo, las teologías presentadas en esta obra son interesantísimas y gobernaron el mundo por varios siglos, aparte de presentar las creencias de los más grandes teólogos y filósofos de su era. Hoy en día, estas diferencias teológicas siguen siendo temas de valiosas discusiones y son responsables en la formación de diferentes denominaciones cristianas y sus diversas creencias dentro del cristianismo. Por lo tanto, así nacen las diferentes iglesias cristianas. Lo peor que pueden hacer las diferentes ideas anteriormente mencionadas es incrementar el conocimiento del lector es su creencia, curiosidad y valorización personal al incrementar su fe hacia lo que ya valora o cree. Mi objetivo, independientemente de su creencia, es tratar de hacerlo pensar en el cristianismo. Y, si usted ya es cristiano, como estas diferencias de ideas forman parte o contradicen su denominación.

No se debe de ignorar las citas bíblicas nombradas, pero que no están completamente copiadas de la biblia por consideración de espacio, son importantes. Estas deben de ser leídas de sus biblias para no perder el ritmo y la validez de lo que se está tratando, no desde el punto de vista de persuadir al lector. Cualquier copia de “La Santa Biblia” se puede usar para este propósito, no biblias específicamente publicadas para denominaciones en particular.

Por último, les advierto que la novela es una obra ficticia, por igual que los personajes y que no se trata de ninguna situación o persona real. De encontrar familiaridad en la vida de personas que ustedes conozcan es pura coincidencia. Sin embargo, esta coincidencia se puede explicar en que los disgustos y deseos con los cuales viven muchas personas son similares a los de esta obra. Estos son, los deseos de vivir una mejor vida, una vida que sea más fructífera, sin remordimientos, más verdadera o en nuestro trato con los demás. Una vida donde se es honesto consigo mismo o una vida donde se está buscando el camino

hacia el cristianismo son muy similares y por eso son frecuentemente encontrados en una gran población de personas.

Espero que disfruten de este simple trabajo y que compartan sus críticas, inquietudes y opiniones en mi email: yamilrisk@aol.com.

Colombia, Sur América.
Enero, 2016

-*-

Aun no se podía explicar el placer que sentía al dejar que las tibias olas le acariciaran los dedos de sus pies mientras estaba sentado delante de un océano que aparentaba infinito por no poder ver su final. Pequeñas olas entraban por entre los dedos de sus pies y el cosquilleo del pequeño ejército de arena no detenía su ataque que definitivamente jugaba una importante misión de agregarle tranquilidad al inexplicable placer que estaba viviendo. Entre el horizonte y la orilla de la playa, donde se encontraba sentado en su silla playera, había mucho que observar. Eran las tres de la tarde una de las horas más popular para la gente bañarse en la playa. “Es cuando el sol no quema tanto y el agua está bien caliente,” se le oía a la gente decir.

En ese pedazo de playa que no abarcaba más de unos cien metros cuadrados había jóvenes saltando y tratando de mantener una bola de playa con sus familiares colores en el aire sin dejar que tocara el agua. Los enamorados no faltaban, una joven pareja se hablaba con intensidad cara a cara, sin duda algunos futuros planes que había que considerar mientras él la sostenía en sus brazos y se movían con el ritmo de las olas. Era muy diferente a la otra pareja. Obviamente ella estaba siendo cargada por él sosteniéndola por los glúteos y ella se amarraba con sus piernas alrededor de su cintura.

Por los besitos de cariños que se intercambiaban, esa conversación era puramente de confesiones del mutuo amor que se demostraba esta pareja el uno al otro. La única posible planificación que estos dos jóvenes podrían estar conversando era la promesa de estar juntos siempre por toda una vida, cosa que casi siempre va acompañada con besitos cariñosos de esta naturaleza, y también que, al ser tan jóvenes, y con la frecuencia que se repetían los besitos, no podían tener otro tema que no incluyera su presente amor. Interesante, como la edad, las acciones que se manifiestan, las expresiones faciales y la postura de las parejas llevan a uno a diferentes conclusiones basadas en pura especulación.

Pero, además, en esta área de playa también había chiquillos hundiéndose en las suaves olas pretendiendo ser buzos en una misión de alto peligro, sin duda defendiendo el bienestar de una princesa contra un monstruo marino. El reinado tenía que defender la vida de la princesa a todo costo, lo cual identificaba a estos valientes chiquillos como caballeros de la corte del rey. Esto era obvio por los fuertes golpes que recibía la superficie del mar al ellos atacarla con sus invisibles espadas, flechas, escudos y otros instrumentos de guerra. De vez en cuando se oía de uno de los chicos del grupo un grito de victoria,

— ¡Estás muerto!

Mientras que el otro lo negaba aclarando,

— ¡Solo estoy mal herido! — Esto lo hacía con la seguridad y el conocimiento de un cirujano de algunos treinta años de experiencia.

Toda esta batalla se llevaba a cabo mientras tenían sus piecitos muy bien clavados en la arena de la playa porque ninguno sabía nadar. Otros intentaban nadar y saltar con el jugueteo de las olas incluyendo su hijo el cual también disfrutaba la playa tan a menudo como le era posible a su padre traerlo. No faltaba en esta área del agua, el pequeño grupo de personas en un semicírculo hablando y riéndose mientras compartían su compañía, los bañistas individuales que al estar parados en el agua tenían que cubrirse los ojos con las manos al dar la vuelta al exponer sus caras al sol y finalmente el solitario que se encontraba parado en lo más profundo del área en su propio mundo.

No era difícil comparar esta área de la playa con el universo. Había un poco de todo. ¿Será así como Dios nos ve desde donde Él se estaciona, si es que tiene una estación fija de dónde mirarlo todo? ¿Tendría este pequeñito pedazo de nuestro mundo, parte del inmenso pedazo del infinito universo, suficiente importancia para Dios y Él notar a estos bañistas gozar de un día de playa? Desde la inocencia de los chiquillos hasta la conducta pública de los amantes, todo estaba bajo la gracia de Dios.

De hecho, Dios ya sabía la vida completa de cada uno de los que disfrutaban la playa desde antes del inicio hasta el final de sus vidas. Para nosotros es solo un

tiempo y un espacio muy específico. Pero lo que no sabemos cómo para Dios este día formaría parte de su plan, para su infinito universo, sin importar lo necesario o insignificante que eran todos los participantes en esta tarde de verano.

Este era un buen punto de argumentar con su amigo Eduardo. En la última conversación que mantuvo con su amigo Eduardo este mantenía que momentos y experiencias como estas no son de importancia para Dios ya que Dios sabe todo lo que estas personas pasarán en sus vidas desde antes de nacer hasta mucho después de su muerte físicas. Por lo tanto, el día completo de todas las personas que asistieron a la playa. Lo que si tenía de importancia para Dios era cuáles de estas personas desearían obedecerlo para poder tener una vida eterna con Él. Su posición estaba clara, en este caso, los hechos justificaban el final.

El profesor mantenía que, si el tiempo de Dios era infinito, momentos como estos en la playa formaban parte de la misma esencia del infinito tiempo de Dios. Que lo infinito se forma de partes finitas. Dios es omnipresente y por lo tanto aún la insignificancia de este día de los playeros es parte de la existencia de Dios en que forman parte de su consciente estado de presencia en la vida de cada individuo. Lo cual es parte del universo, el cual es parte de la creación de Dios, y al formar parte de Dios, forma parte del propósito eterno del amor que Dios tiene por su creación. Todo en el universo, por lo tanto, está unido, es uno solo en su existencia como creación de Dios.

Esto es así, crean los playeros o no en Dios. En otras palabras, la interacción de cada individuo y las acciones que cada uno realizaba en ese momento dado solo existen por la gracia y misericordia de Dios. Por eso, no solamente estaba presente en todos los lados, pero también sabía todo lo que había pasado, estaba pasando y pasaría, esto era inseparable de lo que existía en cada momento dado de tiempo según entendemos el tiempo y como lo medimos hacia una eternidad que solo Dios puede presenciar.

Aquí fue donde Eduardo le llamó exagerado pues estaba explícitamente explicado en Génesis que Dios habló todas las cosas a existencia y estas existen fuera de la formación de lo que constituye a Dios, fuera de Dios. El profesor argumentaba que Dios no hizo el mundo solo para observarlo desde lejos sin que

la existencia del mundo y todos los individuos en el no pasaran a ser parte de la grandeza de Dios. Aunque fuese solo por amor, tendría que ver un enlace de Dios dentro de los acontecimientos del hombre para poder sentir el amor y dedicación que algunos les tienen; y esto se logra cuando el Espíritu Santo nos llega.

Por eso envió su hijo Jesucristo para limpiarnos de nuestros pecados, pagando esos pecados con su vida. Así puede Dios recibir de su creación las admiraciones, obediencia, alabanzas y gratitud que nosotros tenemos para Él. Esto, después de todo, es lo que Dios desea por parte de nosotros y exige para darnos vida eterna junto a Él. Para eso fuimos creados, para alabarle. Por eso nos sopló espíritu y esa espiritualidad que solo comparte con nosotros indica que Él está en nosotros y nosotros en Él. Nuestra discusión se tuvo que detener por las avanzadas horas de la noche en un día de trabajo, pero esta se tendría que continuar.

Finalmente, le hizo señal a su hijo para que saliera del agua. Después de asegurarse que estaba bien seco y los pies limpios de arena, le dijo que entrara al vehículo. Cantaron canciones en camino al apartamento que el profesor había alquilado. Estacionó el vehículo en el estacionamiento del edificio y caminó con Elías hacia los elevadores. Al entrar al elevador, salió un matrimonio, una mujer y un muchacho. Fue obvio después de salir, por la conversación que llevaban, que era una familia pues no se ponían de acuerdo a cuál restaurante ir a cenar.

La mujer se quedó unos pasos atrás del grupo y mantuvo sus ojos fijos con una hermosa sonrisa fijada en su cara, en el rostro del profesor. Le comunicaba con malicia en los ojos que le agradaba verlo. Él también fijó sus ojos cariñosamente en ella mientras se desaparecía en la decoración del pasillo del edificio. Era una vieja amiga que se había casado recientemente y había pasado un tiempcito sin que la hubiese visto. Le agradó verla tan bien atendida y cuidada. Siempre se alegraba de ver a las personas progresar y no podía pensar en ningún maestro, profesor o nadie que estuviera en la profesión de pedagogía que no mantuviese ese punto de vista hacia la humanidad.

Enseñamos para que otros se beneficien. Como resultado uno se alegra de ver a otros beneficiarse de su profesión y que tan contento uno realiza su profesión, uno también se beneficia al enseñar; pero esto no es lo primordial, lo primordial es

ver a las personas progresar a través de la educación. Había hecho lo correcto, pensó, en querer dar media vuelta al estilo de vida que asumió después de su divorcio. En aquel entonces el profesor reinició su vida de soltero de nuevo y empezó a salir con amigas como lo hacía cuando era soltero. Un día se sintió como un pecador. Esto lo llevó a una conversación de pecados y pecadores que se inició un día con Eduardo y tuvo un efecto tan serio con el profesor que no dejó de pensar en el tema.

Sin embargo, al correr el tiempo y la lista de sus amigas incrementar, el Espíritu Santo empezó su inquietud de que debería de cambiar su estilo de vida de soltero con más fuerzas todos los días. Al sentarse e iniciar una lista de los pecados que sabía que cometía se dio a la tarea de eliminar los que cometía de hábito o por costumbre, como decir que estaba ocupado y no escuchó el celular cuando no quería hablar con alguien en particular. Encontró que el único pecado que le perseguía con seriedad era el de fornicar. Estaba seguro que pecaba a diario en otras áreas, pero ninguno de ellos le mortificaba como este. No le llevó mucho tiempo descubrir a 1ra Corintios 6:18-20 y leer:

“Huid de la fornicación. Cualquier otro pecado que el hombre cometa, está fuera del cuerpo; más el que fornicar, contra su propio cuerpo peca. ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros, el cual tenéis de Dios, y que no sois vuestro? Porque habéis sido comprado por un precio; glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo y en vuestro espíritu, los cuales son de Dios”.

Por eso sabía que tenía que cambiar, este pasaje bíblico lo estaba cambiando desde hace tiempo sin él darse cuenta. Al llegar a la habitación le dio inicio al aire acondicionado central del apartamento y puso a Elías de pies en la sala y le ordenó que fuese al baño. Lo vio correr con su espaldita moviéndose de lado a lado mientras sus codos hacían el movimiento de adelante hacia atrás como un corredor profesional para coger más impulso. Pensó que felicidad tan grande le traía su hijo, el amor que sentía por él y cuanto tenía que esforzarse para asegurarse de que tuviese un futuro donde no le faltara nada de su parte. Pensó en su padre y como a pesar de que Elías era producto de un divorcio, disfrutaba más

amor por parte del profesor, que el profesor tuvo por parte de su papá, aunque vivieron bajo el mismo techo prácticamente toda su vida, hasta la muerte de su padre. Desde que Elías nació, no podía ver su vida sin él. Lo pensaba diariamente.

Brevemente pensó en su exesposa, se conocieron en la universidad cuando ambos eran estudiantes. A pesar de sus tempranos años como adultos, se casaron tan pronto como él obtuvo trabajo en una escuela pública enseñando un quinto grado. Ella se graduó como administradora de empresa e inició su primer trabajo en unas de las empresas de su padre, con un buen salario. Los comentarios del padre del profesor eran que su hijo acabaría en ruinas si su mujer lo dejara pues lo que hizo fue casarse por dinero. Su hermana decía que se casó por salir de una casa donde nadie era feliz, y bien hizo.

Su hermano no tenía otra opinión que su cuñada era muy bonita y que iban a ser felices. Su madre, sin embargo, nunca opinó. No tardó mucho tiempo para los dos vivir en una casa ideal con referencia a lo material. Su divorcio tomó lugar cuando Elías contaba con unos años de edad pues allí fue cuando el matrimonio de cinco años inició su descenso emocional y las cosas se pusieron imposibles. Por eso, sentía un alivio al no hacerle falta su exesposa o tener desacuerdos con ella. Los últimos días de su separación estuvieron llenos de ese tipo de experiencia, ella de celos y desprecio, y él cansado de estar donde no se le apreciaba. Aunque esta inquietud duró poco tiempo.

El profesor era una persona de resolver problemas, no de crearlos y menos de criarlos, le molestaba solo en pensar estar esclavizado a un tipo de vida problemático, así que se separó y los papeles del divorcio estuvieron listo en menos de una semana ya que ella también deseaba un final rápido. Sabía que mientras menos se comunicaran o se vieran, más fácil sería su vida y estaba seguro que lo mismo corría por los sentimientos de ella. Y en realidad fue el único análisis de como ella había tomado las cosas que él hizo porque la verdad era que después de un muy poco tiempo, dejó de pensar en ella, aunque a veces la veía desde lejos quincenalmente cuando recogía a Elías. El divorcio trajo la dedicación al profesor de orar por su hijo diariamente.

Esto sucedía todas las mañanas después de leer la biblia y entrar en sus oraciones personales. Mientras estuvo viviendo junto con su esposa e hijo, siempre le daba las gracias a Dios por las personas en su vida. Pero ahora que no lo tenía siempre a su lado, rezaba por el bienestar de su hijo. Fue un gran cambio en su vida y la lista de las personas por la cual oraba diariamente fue incrementando gradualmente.

Así por igual se intensificó su fe, todo por lo que oraba o pedía le veía como un resultado positivo después de sus oraciones. Empezó a ver como Dios le otorgaba este beneficio solo por Su Gracia Celestial no por nada que el profesor mereciera. Pero no todas las cosas tomaron el mismo rumbo positivo, comenzó a salir con amigas y estableció relaciones sexuales con ellas. Le resultaba difícil, después de haber estado casado de no tener intimidad sexual en su vida. El grupo de amigas incrementó hasta que empezó a interrogarse a sí mismo si esto estaba correcto en los ojos de Dios.

Su esposa no tardó en rehacer su vida tampoco. Era una mujer elegante de la misma altura que el profesor lo cual estaba muy por arriba de la estatura femenina normal de su país y esto le añadía más elegancia. Rubia de ojos verdes claros. Ahora trabajaba para una empresa privada, con una buena posición administrativa, que continuamente tenía relaciones con el gobierno, ya que le fabricaba un sin número de productos desde las fuerzas armadas hasta papel timbrado para las diferentes oficinas gubernamentales. La empresa hacía negocios con la compañía de su padre y así fue a parar allí.

Como resultado dos meses después de su separación inició una relación con un amigo la cual terminó en matrimonio en menos de un año. El profesor no le importó para nada ese matrimonio porque no afectaba, en lo mínimo, el tiempo que habían acordado de repartirse a Elías entre los dos. El profesor decidió que el también debería de establecer su vida con una sola mujer y darle el ejemplo a Elías como lo hizo su mamá. Por eso le dio entrada a María en su vida. Por eso la veía y la trataba diferente a las demás. Por eso pensaba casarse con ella cuando el tiempo apropiado llegara. Porque la veía como el inicio a una nueva vida que necesitaba establecer para perseguir su desarrollo cristiano.

Mientras Elías estaba en el baño, tendió la camiseta, las toallas y los pantaloncitos húmedos de Elías en el área del lavado atrás de la cocina a secar. Entró al baño donde Elías como un buen soldadito jugaba con un patito amarillo y un cocodrilo verde que siempre los acompañaban en la tina al bañarse. Le ordenó que entrara a la tina después de llenarla a un nivel de seguridad donde la mitad del cuerpecito de Elías sobresalía del agua mientras estaba cómodamente sentado. Allí Elías inició una aventura donde los personajes principales, indiscutiblemente serían el patito y el cocodrilo.

Pero el profesor no se quedó para oír la historia. Se sentó a reflejar sobre su vida y los planes del futuro. Llamó a su madre y le preguntó qué le llevaba del restaurante de María y charlaron rápidamente de pequeñas cosas de la familia. Sacó a Elías del baño y lo colocó en la cama y lo vistió de ropa interior y le prendió el televisor a la estación de muñequitos y se fue a bañar. Al rato, estaban ambos vestidos y listos para partir a comer. Al entrar al estacionamiento del restaurante dobló el guía hacia la derecha a su paradero favorito. Abandonó sus pensamientos de como arreglaría el mundo y enfocó su atención en la cena. Antes de poder estacionarse correctamente ya su hijo le reclamaba sonriente:

— Yo quiero mi helado con dos sabores, chocolate y vainilla.

Al estacionar el vehículo, miró a través del mostrador que le daba toda la vuelta al área cuadrada donde se atendían a los clientes que pedían sus órdenes para llevar o para comérselas en la basta área que le daba vuelta al cuadrado, vestido de mesitas acompañadas de cuatro sillas de maderas bien trabajadas. El área cuadrada también servía como un mostrador donde una persona podía comer sentándose en butacas que se encontraban a todo su alrededor. De hecho, era un buen lugar donde conocer a personas solteras ya que las que comían en ella casi siempre andaban solos.

Para alegrar el área, las mesitas estaban todas cubiertas de manteles compuestos de cuadritos rojos y blancos los cuales daban una inspiración de buena limpieza sanitaria al ambiente, aunque el piso se componía de la misma arena de playa de donde habían salido hace unos seis kilómetros atrás. Del techo del cuadro de servicio al público salían cordones eléctricos de los cuales colgaban lámparas

coloridas fabricadas en un papel de cera de coco que resistía la lluvia y el sol y que colgaban estratégicamente sobre el área de las mesitas de tal modo que todas eran alumbradas por la misma claridad. No todas tenían los mismos diseños algunas estaban pintadas con tiburones, pescados, cangrejos y otros animales del océano. Pero mientras más estudiaba el local, sus ojos no daban con María.

María Carina tenía un cuerpo angelical, pero sin las alitas. Las curvas de su torso podían ser envidiadas por cualquier guitarra acústica ya que su cinturita quedaba perfectamente proporcionada entre sus senos y sus caderas. Esta estructura diseñada por el buen gusto de los genes de sus padres se dejaba caer genialmente sobre un par de piernas formadas a perfección para su estatura. Toda esta composición humana estaba claramente construida con los DNA de sus padres, ya que ella tenía lo mejor de ambos. Había dos facciones que hipnotizaban al que hablara con ella, la blancura de sus ojos y dientes.

En la blancura de sus ojos descansaban dos pupilas verdes, típicos de esa región del país que eran difíciles de ignorar por sus tamaños que le daban a su delicada cara el aspecto de una muñequita y la organización tan simétrica de sus dientes que parecían un collar de perlas. Dientes que al rebelarse con la calurosa sonrisa que ella sabía dar al separar sus jugosos labios, que si fueran gordos tendrían la perfecta figura de un corazón, pero al ocupar solo el perfecto largo y ancho en su cara, daban la tentación de querer besarlos y de morderlos suavemente y perderse en ellos como si uno estuviera sufriendo una fuerte fiebre, donde uno se pierde en un estado de delirio.

Por fin la vio de espaldas hablando con un cliente al lado opuesto al suyo quien obviamente deseaba otro servicio de lo mismo que ordenó y al irse sentar de nuevo con sus acompañantes y María dar la vuelta para pedir la orden en voz alta al cocinero, se encontraron los ojos de ambos. Ya el llevaba una sonrisa para cuando ella lo vio, pero ella lo imitó inmediatamente mostrándole sus perfectos dientes blancos hasta que se acercaron hasta estar cara a cara.

—¿Y Elías?—preguntó con sincera preocupación.

—Allá está con tu madre—. Contestó apuntando sin mirar, con la mano derecha, hacia donde estaba la estación de helados con la seguridad de que no le había perdido su rostro. La estación de helados estaba al lado de la caja de pagar y era donde siempre se encontraba la mamá de María, que era, junto con su esposo, Antonio Encarnación, propietaria del restaurante. Mujer en sus cincuenta y algo años de edad que cargaba una belleza acompañada de una dignidad que merecía y reclamaba respeto.

Indudablemente, esto se debía a los años de experiencia de atender un público que indiscutiblemente en más de una ocasión le habrían faltado el respeto y ahora su rostro mostraba una actitud de ‘no se atreva a pasarse conmigo’, pero con cierta simpatía sembrada en su rostro. Siempre recibía a Elías con un abrazo que este buscaba entrando por la puerta del mostrador mientras ella lo cargaba y dejaba que el operara las palancas de la máquina de helado que expedían los cremosos sabores de chocolate y vainilla y ella corría sus dedos por su cabellera y le sacudía toda la arena de su cabecita.

—Pensé que había sucedido algo, normalmente siempre sales más temprano para la ciudad. Son casi las seis y media y sé que te gusta evitar el tráfico después de las seis.

Le agradaba que estuviera pendiente de él y de sus hábitos. Recordó cuando la vio por primera vez en la universidad donde él era uno de sus profesores. Muchos estudiantes estudiaban en esta universidad pues al pertenecerle al estado, era económica y contaba con buenos educadores. En aquella ocasión sus ojos se encontraron igual que ahora y el efecto fue el mismo, se sonrieron el uno con el otro. Era obvio de que se gustaban.

—La verdad es que el día estaba muy apropiado para pasarlo en la playa. Cuando ese es el caso, es muy difícil sacar a Elías del agua. Además, mis únicos planes son de ver una película con Elías en la casa y tengo suficiente tiempo para despreocuparme del lento tráfico, llegaremos a tiempo. Pero con la gran cantidad de personas que dejamos en la playa, no creo que habrá un gran tráfico hoy— le dijo analizando la situación.

—Te tengo un pollo guardado de los grandes como le gustan a Elías, ¿con qué te lo llevas?

—Para mí, la ensalada de costumbre y una yuquita con cebolla. Para él me llevo las papitas fritas y un pedazo de bizcocho. Le gusta compartir mi ensalada, pero si le compro una solo para él, no se la come. Después de ese helado que se está comiendo, hay que ponerle comida de su agrado en la mesa, de lo contrario nadie lo hace comer— le dijo muy seguro de conocer el comportamiento de su hijo.

Ella le dio la espalda. Al entregarle la cuenta le agarró las manos, lo cual el permitió como si lo estuviera esperando, aunque no era una costumbre entre ellos hacerlo cada vez que se veían, pero esta vez como que hacía falta. El tiempo que corrió fue breve, pero se sintió como una eternidad, los ojos clavados uno con el otro. La besó en la mejilla. El siguió hacia la caja donde Elías atacaba su helado sentado en el mostrador mirando a la patrona cobrarles a unos clientes.

— No le favorece tenerlo aquí, la gente se pensará que ya es usted abuela— le dijo bromeando.

— Ahí sí, tomaría yo ya tener el primer nieto y que fuera tan bello como este— dijo rozando su nariz con la de Elías mientras este se reía sin parar.

— María dice que desea una familia grande. Seguro que le entregará muchos nietos y nietas.

— Así espero, pero más que eso deseo que sea con un buen hombre—. Dijo pensativa y esperanzada al mismo tiempo.

Él dudaba mucho que esto se llevara a cabo con él, pero lo que él no sabía era si la madre también lo supiese. Había razones porque él pensaba así y eran válidas.

Después de pagar, tomó la comida con la mano izquierda y con la derecha despegó a Elías del mostrador sujetándolo fuertemente por la cintura. Este al girar y ver a su padre, subió las piernitas y con ellas abrazó el lado derecho del cuerpo de su padre con ellas, tan pronto sintió la fuerza por detrás que su padre le hacía con el brazo alrededor de su cintura. Elías se despidió de María y su mamá

abanicando el bracito y manita libre de lado a lado. No se despidió de ellas, solo le sonrió mientras tomo al niño para iniciar su camino. Después de todo nunca lo hacía y ellas tampoco. Era como si todos entendían que “adiós” no debería de formar parte de su relación. Algo así como que siempre estaban pendientes o pensándose con afecto.

Al doblar la esquina de la calle de su mamá y estacionar el vehículo en la marquesina de la casa, Elías preguntó:

— ¿Puedo bajar, papá?

— Ahora sí. Contestó con un poco de cansancio, pero con una sonrisa para Elías.

La visita en la casa de la abuela fue como de costumbre. Elías le contestaba todas las preguntas de la abuela, ella le pedía más detalles y el contento de tener la oportunidad de poder seguir hablando, pero más importante, de que ella le diera toda su atención al escucharlo. Esto siempre se realizaba mientras ella le preparaba una merienda. Merienda que siempre llevaba la observación y supervisión del padre en que fuera pequeña para que Elías no perdiera el apetito para la cena. Como de costumbre, mientras Elías disfrutaba su merienda frente el televisor, madre e hijo hablaban de cosas íntimas ya que solo podían hablar con tranquilidad durante los fines de semanas debido a la carga de trabajo tan grande que le ocupaba al profesor durante la semana.

Después de llegar a ciertas decisiones, ya que ella siempre consultaba con él, le hacía la pregunta que no faltaba para finalizar su conversación: ¿Y cómo están las cosas con la madre de Elías?

—Presumo que bien mamá, ya sabes, no nos hablamos, no tenemos nada que decirnos. Yo recojo al niño y ella siempre lo besa al despedirlo en la puerta de su casa mientras yo espero en el vehículo con el motor en marcha y la puerta abierta. El lunes lo llevo a la escuela y así no tengo contacto con ella. Fin de la historia.

Su madre lo vio con comprensión y se sintió tranquila al ver que la pregunta no le molestó y que permanecía sereno; pero se le notaba que al mismo tiempo respetaba su decisión, aunque él nunca le dijo que lo llevo a esa decisión del divorcio. Él le contestó varias preguntas, tomo unos papeles que su madre tenía que depositar en una oficina gubernamental y se despidió.

Al llegar a su apartamento sentía el cansancio del recorrido del día, especialmente en la parte superior de su espalda, entre los dos hombros. Sin embargo, no dejó que lo gobernara ya que tenía que cuidar a Elías por el resto de la noche y llevarlo a la escuela por la mañana. Esto no le molestaba, él disfrutaba estar con su hijo y atenderlo. Se dieron un baño junto y Elías trató de imitar lo más cercanamente posible todos los movimientos del padre con gran éxito desde lavarse la cabeza hasta secarse su cuerpecito de seis añitos. Desde el luego que el padre se aseguró de ayudarlo en lo que Elías no hizo bien.

Se vistieron con pijamas, comieron mirando los muñequitos favoritos de Elías, hablaron y recordaron la pelea en el baño con el agua, se rieron, compartieron bocaditos de sus platos y miraron una nueva película de Jon-Jon, el gusano héroe del jardín, que era uno de los personajes favoritos de Elías. Se quedó dormido al profesor poner las noticias después de la película y su padre lo llevó a su camita y lo acomodó arropándolo y besándolo en la frente. Volvió al televisor para terminar las noticias cuando sonó el celular. Era una de las amigas con quien solía salir, hija de una de las profesoras de la universidad.

—Me tienes abandonada —le dijo con tristeza exagerada en su voz.

La voz lo llevó a un sin número de recuerdos de placeres sexuales de su pasado con la persona que existía en el otro lado del celular. Ella continuó con su triste voz hasta que él le sugirió una fecha para reunirse y dónde encontrarse. Se le notó la felicidad y no tardó en decirle los problemas que había tenido en el trabajo y contarle de los hombres de la empresa que deseaban ayudarla, pero con un costo que ella no quería pagar. Al final de contarle su ineficiencia, de poder realizar su trabajo sin ayuda de sus colegas y poder salirse de la boca de los lobos que laboraban en su empresa, pensó en él y decidió llamarlo.

Su vida era su trabajo y no deseaba compromisos que la distrajeran hasta que ella no lograra una de las posiciones como presidente de la empresa. Sabía que era una mujer y que faltaba mucho por comprobarse en su empresa. Pero de llegar una mujer como presidente de un departamento de su empresa, sería ella, de eso estaba segura. Hasta entonces un hogar, marido y niños estaban en lista de espera.

Esos planes le agradaban al profesor por eso se llevaba tan bien con ella. Se verían en dos semanas y se pasarían desde el viernes hasta el sábado en su resort favorito. El profesor estuvo de acuerdo ya que ella era la única mujer que él llevaba a ese sitio. Extraño que después de esta conversación soñó con María en vez de la futura presidenta.

Al día siguiente, después de un beso y acomodarle el pelo con la mano, Elías bajo del vehículo y entró en la escuela donde el portero le tomo de la mano y lo introdujo más allá de la verja de la entrada hacia el patio interno del colegio. Aún desde el vehículo podía ver a Elías correr alegremente hacia la puerta del edificio principal la cual lo introducía al interior donde estaban los salones de clase.

Tuvo que reconocer lo satisfecho que se encontraba con las situaciones de su vida, no porque estaba del todo satisfecho o porque no había metas por la cual trabajar aun, sino más bien porque sentía una paz interna que lo anclaba a una tranquilidad que era capaz de soportar cualquier tormenta sin importar los poderes de su destrucción. Esto lo estaba experimentando desde hacía bastante tiempo, desde que empezó a leer la biblia todas las mañanas, cosa que no le había comentado a nadie. A lo mejor porque esta vez lo estaba haciendo para su enriquecimiento personal.

Sí, ya había leído y estudiado la biblia en la universidad y hasta enseñarla por los últimos veinte años. Pero al leerla ahora, lo que era nuevo era lo que sentía. Era como arena movediza, se profundizaba más y más en una nueva etapa personal donde no se sentía solo, se sentía más estacionado en una seguridad, en una paz que podía superar los más serios problemas que uno pudiese encontrar. Problemas que muchos hubieran categorizados como desastres personales, pero para él pasaron con una certidumbre de que terminarían para su beneficio, no por pasajero sino por simple fe en Dios que esas tormentas le añadirían más estabilidad a su fundación como hombre.

Sin duda alguna, empezaba a sentir la presencia del Espíritu Santo y eso le gustaba. Le gustaba saborearlo porque siempre era muy especial para él. Todas

estas evolucionarias novedades emocionales en su vida eran acogedoras como sentir la seguridad de esa arena movediza que abraza a uno por todos lados lentamente bajándolo con una seguridad que deja a uno impotente pues no hay nada que uno pueda hacer. A cada una le podía todavía sentir su toque y oler su aroma. Todo era parte de él y él era parte de todo. Se sentía uno con el universo, ajustado a cada grano de arena, de esa arena movediza que lo aislaba a un entendimiento, una comprensión de su sitio en este mundo que solo su parte espiritual se lo podía hacer realizar.

Era similar a la estimulación y realización de la belleza de un atardecer que nos inspira nuestro espíritu a poder apreciar lo inmaterial. Y por ser inmaterial, no lo podemos poseer como cosa únicamente nuestra, no, es de todos los que se puedan inspirar con esa belleza natural e inmaterial de un atardecer. Nos lleva hacía una nueva realización no anteriormente vivida, tranquilidad total antes de la muerte. Antes de que el sol desaparezca totalmente. Pero alegres de que regresará de nuevo el próximo día y a lo mejor hasta con colores más extravagantes que los de hoy, porque para un atardecer nada es imposible, después de todo, es una cosa inmaterial que nos mueve espiritualmente.

El tráfico empezó a avanzar con un mejor ritmo y por lo tanto se podía mover con más facilidad y velocidad. Nunca pudo entender, si todos los vehículos viajaban a la misma velocidad, sin importar que tan rápido, ¿por qué que se detenía el tráfico? Y fue esta pregunta sin respuesta lo que lo llevó a pensar en la cena del gobernador. Era la otra invitación que tenía pendiente en este mes. En su opinión los políticos son capaces de detener las cosas que prometen y normalmente la sociedad se lo acepta sin tener una explicación razonable por su conducta. El gobernador era su amigo de infancia y se le reconocía por miembros de su partido con una cena en su nombre para recaudar fondos para la posible elección presidenciales, aunque este no se había nominado para la posición.

Su partido estaría muy contento de aceptar su nominación, pero él seguía, según los periódicos, indeciso al respeto. Pero conociendo a su amigo como lo conocía el profesor sabía que haría, a todos los que estaban de acuerdo de que él haría una buena candidatura para la presidencia, esperar lo más posible solo para

molestarlos. El profesor no era ignorante de la importancia de acudir a eventos como estos donde no todo el mundo es invitado, ya le hacían bastantes invitaciones de esta naturaleza. Sin embargo, le corría a todas las que tenían que ver con política pues aún tenía conceptos contrarios a la creencia de que pocos hombres pudieran tener control de las decisiones de la gran mayoría.

No era un secreto que después que un político entrara en su oficina y se olvidara de las promesas hechas al pueblo que lo eligió, era muy difícil de hacerlo cumplir con lo prometido. Lo peor que veía en estos casos era la tranquilidad con que los pueblos aceptaban los desencantos y el descaro de los políticos en vez de sacarlos del poder a través de un proceso de voto de la mayoría. La mayoría votaba por ellos, pero al final los políticos hacían lo que deseaban. Su proceso ideal político sería diferente, establecido por voto civilizado, los políticos serían electos a sus cargos. Pero al no satisfacer las promesas que lo pusieron en el poder, serían inmediatamente reemplazados de su oficina por el próximo candidato de más voto en esa elección.

Esto sería una ley mundial porque todos los gobiernos tendrían este acuerdo escrito y estipulado en sus constituciones nacionales. De esa manera todos los países del mundo tendrían una democracia en el poder de los ciudadanos de su país, no los políticos, ni los militares, ni los millonarios que son los que casi siempre mantiene a los políticos en el poder. Los ciudadanos de cada país serían los vigilantes que se encargarían de que cada gobierno trabajara en las necesidades de su país. Todos los países, al priorizar las necesidades de su país, también se ayudarían, en libre comercio, a satisfacer las necesidades de los que no tienen suficiente, para que todos tengamos lo necesario para vivir en paz sin necesidad de enriquecerse uno más que el otro en el mundo.

El intercambio de productos y primeras necesidades a veces se llevarían a cabo sin lucros económicos para los países, ya que pudiese dar la situación que algunos no tendrían con que pagar. Lo importante es que todos tendrían que comer, donde vivir, que vestir y servicio de salud mundialmente. Con un gobierno mundial, observa las armas de guerra desaparecer. Muchas fueron las discusiones que mantuvo con su amigo Eduardo sobre este tema para perfeccionarlo hasta que

fuera una teoría que todos los países del mundo la aceptaran. Penosamente, a la república de ellos dos le faltaban muchos hoyos que rellenar y al final no sería tan famosa como la República de Platón.

Al final del caso, lo importante era no pensar mucho en las cosas políticas que él no podía cambiar y tratar de vivir con la mejor calidad de vida posible. Esto era otros de los puntos que él no podía entender. ¿Por qué se hacía tan difícil poder realizar cosas que enriquecieran al espíritu y el crecimiento interno de una persona debido a todas las artimañas con que se tenía que sufrir en una sociedad donde faltaban los buenos deseos y no faltaba la ignorancia cultural de algunos que no la dejaba progresar?

Ignorancia cultural, porque era costumbre buscar “un padrino”, por ejemplo, para resolver diligencias para contratos gubernamentales, darles propinas a policías corruptos para evitar una penalidad o emplear a “buscones” para no tener que hacer largas filas al obtener documentos legales en vez de trabajar para una sociedad donde los procesos legales que demanda la sociedad tenga suficientes empleados para no tener que rebajarse a dichas prácticas. Donde los empleos se otorgan según la capacidad de los participantes, en vez de quien lo conoce a usted. La corrupción era otra historia más difícil de solucionar. Difícil porque existe desde los más ricos hasta los más pobres.

Los que no se involucran en la corrupción terminan embarrados de ella de todos modos. Cuando ciertos fondos designados a la salud, educación, etc., terminan en los bolsillos de políticos en vez de su propósito, todos somos afectados. Cuando falta la medicina apropiada para un niño moribundo u otro niño pasa hambre, un padre de familia pobre, es capaz de hacer cualquier cosa. Si usted está en la presencia de ese padre, en el momento inadecuado que él se comporte violentamente, pueda que sea usted el que pague. Pero cuando los ciudadanos puedan denunciar a un servidor público por corrupto, sin correr el riesgo de sufrir consecuencias del mismo, entonces estos elementos que practican corrupción abiertamente desaparecerán o dejarán de comportarse de esa manera; y la violencia no tendrá necesidad de ser.

La culpa era de los políticos que miraban para el otro lado en vez de encarar las necesidades de un cambio positivo. Pero este problema era otra cosa más profunda que las anteriores. Tenía fe en Dios que algún día las cosas mejorarían para lo mejor y su hijo pudiese disfrutar de una mejor sociedad. El profesor tenía el dinero para pagar por dicha cena, ese no era el problema, no estaría mal el rosarse con las personas que acudirían al acto, el problema era que se sentía que estaba vendiendo sus principios solo por dejarse ver de la gente de dinero de su sociedad. Este era el problema sobre el cual dependía su asistencia.

Llegando a la universidad, no pudo evitar pensar en que sorpresa le tendrían en el trabajo hoy. Manejando hacia el recinto de la universidad llegó a su destino, apagando el vehículo y cerrando la puerta del chofer con llave, miró el letrero metálico que decía “estacionamiento de facultad”. Cuanto trabajo le había llevado alcanzar esta meta empezando con los años de estudios universitarios y los sacrificios de tener que trabajar con tantas personas indeseables durante todos esos años, pensó.

Recibir órdenes de personas que sabían menos que él y que se podían considerar contra productivas para lo que se quería lograr para los estudiantes. Abriendo la pesada puerta del viejo edificio del departamento de filosofía, siguió caminando hacia el segundo piso donde se encontraban las oficinas de la facultad. Después de darle un visto buen a la oficina y subconscientemente asegurarse de que todo estaba en el orden de costumbre, puso su maletín en el escritorio y prosiguió a sacar su computadora del mismo.

— Buenos días.

— Buenos días, — contestó Juan sin dar la vuelta hacía la puerta pues reconoció la voz del profesor.

Juan Francisco Mesa era el decano de la facultad de filosofía de la universidad, posición que había disfrutado por los últimos tres años y que había comentado que pensaba seguir ocupando hasta jubilarse. A sus cuarenta cinco años eso implicaba que estaría en esa posición por veinte años más. Que seguridad. Saber que es lo le espera a uno para el resto de, prácticamente, toda su vida. Eso era lo que a él le

faltaba, una convicción de toda una vida trazada, premeditada, asegurada pero no aburrida. Sabía que eventualmente también se jubilaría de la universidad, pero no sabía de cual y ni de donde, en ese sentido no tenía límites, pero si planes concretos.

Muchas fueron las ofertas de empleo de otras universidades la que él rechazó por falta de seguridad. Era lo mismo que él no podía establecer en su vida pues sabía que faltaba un algo que aún no había llegado, que sería indispensable para él poder sentir que el inicio de su vida permanente había llegado. No que él no sentía seguridad donde se encontraba en su vida, pero más bien que la vida tenía que ser algo más que una posición que generara un ingreso para vivir, faltaba esencia, faltaba el latido del corazón del barco que lo llevaría en el viaje náutico hacia la isla donde encajara el propósito de su vida con los que la iba a compartir.

—Te vine a entregar la asignación del próximo año y discutir lo necesario para llevarla a cabo. — Le dijo extendiéndole la mano que contenía un sobre blanco con el emblema de la universidad.

—Consideré las materias que acordamos antes de asignártelas y se las presenté al presidente de la universidad. Se puso muy contento de que estabas de acuerdo en asumir la responsabilidad y hasta me comentó que desearía sentarse en unas cuantas de tus charlas si tenía el tiempo.

No reaccionó, se sentía alargado por dicha confianza. Ya él había preparado una gran parte de las charlas necesarias para entregárselas a la administración hasta el primer receso universitario, que serían las navidades. No las entregó porque pensó que lo iban a rechazar, y, además, preparó las charlas porque, aunque le negaran las asignaturas eran charlas que él quería tener en su archivo para su uso personal. Además, la materia le llegaba tan natural como su propia respiración, aunque solo tenía un año que había impartido la materia de Teología 302, Filosofía 101 y orientación a los nuevos estudiantes. Le agradaba tener que impartirles clase a los estudiantes de primer y último año, así se podía experimentar con los que tenían hambre legítima por absolverlo todo.

También con los que tendían a analizar las teorías con más cuidados por sentirse en poder de haber vivido unas cuantas ideas que resultaron no ser ciertas. Sus pensamientos fueron interrumpidos por la presencia de su amigo, José Manuel quien después de tocar la puerta siguió a tomar asiento. No tardó en entablar una conversación sobre la iglesia y no dejar de invitarlo para ese domingo. Luego de informarle que tenía un previo compromiso y no podía asistir ese domingo, la conversación pasó a hablar sobre el ánimo del profesor. Hablaron desde el luego de la cuñada de José Manuel con la que su esposa quería “que se materializara algo más concreto entre los dos, ¿y quién sabe”?

Pero el profesor no le había dado la oportunidad a la chica llegar a primera base, temía que cualquier cosa entre los dos resultara en afectar la relación con José Manuel y su amistad tenía prioridad. No era la clase de chica que podía tener una relación y decir adiós, estaba cazando maridos y el profesor estaba muy lejos de esos planes. Después de la larga conversación amistosa con José Manuel, sacó su grabadora de mano y la paró en el sobre tamaño legal, de piel color miel que estaba arriba del escritorio. Eran las dos herramientas que le acompañaban al salón de clase.

—Sabes que tenemos una reunión el viernes a las tres— dijo José Manuel al pararse pues al ver la grabadora sabía que era hora de iniciar el día de trabajo.

—Estoy seguro que me lo recordarás antes de la ocasión— le dijo mientras cerraba la puerta. Después de bajar las escaleras, caminaron hasta el final del pasillo donde cada uno tomo diferentes rumbos y siguieron sus destinos.

Abrió la puerta al salón de charlas 159, era ya la tercera semana de clase, y observó la población de algunos veinte estudiantes de los originales cuarenta y siete que se habían originalmente inscriptos para la clase. Obviamente estos necesitaban la materia para su carrera y estaban dispuestos a seguir con el fuerte trabajo. Le había dado un vistazo al desarrollo teológico de los teólogos que habían tenido un impacto sobre el tema de la predestinación y ahora había llegado el momento de asignarle a los estudiantes una asignatura sobre el tema.

—Hemos estado trabajando en el análisis de la predestinación² desde un punto de vista teológico. Recuerden que para nuestros propósitos la predestinación es que Dios ya seleccionó a los que se van a salvar y son estos solos los que tendrán salvación. Dios todo lo sabe, todo lo puede, es eterno y conoce el destino del universo y de cada persona en el mundo. Si este es el caso, entonces Dios ya sabe quiénes serán los que tendrán vida eterna antes que nazcan y también cuales se perderán según su voluntad. Esto nos lleva al argumento, entonces, ¿cuál es el punto de obedecer y cumplir con los requisitos de Dios por toda una vida si ya nuestro destino está establecido, con respeto a nuestra salvación, sin importar nuestras acciones?

— Este es el argumento sobre el cual tienen que escribir. Para darles información sobre el tema vimos algunos de los grandes teólogos que escribieron sobre el tema de la predestinación. Además, hicimos una lista en la clase de todas las lecturas y todas las cartas del nuevo testamento que cubren el tema de la predestinación por completo, mientras argumentábamos diferentes posiciones. También saben que esta lectura, en su totalidad, es parte de la asignatura de la clase, el leer por completo los materiales y decidir que material utilizaran en el desarrollo de su trabajo es su responsabilidad. Cuidado con los materiales que vayan a usar por su propia cuenta que no fueron asignados para la clase, ya que pueden usar cualquier material que ustedes deseen.

El salón de clase se convirtió en el desierto Sahara al medio día donde reina el silencio debido a las altas temperatura que ni los insectos más acostumbrados a dicho ambiente se atreven a salir a buscar alimentos.

—Para su papel tendrán que tomar una posición a favor o en contra del argumento. Tendrán amplio tiempo para tomar una posición que vayan a defender, desarrollar su esquema y seleccionar a los teólogos que vayan a citar para ser más convincentes. Recogeré los papeles, con sus posiciones solamente, dentro de dos semanas. Les recomiendo que pasen su tiempo de tarea para la clase, leyendo lo más pronto posible los materiales adicionales, antes de que estudiemos esos materiales asignados en la clase. Esto nos llevará dos semanas. Para ese entonces tendrán que tener su posición claramente desarrollada en sus mentes.

— Eso implica que tendrán las dos semanas restantes para desarrollar su posición, la cual le sugiero que la escriban en su casa para ustedes. Así se le facilitará su trabajo en clase. El papel tendrá que ser desarrollado completamente en clase con el papel especial que le será entregado ese día. Yo sé muy bien que estas sugerencias serán ignoradas por algunos de ustedes, pero después no se quejen.

Al retirarse del salón de charlas dejó atrás el familiar sonido de las voces discutiendo y hablando sobre el tema. Una voz en particular dijo, “pensé que iba a ser algo peor”. El profesor se retiró a su oficina allí encontró una llamada de la madre de Elías en la grabadora. Ella sabía cuándo el impartía charlas y aprovechaba de llamarlo a esas horas para dejarle recados de emergencias. Elías había enfermado y en esta ocasión se tuvo que llevar a emergencias ya que la fiebre no lo dejaba.

Llamó a su madre y ella le dio todos los detalles, lo cual implicaba que las dos mujeres se habían comunicado y por eso ahora tenía una explicación más vasta acerca del problema. El profesor se enteró de los detalles y cada acontecimiento de la situación sin tener él que hablar con la madre del niño. Era un arreglo muy conveniente para todos. Se eliminaban comunicaciones innecesarias y todos quedaban enterados. Cuando habían noticias como estas donde él se sentía como inútil de resolverlas directamente, buscaba algo agradable en que pensar.

En este momento recordó a una persona de su pasado. Y aunque hubo bastantes personas en su pasado, siempre unas sobresalían de las demás. Hoy recordaba a Rosalía en particular. La recordó en forma de contraste porque pensó lo poco que deseaba hablar con la madre de Elías, pero si le hubiese gustado hablar con Rosalía. Siempre hubo una incertidumbre con ella. ¿Qué hubiese pasado de haberse casado con ella? Su relación con Rosalía tuvo la claridad que muchas otras no. Claridad en su amor uno por el otro, nunca disfrutó de disgustos, engaños ni de sentimientos escondidos e inexplicables.

Fue un acuerdo tan natural que nunca se invadieron sus personalidades, sino más bien el uno complementaba la privacidad del otro. En realidad, era como si uno era la esencia o la extensión que el otro necesitaba para existir. A lo mejor esto se debió al lugar y al tiempo en que su relación ocupó el espacio de su vida. Ocurrió unos años después del concierto Woodstock en la ciudad de Nueva York, en la universidad. La cultura de los Estados Unidos, como resultado de Woodstock, estaba cicatrizada por muchos cambios, pero dos cicatrices eran más profundas que la demás, el sexo y la música. La juventud de la época estrelló un fenómeno con el cual destapó una simple realidad humana, el libre amor.

Amar sexualmente exponiendo la calidad de la relación sin compromisos ni ataduras, pero con la convicción y el entendimiento de que 'estamos juntos'. Esto fue algo nuevo. Si, tan nuevo como los otros movimientos subterráneos que también surgieron como no al materialismo, el famoso pantalón de botas anchas, pantalones campanas o como se les quiera llamar; el famoso símbolo de paz que consistía de un círculo dividido en tercios iguales, ya que las continuas y abiertas demostraciones en los Estados Unidos contra la guerra en Vietnam era el tema que gobernaba las noticias entonces.

Pero básicamente fue el amor el más importante factor que influyó la época y muchos hasta hoy en día le atribuyen ese cambio a la música. Pero en realidad fue un fenómeno que nadie puede reclamar como suyo propio, ni por un solo motivo. Pero el amor predominó como unos de los cambios de más impacto en la cultura Norte Americana. Siempre ha habido sexo entre algunos novios. Pero ahora era expuesto al público abiertamente sin tener que esconderlo, enmascararlo, sin

misterios, ni pretextos, ahora era libre y por lo tanto la generación de mayor edad veían y criticaban las acciones de estos jóvenes como puro libertinaje.

¿Qué era eso de simplemente juntarse y tener hijos sin una boda propia? ¿Y qué de ese pelo tan largo en los hombres como las mujeres? Puro libertinaje. Acabaran con la moralidad de la sociedad, argumentaban. Pero no lo fue. Ese pelo largo fue usado por famosos políticos de la era también con el pretexto de estar a la moda y simpatizar con los votos de la joven población, bajo los de treinta años de edad; la única diferencia era que los políticos mantenían el pelo más corto y acudían a los estilistas o los barberos.

Nuestro profesor no perdió tiempo en ser atraído por ese concepto del libre amor, a parte que la música que se generó por tantos grupos musicales, le abrió una nueva galaxia en su vida. La idea de un hombre joven lleno del deseo de compartir su amor y cuerpo con una mujer no era algo de su desagrado. Le dio la bienvenida a un movimiento cultural donde sus olas lo arrastraron hasta llegar a Rosalía. El cuerpo de Rosalía estaba cubierto de una piel color olivo trigueño que comunicaba delicadez y suavidad a la vez. Su cara estaba simétricamente situada entre dos columnas de un pelo negro recto, brillante que le caían más debajo de los hombros.

Un pelo chino, como lo llama algunas gentes, pero con mucha más suavidad, al ser más fino y delgado en su textura, como lo tienen en su mayoría la población de esa región del mundo. Ella venía de una región del mundo donde la religión tiene un valor tan importante en la vida de esas personas que la vida del ser humano juega un papel inferior a la creencia religiosa y por lo tanto la vida es secuestrada, arrastrada y hasta sacrificada en su libertad por la cultura cotidiana en la cual la religión juega un importante papel.

El hacer arreglos matrimoniales, entre familias, desde antes de los niños nacer es costumbre que se lleva a cabo hasta el día de hoy por muchos matrimonios de esa región del mundo. Pero toda esta costumbre cultural no pudo detener la relación que eventualmente explotó entre los dos. Cruzaron todas las fronteras, ya que la familia de Rosalía era ortodoxa y el profesor era un simple joven del nuevo

mundo, sin cadenas religiosas, en la universidad en búsqueda de una profesión. La recordaba porque fue la primera vez donde entró en un compromiso que fue tan inquieto al iniciarse como al terminarlo. Pero donde nunca hubo dolor.

Oh, el sí recordaba discusiones filosóficas o políticas donde no estuvieron de acuerdo, pero siempre deseando estar juntos. Iniciaron una relación donde sus mentes, filosofías y cuerpos estaban separados según los temas a discutir, pero siempre unidos al desear hacer el amor. Los dos, por ejemplo, visualizaban un mundo de libre comercio entre naciones sin fronteras con el propósito de eliminar el hambre mundial y las diferencias económicas. El profesor argumentaba que esto se podía y tenía que llevar a cabo tras un movimiento socialista mientras que ella veía la posibilidad de acabar con cadenas culturales entre naciones en todo el mundo dentro del marco capitalista que todos los países del mundo querían lograr.

Pero diferencias como estas se derretían y se evaporaban cuando los dos se miraban y se tocaban. Enfocándose en aquella relación entendía lo simple que era vivir una vida ignorante del pecado en la más agradable experiencia que influyó su desarrollo de lo que todavía evaluaba como bello, precioso y benigno de su vida. Una experiencia que se podía comparar a un bebe recién nacido en la cuna de un hospital. En aquel entonces el profesor se consideraba ateo. Hoy, realiza que, aunque él no lo analizó en aquel entonces, ya se iniciaba a tener una tendencia más de creyente al pensar las cosas de Dios, a interrogar las cosas que no entendía claramente y era en esas interrogaciones que a veces hablaba con Dios sin darse cuenta, que ya no era un verdadero ateo.

Este fue su principio de creer, pues solo cuando dudamos y pedimos clarificación en historias, ideas, pasajes, mandamientos o conceptos que no entendemos es cuando iniciamos nuestro camino a poder abrir las puertas a aceptar lo que dudamos. Cuando aceptamos lo clarificado es porque lo vemos ahora con transparencia y entonces lo podemos convertir en parte de nuestra personalidad, esencia y creencia o rechazarlo por completo. Cuando se inicia nuestra creencia, eventualmente desarrollamos nuestra fe. Así pasa con Dios. Aceptamos a Dios en nuestros corazones cuando no tenemos preguntas que nos lleven a la duda. Leemos la biblia y queremos establecer una relación con Dios.

Dios se encarga de que no tengamos dudas si lo buscamos. No tenía preguntas de su pasada relación con Rosalía, por eso la veía tan dulce y benigna. La pregunta era si lo viviría de nuevo otra vez con otra persona. La respuesta era no. Tenía miedo que al revivirlo fuese dañado aquel bello recuerdo que ayudo a formar y alimentar su parte positiva y tenía miedo de vivir en pecado, bajo las leyes de Dios, sin bellos y dulces recuerdos de carnalidad. Eran estos tipos de recuerdos los que le permitían pecar porque como los evaluaba el profesor, no eran todo negativo había una esencia casi sagrada, espiritual de sentirse tan conectado con esos sentimientos tan íntimos y agradables que Dios tenía que entender la debilidad del profesor y Rosalía como hombre y mujer al entregarse el uno al otro.

¿Cuál era el punto de vivir si no explorábamos y explotábamos dichos sentimientos carnales que eran inseparable de la piel que cubre nuestro cuerpo, de los sentimientos que nos separan de las cosas que no pueden sentir porque están muertas? Así pensaba el profesor. Pensaba que sentimientos de esta naturaleza eran la definición de la misma vida. Pero ahora estaba entendiendo que esos sentimientos lo estaban alejando de Dios. Los alejaba porque no sentía ahora lo que sintió con Rosalía. Sabía que creer en Dios es alimentar nuestra espiritualidad. Esto se inicia buscando la palabra de Dios y eso logra abrirnos el corazón. Al nuestro corazón desear buscar a Dios, Él nos da la Gracia de ser salvados y somos recibidos por Jesús a una nueva vida, necesaria para que Jesús nos deje al Espíritu Santo, crecernos a santificación y por lo tanto a salvación.

Entendía que tenía que renunciar a sus placeres personales para estar cerca de Dios. Necesitaba otra Rosalía en su vida para casarse y vivir según lo deseaba Dios, pero ¿dónde estaba? Los sentimientos y deseos sensuales con Rosalía ya habían pasado, ahora pensaba en ella como en una hermana de padre y madre. La pensaba con un sentimiento agradable de que lo pasado había sido tan especial que no se podía recordar los momentos cuando no estuvieron de acuerdo. Sabía que ella estaba bien, se lo decía sus instintos, su corazón, su consciencia, su razonamiento. Cuando enfocaba en ella, no había nada negativo y por eso estaba en paz con sus memorias.

Sentía que esa paz se basaba en la misma paz que ella le radiaba mentalmente hacia él dondequiera que ella estaba, y si ella ya no existía físicamente en este mundo, entonces ella se despidió con recuerdos positivos hacia él. Una vez como un ejercicio mental trató de pensar negativamente hacia ella y por más que él tratara, le fue imposible de generar emociones indeseables o manchosas de colores oscuros. La pregunta seguía sin contestarse. Si, algunos pecados eran tan dulces como la miel de abejas y tan engañosos que nos ciegan por completo, que pecamos sin notarlo, ¿fue esto lo que vivió Eva en el paraíso? Querer vivir algo dulce, deseado por su agrado y altamente cotizado por su placer y satisfacción a sabiendas de que era contra las leyes de Dios.

¿Fue posible de ella poder pasar la oportunidad de vivir la dulzura del acto y los beneficios prometidos por Satanás, en vez de pecar? O, ¿fue un acto al que ella tenía que ser sujeta ya que solo contaba con inocencia y no con la protección del Espíritu Santo? ¿Era el convivir con Dios en el Edén y haber escuchado la voz de Dios advertirle y darle instrucciones suficientes para ella haber rechazado las tentaciones y el engaño de satanás? No lo sabía y no importaba porque el profesor sabía que mientras hubiese oportunidades de volverse sentir así, lo haría y tenía tanta fe en su razonamiento que sabía que Dios lo perdonaría por su debilidad de ser hombre, al él arrepentirse en el final. El hombre no tiene poder sobre el pecado.

Nos gusta pecar porque nos gustan los efectos del dulce néctar de lo que Dios nos prohíbe, pero tenemos que resignarnos a desobedecer a Dios. El profesor nunca se arrepintió de su relación con Rosalía, pero si se arrepintió de ser ignorante de las leyes de Dios. El no supo, ni sintió en ese entonces que cometía un pecado, todo lo contrario, no solo se dejó arrastrar por una ola cultural de gran magnitud, sino que fue influenciado y educado por los hombres mayores de edad “que para esto habíamos nacido hombres, para amar”. ¿Se habría arrepentido Eva de su pecado? Sabemos que fueron expulsados del huerto del Edén³ y hasta cerrado su posible regreso al camino al árbol de la vida al Dios ponerle una espada encendida para guardar el camino al árbol⁴. Pero, ¿Hubo arrepentimiento por parte de Eva o de Adán? No lo sabemos, la biblia no nos lo dice.

Al salir del supermercado sintió esa sensación que bien conocía como parte de su experiencia, saber cuándo una mujer estaba interesada en él. Era interesante para él saber que muchos son los hombres que no tienen esa cualidad de entender la comunicación que una mujer envía a través de una simple mirada a un hombre. Había vivido más de un episodio donde tuvo que decirle a un compañero que una mujer estaba interesada en él en fiestas, bares o en una reunión de trabajo donde su compañero no vio o no supo entender la mirada de una mujer hacía su persona.

El profesor siempre acertó en lo cierto cuando se lo señaló a sus amigos. Es más, dos de sus mejores amigos estaban felizmente casados con esposas que el profesor fue el que le hizo notar o interpretar esa mirada inconfundible. Ambas parejas se lo agradecen hasta el día de hoy. La cajera del supermercado le había comunicado con sus ojos verdes que estaba interesado en él. Eso estaba claramente comunicado. De hecho, la conversación fue típica entre un cliente y una cajera, no pasó nada fuera de lo normal:

—Tendré que mandar a buscar un precio porque este pan no lo tiene, que raro que no tiene precio— se dirigió al muchacho que empacaba y le dijo:

—Búscame el precio de este pan, por favor—. El muchacho miró el pan y salió de prisa en la dirección donde se encontraban los panes.

— No tengo prisa. Contestó con cierta calma mirándola con ojos penetrantes que no comunicaban nada. Pero al hacerlo así, él sabía que ella se sentiría fuera de lugar, algo incomoda por sus ojos penetrantes y fijos. Ella por su parte jugaba con la parte trasera de su cuello mientras lo miraba con la cabeza hacia abajo. Esto le comunicaba que ella pronto se sentiría vergonzosa y la perdería. Después de unos segundos le preguntó:

— ¿Por qué se tarda tanto en darnos un precio? Sabía que, aunque solo habían pasado segundos, para ella se sentirían como un largo tiempo. Lo sabía de experiencia porque sus estudiantes habían pasado por esa penetrante, larga mirada que los hacía sentir incómodos. Él sabía también cuando utilizarla pues tenía que ser con la persona indicada porque la persona tenía que comunicarle verbal, con gestos o con los ojos que la química existía. La química de inferioridad.

Como si fuese un vaso de agua en el desierto, ella aprovecho la oportunidad que él había roto el silencio para decirle:

— Ah, sí. Es que a veces se ponen a hablar en el camino— dijo nerviosa.

Él sabía que tenía que suavizar la situación y le preguntó su nombre. Ella con mucho entusiasmo le contestó mostrándole todos sus perfectos dientes. Era obvio de que le habían comentado en el pasado que tenía bonitos dientes, y era una herramienta que había sabido usar para su beneficio. El la miró con más carnalidad y esa definición la calmo a ella pues en vez de ser cortante y evitarlo, le devolvió la misma mirada, pero con más picardía que la de él. Esta comunicación física se interrumpió en el momento preciso por el muchacho que llegó con el precio adecuado. Los otros clientes empezaban a moverse con ansiedad mientras charlaban en fila de cosas de poca importancia porque se entendía que empezaban a notar el juego de miradas entre los dos y no querían aceptarlo durante su tiempo. El profesor tampoco estaba interesado en que los clientes de la fila notaran lo que estaba pasando entre los dos.

De hecho, el chico que buscó el precio del pan nunca lo notó a lo mejor porque estaba más preocupado por la propina que iba a recibir o simplemente porque no tenía la malicia necesaria que solo los años nos traen. Al introducir el precio correcto en la caja registradora, él noto que ella estaba tensa porque sus movimientos se veían mecánicos y poco ágiles. Le faltaba la agilidad con que se mueven las cajeras al realizar sus labores. El sacó una cantidad adecuada para pagarle antes de que ella se la comunicara. Al extenderle la mano, los ojos volvieron a encontrarse hasta el final de la transacción de ella tomarle su dinero y devolverle la cantidad exacta. Un “gracias” normal salió de su boca con los ojos fijados en las dos bolsas de mercancía que había comprado, en vez de ella, y esto lo hizo a propósito pues no quería despedirse con la mirada sobre su rostro, mejor dejarla en la expectativa y no darles a los otros clientes que estaban en fila tampoco nada en que pensar ni de que murmurar.

Fue entonces frente de la puerta de su vehículo que sintió esa sensación a la cual no quería entregarse. Luchó con las llaves en mano de abrir el vehículo o de retornar hacia la cajera. Su mente navegaba a una velocidad increíble todos los

caminos que lo conducían hacia los beneficios y los problemas, que él ya bien conocía, si regresara al supermercado. Por fin abrió la puerta trasera, depositó la mercancía en el vehículo, cerró la puerta y de nuevo le llegó la duda: ¿Qué hago? En camino a casa, dentro del congestionado tráfico, se sintió aliviado por su decisión de no volver a entrar al supermercado. Al llegar a casa mientras se bebía un vaso de agua fría, volvió a pensar en la cajera.

Se quitó la camisa mojada del sudor del medio día que se genera al estar sentado en un automóvil, en un tráfico inmóvil y pesado que solo ofrece la alternativa de esperar el lento paso de movimiento de los otros vehículos para uno llegar a su destino. Se duchó y estaba listo para comer. Así lo hizo, pero todo este tiempo la decisión de qué hacer con la tentación de la cajera seguía en su mente. Más que la misma cajera, era la necesidad del alivio sexual que sabía que necesitaba satisfacer, pues habían pasado bastantes días sin él atender sus necesidades de compartir tiempo en la compañía de una mujer. ¿Qué es vivir si uno no está acompañado con la presencia de una mujer?

Conquistar a una nueva amiga con quien compartir intimidades era su debilidad. A veces le gustaba más el juego del gato y el ratón, convencerla, enamorarla que la misma experiencia de convertirla en una amiga más. Pero lo que lo hacía sentirse con cierta reserva de tener sexo con una nueva persona, él ya bien sabía. Había las amigas que sofocan porque, aunque entienden que es una relación sin compromisos, se convertían luego en dictadoras, perseguidoras y hasta demandaban sin tener derecho. Pero él sabía que era débil y no podía contra las tentaciones por eso sabía que la culpa era suya. Bien había dicho Pablo en Romanos 7:18-19.

“Y yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien está en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago”.

Esto le resonaba en su pensamiento una y otra vez. Sabía que no debía de tener sexo con una mujer sin matrimonio, que debía de abstenerse y tratar de seguir las leyes de Dios. ¡Qué difícil se le hacía! La solución era casarse. Ya había pasado por esa experiencia con la gran conclusión de que al casarse joven hay

ventajas y desventajas. Una ventaja es poder ver a sus hijos como adultos mientras uno disfruta de una edad no muy avanzada. Una desventaja es que las personas cambian y maduran en diferentes tiempo y forma, valorando diferentes conceptos que indiscutiblemente son los que hacen lo que uno es. Estas diferencias en algunas parejas son tan grandes que terminan en divorcio. No quería cometer el mismo error otra vez. ¿Pero, qué tanto entendía Dios su problema, su debilidad? Esta vez, sin embargo, logró dar la espalda, no cedió a su debilidad, no insistió con la cajera. Se sentía más determinado a decir “no”, pero no sabía si esto se debía a sus oraciones.

Inmediatamente pensó en María y así como entró en su mente así de rápido la sacó. Esa sería una solución de poder vivir en paz con Dios y no quebrar sus mandamientos, casarse con ella. Pero María debería de seguir intocable para él. Por cuanto tiempo tendría él este pensamiento en mente, no lo sabía, pero si sabía que ella estaba en otra categoría, la categoría de una unión permanente. Para esto, él no estaba listo, de eso estaba seguro. ¿Por cuánto tiempo estaría ella disponible? No lo sabía. Pero el problema era mayor, cuando él pensaba en María, no existía el tiempo. Y esto era un gran problema porque ella no estaría allí toda la vida, o hasta que el decidiera. Estaba seguro que la cajera estaba dispuesta de tener una relación sexual con él, eventualmente, así también de seguro estaba de que María deseaba casarse con él.

Casual o permanentemente, como novia o esposa, María deseaba revolcarse apasionadamente en su cama. La diferencia era que María tenía otras ataduras que la cajera no tenía. María era demasiado joven para él. La gente hablaría. Había sido estudiante suya. Murmurarían. Pero peor aún, si ella cambiaba, si ella maduraba con diferentes sentimientos y gustos a su lado. ¿Cómo viviría él con ese segundo divorcio? No otro divorcio, sino el divorcio de María. En realidad, no se lo podía imaginar, no después de haber vivido con ella y haber disfrutado la inmensa felicidad de poderse entregar el uno al otro en genuino amor. Él bien sabía que no podía ser de otra manera el convivir con ella. Pero también sabía que la posibilidad de terminar separados era otra realidad.

Tomo su siesta de costumbre y al despertar tuvo el indiscutible recuerdo de sus necesidades sexuales, necesitaba compañía íntima, su cuerpo no mentía. Se cepilló los dientes, se vistió con camisa fresca y bien planchada y salió hacia el trabajo. Llevaba en sus manos unas de sus tarjetas personal de identidad de la universidad la cual colocó en uno de los dos bolsillos de su camisa. Al llegar al supermercado se la entregó a la cajera después de decirle “perdón” pues ella estaba ocupada cobrándole mercancía a un cliente sin levantar la vista del mostrador.

Ella miró hacia arriba sin la menor idea de quien era. Acepto la tarjeta sorprendida, pero con un brillante entusiasmo en sus ojos como recibiendo el regalo del cual ella nunca había perdido la esperanza de algún día recibir. Confusa, alegre y sorprendida pronunció un “gracias” sin saber en realidad de que se trataba, pero con el júbilo de saber que era él otra vez en su vida. Esto era obvio en sus ojos. ¡Dos veces en el mismo día! Volvió a pensar él, ¿sería mejor vivir con tentaciones o pecar premeditadamente? ¿Por qué no podía vivir, respirar y comer sin tener que estar siempre pensando como la mayoría de las personas?

—No te quito más tiempo, sé que estas ocupada— ¡Llámame! Dio la vuelta y desapareció.

Ni la persona que estaba atendiendo la cajera, ni las otras personas en fila pensaron nada del intercambio entre los dos. Solo ella sentía una enorme alegría por dentro que su deseo se le había cumplido. Ella se lo comunicó así esa misma noche. Él le creyó completamente al sentirla entregarse una y otra vez en sus brazos. Para ella fue una noche que ella deseaba que se repitiera y así se lo comunicó en su comportamiento. Para él fue una noche de satisfacer sus necesidades con alguien de su agrado al cual no deseaba herir.

Al final de esa noche solo había una conclusión, después de una experiencia sexual de esa naturaleza, las cosas que descubrieron el uno y el otro que tenían en común y la atracción física que habían sentido los dos, lo sensato era que él no volviera a verla por un largo tiempo. No quería ataduras con ella ni tampoco conocerle más de lo que era necesario. Problema suficiente tenía en saber que ella aún tenía su tarjeta personal y de imaginarse que ella no la perdería, lo cual

implicaba que ella lo llamaría cuando él no lo deseara y que él no le contestaría cada vez que lo hiciera.

Todo estaba premeditado, analizado y esto lo hacía realizar que su pecado era mayor al saber lo que haría y su único consuelo era que se justificaba en que era necesario satisfacer sus necesidades y que al compartirlo con ella no le hacía daño a nadie. Todo lo contrario, ella también buscaba satisfacer sus necesidades de sentirse buscada, enamorada, de compartir con alguien sus sentimientos. Sí, las necesidades eran diferentes entre mujer y hombre, pero seguían siendo necesidades. ¿Era posible que él hombre justificara sus pecados ante Dios basados en las necesidades de la carne, aunque sus deseos eran de no llevar acciones pecaminosas a cabo?

¿Bastaba realmente con solo arrepentirse del pecado para obtener tranquilidad y convivencia con Dios? Sabía que faltaba otro elemento en estas preguntas lo cual las hacían imposible de contestar por el momento. Por el momento, lo único que podía hacer era arrepentirse de haber violado un mandamiento y, como enseña la biblia, al hacerlo también viola todos los demás. Sin embargo, si hubiese estado en su poder el, no lo hubiera hecho y en esto estaba basando su arrepentimiento. Pablo tenía razón al decir, el bien que debo hacer no lo hago por más buenas que sean mis intenciones de vivir dentro de las leyes de Dios⁵.

En lo que el muchacho empacador embolsaba la mercancía del cliente ella leyó la tarjeta que él le había entregado. Lo identificaba como profesor de la universidad del estado y el teléfono había sido borrado con un lapicero de tinta negra. Abajo aparecía escrito el número de su celular. En el otro lado de la tarjeta decía, escrito en sus propias letras, “me gustaría invitarte a cenar donde te sientas a gusto y conocerte mejor ya que me interesas. Te lo propongo porque no vi un anillo de compromiso ni de matrimonio. Llámame”. Así lo hizo. Seleccionó un pequeño restaurante donde pudieron estar íntimos e incógnitos hasta cierto punto.

Obviamente la habían llevado a ese restaurante o ella había deseado algún día poder comer allí ya que el precio estaba un poco fuera de los medios económicos de una cajera de supermercado. Dudaba que fuera el tipo de sitio al

que ella podía financiar frecuentemente. Sin embargo, a pesar de su estado económico, ella sí pertenecía allí. Es más, sus atractivos, ahora que estaba toda arreglada con poco maquillaje y un bonito vestido que comunicaban sus bellas curvas, complementaban al restaurante. Lo que él nunca se imaginó era que tuviese tan bellas piernas ya que esa parte no pudo ver detrás del mostrador en el supermercado.

Era en realidad una mujer que podría representar a cualquier hombre en cualquier acto social de la clase media y él sentiría orgullo de tenerla a su lado. Al verla en el supermercado supo que ella tenía un gran potencial, de lo contrario no la hubiera invitado a salir, que era en sus planes lo mismo que tener sexo con ella, eventualmente. Pero nunca pensó que le causaría tanto cambio el verla con el pelo suelto y arreglado, brillante y ondulado desde la altura de sus ojos hasta el final de sus hombros donde ahora caían descansando en parte sobre las hombreras del escote casi cuadrado de su vestido.

Lo que era una gran cosa, ya que del escote ser redondo, revelaría mucho el inicio de sus senos lo cual dañaría la delicadeza de ese vestido de noche. Entonces, ya no estuviera formalmente vestida como ahora lo estaba. Lo que el escote no podía esconder era la firmeza de sus senos y el tamaño de sus circunferencias que ocupaban con un orgullo natural el interior de su vestido. Interior que el profesor ahora deseaba con todo su anhelo conocer pronto. Esto era sin poderse ver nada que revelara ningún detalle, todo quedaba a la imaginación, pero para un hombre de su experiencia, no hacía falta nada más para él poder llenar sus propios detalles. No se equivocó.

Eso lo comprobó después de la cena. Pero la sorpresa de la noche seguía siendo su pelo más que sus piernas porque estas no las pudo ver en el supermercado, pero si su pelo, el espléndido brillo que ahora radiaba contra la reflexión de las velas del restaurante y la cascada de olas marítimas con que descansaban desde el centro de su cabeza hacia ambos lados de su cara, formaban una excelente vista en que enfocarse. En el restaurante solo le preocupaba un detalle. Era ella capaz de mantener una conversación que no fuese solo de los

precios de los artículos del supermercado, la moda, novelas o lo que era peor, hablar exclusivamente de ella.

Pero esto rápidamente se desapareció cuando él le preguntó qué otra cosa hacía aparte de trabajar. Le comunicó que hacía varios años atrás, ella había acudido a la universidad, pero no pudo terminar. Al él preguntarle que pensaba estudiar y contestarle sociología, el profesor puso a prueba a quién había leído en esa disciplina. Ella no tardó en contestarle. Le habló de la historia de la Sociología y pudo mencionar la mayoría de los sociólogos que la fundaron con gran conocimiento y autoridad sobre el tema. La dejó hablar.

Ella no estaba tratando de impresionarlo, pero si se notaba la necesidad de expresar lo que ella sabía, era como si la oportunidad de poder expresarse en estos temas académicos no lo podía hacer con mucha frecuencia; muy posiblemente, porque no tenía a nadie en casa con quien hacerlo. Esto fue lo que lo llevó a él preguntarle por qué dejó los estudios. No se sorprendió al saber que hubo necesidades económicas en el hogar que la obligaron a trabajar ya que ella era la segunda en edad de los seis niños. El tiempo pasó y sigue pasando, pero los deseos y las esperanzas de terminar sus estudios no habían terminado de arder en su corazón.

Pronto dos de sus hermanos menores empezarían a trabajar en una nueva empresa de zapatos y entonces ella regresaría a la universidad. Todo estaba arreglado y hablado en la familia y esto la hacía feliz. Hablaron de las oportunidades de ella conseguir empleo en sociología y ella no pestañó en dejarle saber a dónde y cuánto estaban pagando para empezar sin experiencia. Esto le agradó, era una mujer que sabía lo que deseaba de la vida y al mismo tiempo tenía planes de cómo conseguirlo por su propia cuenta. Entendió que, al ser una familia tan unida, no hubo tiempo de casarse y dejar su hogar y sus familiares sin su ayuda.

Si hubo una persona con la cual casi llegó a un compromiso, pero al entender que su familia venía primero en su vida, la relación se enfrió y terminaron como buenos amigos. Aquí fue donde el profesor cambió la conversación y se inició el juego de jugar con las miradas ardientes por ambos que eventualmente los llevo con ánimo y deseos sensuales necesarios para lo que ambos esperaban que

sucediera después de la cena. Manejo por las calles de ciudad por un rato disfrutando de la fresca brisa del anochecer y del poco tráfico a esas horas en la ciudad. El la llevó a uno de los bares que él quería conocer, pero donde nunca había estado anteriormente.

Después de un trago y más conversación donde ella trató de saber cosas íntimas de su vida sin obtener frutos, le sugirió ir al cine o ir a su apartamento a ver unas de las películas que el recientemente había comprado, ella decidió en ir a su apartamento con el pretexto de que no le gustaban ningunas de las películas que se estaban estrenando en los cines. Terminaron viendo una de las películas que estaba en los cines de todos modos. En la película había una escena de dos amantes haciendo el amor y en la forma en que ella reaccionó al él acariciarle el pelo, sentados en el sofá de la sala, esto le dijo a él que podía proseguir a su próximo paso. Y así fue.

Abriendo la puerta de su oficina le invadió el olor de libros y madera que siempre dominaban con su presencia la habitación universitaria. Puso su maletín en el viejo escritorio de caoba y se sentó en su cómoda silla del escritorio y sacó los papeles que había traído de la casa ya corregidos y los colocó a la derecha del escritorio. Miro el paquete de los otros papeles que estaban a la izquierda del escritorio y faltaban por corregir. Estos papeles eran de la clase de filosofía uno, de los nuevos estudiantes. Podía esperar ya que no tenía esa clase hasta en dos días más, pero no le gustaba tener que correr con las cosas, así que se los colocó al frente y se propuso a corregirlos, pero un pensamiento le ocupó su atención con una simple pregunta.

¿Hacia dónde y a qué estas cambiando? Como siempre sabía que estas necesarias inquietudes de él conocerse a sí mismo tenían prioridad en su vida ya que ignorarlas casi siempre traían un período de depresión al tratar de huir de sí mismo; el cual siempre terminaban en un dolor propio y a veces hasta disgusto en sí mismo y por eso bajo el bolígrafo de escribir y reflejó en la pregunta. Algo le estaba experimentando que las cosas de su gusto ya no eran las mismas, que, si no meditaba las opciones a tomar antes de actuar, no actuaba. Él no era así. Lo que le molestaba de este nuevo comportamiento era que ya sus instintos no los gobernaban sin razonamiento previo.

Sí, él seguía siendo él mismo en sus deseos y comportamiento que le daban la clara identidad de quien era él; pero ya no hacía lo de antes y en muchas ocasiones, aunque tenía el instinto de hacer algo, al analizarlo, que era lo nuevo en él, decidía abandonar el proyecto. Pero antes de poder reiniciar su meditación para contestar la pregunta, sintió el familiar toque a la puerta. Miró el reloj de pared antes de ver quien era ya que lo sabía, pero lo que no sabía era qué hacía él aquí tan temprano ya que siempre llegaba unos momentos antes de cumplir con sus responsabilidades. Así que antes de saludarlo le preguntó: — ¿qué haces aquí tan temprano? ¡Qué dedicación tan profesional!

—Búrlate si lo deseas. Era urgente hablar contigo y no quería llamarte a la casa ya que no duermo desde las dos de la mañana y bien sé que, si te llamo para

despertarte con una de mis inquietudes, a esas horas, me matarías al verme, así que como me lo imaginé sabía que te encontraría aquí, y aquí también estoy yo—. Le dijo José Manuel.

Lo miró a los ojos y perdió toda su razón por qué preocuparse ya que no vio angustia en sus ojos sino alegría. Procedió en contarle que había encontrado una casa la cual él y su esposa consideraban la ideal, la de sus nuevos sueños, y le consultó si valía la pena enredarse con un préstamo que él podría pagar en menos del tiempo que el banco generosamente le ofrecía por veinte años. El banco quería veinte años, según José Manuel, “para sacarme la sangre en impuestos y beneficios para ellos”.

¿Sería mejor tomar el préstamo a diez años y hacer pagos dobles para liquidarlo en cinco años? Así ahorrarse algunos costos de impuestos e intereses sin compromisos, ya que, si se le hacía imposible hacer el doble pago, en un mes en particular, no sería castigado ya que serían pagos por adelantados, no atrasados. Desde el luego que estuvo de acuerdo con la idea ya que el profesor compró su apartamento después del divorcio con ese mismo plan de ataque y le resultó beneficioso. Volvió a mirar el reloj de pared y le preguntó al viejo amigo.

—Estoy pensando en llevar la clase de principiantes a un paso más avanzado de lo normal este año ya que pienso que es una clase ideal. Quería preguntarle para el examen parcial del año, ¿crees qué es buena idea usar el viejo argumento del cambio personal en el tema de la fe?: ¿Nos cambia Dios a través de nuestras propias oraciones o nosotros cambiamos porque Dios solo nos contesta ciertas oraciones llevándonos por el camino en que Él quiere que nosotros nos desarrollemos? Al desarrollar su fe, ¿sabe usted qué pedir y por lo tanto ora con esa intensidad o se desarrolla su fe al Dios controlarle sus oraciones hacia donde Él quiere que usted crezca? ¿Piensa que está muy avanzado para ellos?

—Mira que si los preparas como sé que tú lo puedes hacer, lo lograrán. Me gustaría que así fuese, no me ha tocado una clase con ese tipo de pimienta hace tiempo y por lo regular tus clases siempre me tocan a mí el siguiente año. Adelante, eso suena bien, por fin mejoran las cosas con estos estudiantes tan perezosos que hemos tenidos últimamente.

Con eso se paró y se retiró a la cafetería de la universidad con el propósito de desayunar. El profesor nunca pudo contestarse, ¿por qué su esposa no le preparaba desayuno en el hogar? El profesor continuó con su meditación sobre el cambio en las acciones de su personalidad. Lo hizo por el espacio de los treinta y cinco minutos que le quedaban antes de presentarse al salón de clase. Sabía que había cosas que él no podía contestar sobre lo que le estaba pasando, pero no deseaba explicaciones ni razonamientos, bastante filosofía había ya en su vida. Quería sentir la respuesta correcta.

Por primera vez quería ser arrastrado por el Espíritu Santo y no sentirse como el chofer que tiene que estar pendiente de cada curva o terreno peligroso en el camino donde él mismo no tenía idea a donde va a ser llevado. Solo sabía que no temía, se sentía cómodo con los cambios que experimentaba y hasta los que interrogaba, no para argumentarlos sino más bien para entenderlos. Sentía arrepentimiento en este trayecto en que viajaba, pero sentía que tenía tiempo para arreglar las cosas en su vida. Esa noche pasó algo inexplicable el cual más tarde nunca ignoró. En medio de una noche de un profundo sueño, se despertó llorando.

Lo despertó la humedad que sintió entre su cara y la almohada. Trato de recordar en que estaba soñando, pero no tuvo éxito y el sueño lo obligó a bajar la cabeza en su almohada nuevamente después de darle la vuelta hacia el lado seco. Dos días después recordó haberse soñado que estaba en un juicio donde el grupo de personas que eran testigos y obviamente decidirían su futuro castigo estaban sentados como a unos cinco metros de su persona y esto le permitía verle la cara al profesor con cierta claridad. Sabía que podía ser identificado por estos sujetos de encontrarse dondequiera que fuese. Eran diez en total, masculino y femenino.

Él no podía hacer lo mismo, eran caras tan comunes que se podían confundir fácilmente en cualquier calle congestionada de cualquier ciudad. Esto no le molestaba, lo que sí lo tenía en disgusto era que no podía hablar ni defenderse con inteligencia del acusador que leía desde una esquina de la habitación un sin número de acusaciones vividas con viejas amigas. Sus cuerdas vocales no respondían y sentía cierta injusticia contra su persona porque que no podía defenderse y

explicarse. La injusticia estaba clara, él no era, ni fue el único que participo en dicho pecado.

En realidad, en la mayoría de los casos que ahora las viejas amigas posiblemente lo podían acusar de ser el culpable, ellas habían sido más culpables que él al sugerir hacer cosas y cometer actos, bajo el título del amor, que a él jamás se le hubiese ocurrido. La otra injusticia era que ningunas de sus acusadoras intervenían y trataban de corregir algunas de las falsedades con que se le acusaba porque, aunque ellas estaban presentes y sabían la verdad, él estaba muy consciente de que podían escuchar todo lo que estaba pasando. No querían aceptar sus responsabilidades. De repente oyó un sonido el cual no interrumpió al acusador, que seguía leyendo su lista, ni distrajo a los testigos presentes.

Ese sonido penetró su cuerpo a través de su cabeza y se fue apoderando de sus entrañas hasta llegar a los dedos de sus pies, dejando un calor incomodo en todo su interior. Durante esta experiencia aún podía ver a los testigos y a su acusador con perfección y claridad sin ningún cambio en sus semblantes. Entonces comprendió que era lo que lo inquietaba de este calor interno que no le gustaba. Por primera vez se sintió sin poder articular o razonar un argumento contra lo que se decía. Tuvo que admitir que lo que sentía, no lo que quería decir, era lo importante, lo cierto. Sintió culpabilidad interna de los mismos sentimientos placenteros que disfrutó con sus viejas amigas.

No se podía escapar, no podía explicar, no podía razonar, no podía hacer otra cosa que admitir que, si había sentido y deseado esos placeres, que, si antes eran dulces, ahora eran amargos, tan amargos que era imposible de contener en sus adentro y de insistir tratar de hacerlo, explotaría en mil pedazos sobre todo el público que estaba frente a él. Ese calor desarmó todas las cosas que él anteriormente deseaba decir, hasta se le olvidó cuál era su defensa y solo la recordó más tarde cuando una voz que se escuchaba subir del piso, bajar del techo, salir de cada una de las paredes decía una y otra vez “se te juzga solamente a ti y nadie más”.

Fue al escucharla la quinta vez que recordó su defensa y lo que deseaba decir era “que ninguna fueron obligadas, él no lo hizo solo”. Pero esa voz, repitiéndose

una y otra vez, lo detuvo. Entendió que no había escapatoria y de que no tenía salida porque sentía cada segundo de placer con cada una de ellas cambiar al más indeseado sentimiento que ahora era un calor imposible de contener y así como subía la temperatura de ese calor interno, al mismo tiempo ahora penetraba un frío que iba desarmando ese calor neutralizándolo a una temperatura agradable, perfecta para su cuerpo.

Ese frío venía en dirección contraria y el profesor bien sabía que cuando ambas temperaturas se encontraran dentro de su cuerpo, tendría que reconocer todos esos sentimientos y placeres como suyos, tenía que asumir total responsabilidad por su parte en esos acontecimientos. Entonces a lo que ahora empezaba temer, con un temor que era más que un terror de lo más incomparable, tan tremendo que, al llegar allí, al encuentro de ambas temperaturas, dejaría de existir con el dolor más incomprensible que un ser humano puede concebir. Fue antes que estas dos temperaturas se encontraran que las lágrimas corrieron de sus ojos cerrados como un río que sigue el curso de su naturaleza.

Pero estaba equivocado, no hubo dolor. Solo hubo alivio. Por eso le fue posible darle la vuelta a la almohada y seguir en su sueño profundo en ese preciso instante. Pero ahora el sueño había cambiado. Estaba solo en la habitación y sabía que era la misma habitación por su silla, las sillas de los testigos y las sillas del jurado, que ahora estaban vacías, por igual que el atril de donde hablaba el acusador. Esta vez no presentía que otros podían escuchar, solo él ésta vez. El profesor, con mirada al piso absorbía la aclaración que salía de todas las paredes, techo y piso “se te juzga solamente a ti y nadie más” y reconoció sus placeres como disgustos inconcebibles para Dios. Sentía una vergüenza, desprecio y culpabilidad por sí mismo como nunca antes, pero no deseaba que estos sentimientos desaparecieran, deseaba enfrentarlos porque poco a poco entendía que eran suyos.

Sentía vergüenza por encontrarse completamente desnudo, no de sus ropas, pero de su alma sucia la cual Dios no la quería presenciar, desprecio propio de que las voces que repetían, “se te juzga solamente a ti y nadie más” supieran que trató por tanto tiempo de justificar lo que Dios le había prohibido como su necesidad.

Todas las voces sabían que era un simple egoísta. Pero el peor de esos sentimientos era la culpabilidad. En vez de sentirse orgulloso de haber tratado de vivir una vida con tentaciones, vivió una vida con pecados, se dejó arrastrar y rompió las leyes de Dios. Peor aún, al vivir esos pecados, no se arrepintió, como ahora sabía que se debía de hacer, y solo trató de justificarlos como si fuese un juego.

Su alivio gobernó y poco a poco se sentía salir de esa habitación sentado en su silla, viajaba por el aire y empezaba a orientarse en su barrio, después cerca de su edificio y sabía que pronto estaría en su propia cama, pero no lo deseaba. Había dejado algo atrás, quería regresar a procurarlo; pero ¿qué?, ¿qué había dejado atrás que ni vergüenza, desprecio y culpabilidad lo detenían en su deseo de retornar?, y ¿qué cosa lograría? Pero no podía. Su vuelo era directo y él no tenía control de su destino lo cual lo hizo sentir una contradicción. La primera parte de esa contradicción era que mientras más lejos viajaba de aquella habitación, más alivio sentía, pero no de los sentimientos que experimentó en ella; la otra parte de esa contradicción era que la respuesta a sus sentimientos estaba en el aposento en su apartamento al cual no quería regresar.

Despertó reposado a pesar de todo lo soñado y todo lo recordaba. Lo único que tenía en la punta de su lengua era la pregunta: “¿qué tranquilidad es la que me espera en estas cuatro paredes?” Sin embargo, antes de poder analizar la pregunta sintió un enorme calor en su corazón y la palabra, “perdóname, sálvame, socórrame de mi mismo, Jesucristo. Ayúdame a limpiar mi alma de la asquerosidad a la que te he expuesto a ti y he expuesto a los demás, sé que soy un pecador y necesito de Tu presencia en mi vida para poderle pedir perdón a mi Padre, el Dios todo poderoso”. Las lágrimas volvieron a correr y esta vez había más alegría en ellas, que realización de pecado como las anteriores.

Realizó de repente que el alivio que sentía rumbo a su apartamento era solamente fe. La fe de que había una salida a los errores de sus años y que esa fe estaba arraigada solo en Jesucristo; El cual lo esperaba pacientemente en su cama. Llorando experimentó calor frío, temblores, debilidad. Se mantuvo acostado mirando el techo por un largo tiempo y finalmente trato de levantarse, pero falló en el primer intento. Tuvo éxito en el segundo. Después de su rutina matutina tomó

una taza de café en su sudadera que acostumbraba usar para trotar por las mañanas. Pero esta mañana lo que llevaba rapidez era la meditación de su reciente experiencia no los pies que recorrían el pavimento del parque de su barrio. Era una meditación acompañada de la presencia del Espíritu Santo mientras veía los mismos árboles y arbustos que hoy se notaban diferentes. Sentía un paso más ligero, alto y bien centrado en el balance de su cuerpo mientras colocaba un pie delante del otro.

Estaba feliz esta mañana, sentía esperanza y esta esperanza que bien sabía no merecía, la sentía madurarse en sus entrañas. La sentía crecer como los gigantescos árboles que se encontraba según seguía trotando. Algo le llamó la atención, según miraba hacia adelante no había nadie hoy en el parque, estaba solo desde que salió de su apartamento. Al regresar tampoco vio a nadie, lo cual no era lo acostumbrado, siempre había personas a pesar de las tempranas horas de la mañana.

No se sentía solo a pesar que lo estuvo toda la mañana. Cantó en la ducha y de repente le llegó la idea que no tenía música cristiana en la casa. Decidió comprar unos cuantos CD por la tarde después del trabajo y le regalaría también a su madre. Sabía exactamente que comprar. Había ido a una iglesia de un colega. En realidad, lo había invitado varias veces y finalmente un domingo decidió complacerlo acompañándole. Antes y después del servicio estaba colocada una música que le llamó la atención por su suavidad y sus palabras las cuales enviaban un mensaje de esperanza y renacimiento. No perdió tiempo en preguntar cómo se llamaba el grupo y donde conseguir su propia copia.

Al hacerle el nudo a su corbata delante de los papeles que estaban sobre su escritorio, no podía evitar el papel donde aparecían los nombres de sus amigas las cuales fueron tachadas una a la vez mientras las llamaba para comunicarles que ya no saldría más porque se iba a comprometer con una chica en particular. Unas lo tomaron de lo más bien deseándoles lo mejor. Unas riéndose de la noticia y diciéndole que lo volverían a ver pronto cuando él regresara de su locura, que no le creían, a lo cual él también la acompañó con sus propias

carcajadas. Dos, diciéndole cuanto ellas desearían lo mismo para sus vidas y le confesaron cuanto lo envidiaban.

Estas pensaban que el matrimonio era lo correcto, pero no estaban listas para tal decisión. Dos lecciones muy interesantes aprendió de ellas, la primera, que todas terminaron en una buena nota tan casual como si él nunca hubiese compartido la intimidad que vivió con ellas y que su ausencia en sus vidas no tendría ningún impacto; y la segunda, que aunque para él estas relaciones tuvieron mucha importancia en su vieja vida, en la nueva vida si serían valorizadas y tendría una importancia en la vidas de los demás en su vida por el arrepentimiento que manifestó y viviría desde ahora en adelante.

Bueno saber que era dispensable y que sus acciones nunca hirieron a nadie. Hasta se rieron de él. Se sentía positivo de vivir para crear, en vez de solo ocupar espacio y tiempo satisfaciendo sus necesidades. Ahora las cosas se veían hasta mejor desde el punto de vista con relación a Elías pues todo lo que el profesor viviría de ahora en adelante con su hijo y sería edificado para algo mejor, algo mayor y su nueva conducta y su nuevo propósito para vivir iba de mano en mano con esa filosofía. Se justificó así mismo porque él nunca salió con sus amigas cuando estaba con Elías, con la excepción de María la cual la consideraba como su futura esposa, o por lo menos esos eran los planes. Se justificó porque ahora se sentía más cerca de Dios.

Al salir del edificio se encontró con Eduardo que salía a trotar, el cual le preguntó:

— ¿Con quién amaneciste que se te nota un semblante tan distinto y hasta angelical como a aquel que nunca rompe un plato? — le sonrió con sus labios de oreja a oreja y con una malicia que comunicaba como si lo hubiesen sorprendido haciendo lo incorrecto.

— Nada de eso, mal pensado, ya sé lo que debe de estar pasando por esa mente tuya, viejo amigo, pero lamento decirte que solo, solito y comodito—. Le dijo mostrándole una cara burlona.

— Entonces fue el sueño del año porque no te miento cuando te digo que te ves bien de bien.

Acordaron juntarse después en la semana, lo cual casi siempre resultaba ser cuando ningunos de los dos estuviese ocupado ya que sus conversaciones siempre eran extensas y el profesor le prometió que le contaría todos los últimos acontecimientos. Eduardo no se equivocó, todo el mundo que lo saludaba le comentaba lo bien que lucía. Desde el señor que vendía el periódico hasta el vigilante que estaba en turno en la universidad al cual solo veía de vez en cuando y no tenía esa confianza con él. Trabajó un día como le agradaba hacerlo. Los estudiantes participaron y argumentaron de todo corazón.

Llegó a la tienda de música como lo había planificado y compró varios CD, no todos cristianos, algunos de nuevos músicos que hacía tiempo quería agregar a su colección. Respiró profundo, encendió el vehículo y manejó rumbo al supermercado. Hablaron por unos pocos minutos sin interrupción, ya que el gerente del supermercado sabía quién era el profesor, e hicieron planes para esa noche. Aunque él la había invitado a cenar afuera, ella se opuso y prefirió comer en su apartamento pues ella sabía que el siempre cenaba lo que Petra le arreglaba con lo que él y Paco dejaban del almuerzo. En realidad, ella deseaba intimidad esa noche y el también, pero ella no acepto. Hablaron casi toda la noche. Para él fue una nueva experiencia y ella recibió la oportunidad con los brazos abiertos.

Siguió su rumbo hacia la casa de su madre, ella siempre se comunicaba con Elías diariamente, quería saber los últimos acontecimientos y las aventuras de su hijo. Se encontró con una madre un poco preocupada y hasta un poco molesta con la conversación que tuvo con la madre de Elías, lo cual se le pasó rápidamente al hablar con el profesor. Nunca le hubiese dicho que fue lo que sucedió entre las dos que la puso así, pero en pocas palabras le dejó saber que “cuando esa mujer está infeliz, todo el mundo paga”.

Eso bastó para el profesor imaginarse la actitud y no deseaba investigar nada que involucrara a su exesposa. La madre le contó las travesuras de Elías en la escuela y se rieron imaginándoselo mientras las cometía y la carita de sorprendido al ser asustado en el acto. Ambos se reían con honestidad. Su madre le sirvió el café de la tarde sin preguntarle si deseaba, ya era costumbre de los dos si estaban juntos a esa hora del día. El profesor enfocó su vista en la tacita de café negro, ella lo notó y sabía que algo serio se le iba a comunicar en los próximos segundos y así fue.

— Sabes, he estado pensando mucho en mi vida con relación a hacer un cambio para lo que yo considero lo mejor.

Su madre lo miraba ahora con ojos preocupados y llena de interés en sus palabras. Esto se debía a pura experiencia por su parte. Su hermana, Analucía, solo le traía problemas que parte de la sociedad ya sabía y casi siempre no tenían arreglos, Tomás, su hermano menor, le contaba cosas de su desarrollo como hombre, madurando, que se podían corregir con simplicidad; pero el profesor siempre le traía situaciones profundas y complejas, las cuales él asumía con responsabilidad y acostumbraba a resolver solo, pero que siempre deseaba compartir con ella, y de ella darle consejos, él los seguía sin reservas.

— Quisiera concentrarme en una sola mujer desde ahora en adelante. Veo la necesidad de hacerlo porque últimamente veo una contradicción en mi conducta y la palabra de Dios que desearía llevar dentro de mí—. La madre se apenó pensando que era María a la que se refería y sabía, que, de serlo, tendría que dar su fuerte opinión que sería un gran error.

— Hijo, yo admiro como has crecido en tu fe, es por eso que sé que tendrás un buen futuro siempre que pongas a Dios delante de todas tus decisiones. ¡Eres tan diferente a tu padre! Pero no desearía que te apresuraras a tomar decisiones radicales solo por traer un cambio a tu vida. Si necesitas un cambio, podrías salir de vacaciones fuera del país por un tiempo, no sé, cambiar de ambiente completamente, quizás...

— No mamá, no estoy aburrido es... le interrumpió.

— Espero que no, si llevas una vida con bastante variedad y con un trabajo exigente que te llena de serias responsabilidades—. Su mirada sobre el rostro de su hijo que ahora la enfocaba con seriedad, pero con cariño y notaba con claridad la preocupación de su madre que ella no podía esconder.

— Deja de interrumpir y cálmate, yo no voy a hacer nada revolucionario del cual me podría arrepentir en un futuro porque no voy a tomar ninguna decisión que me ate a compromisos sin primero ver lo que voy a hacer y estar muy seguro que la otra persona esté de acuerdo con los principios, no los deseos de los dos. Además, todo de lo que me voy a deshacer lo puedo recuperar si así lo deseara. Lo que sucede ahora más que antes es en parte lo que siempre te he dicho: yo me considero un hombre carnal, por el cuerpo donde vivo, pero también espiritual porque me inspiro en la biblia y las cosas de Dios, entiendo cosas infinitas e inmateriales.

—Vivo continuamente enseñando conceptos metafísicos y abstractos. Yo tengo que respetar esa parte de mí que me hace sentir como un ser espiritual. Soy humano y a veces permito que lo carnal domine todo mí ser. Quiero ser más espiritual que carnal. No lo puedo lograr sin Dios a mi lado porque Él es que me da ese conocimiento, esa comprensión de la vida. Sin Él a mí lado temo que perdería el conocimiento y comprensión espiritual.

Se miraron profundamente y ella fue la primera en cambiar el rumbo de su mirada hacia la ventana donde había llegado un pajarito y rápidamente salió volando tan pronto como aterrizó, tan veloz fue que no pudo notar de color era. Retornó su mirada hacia su hijo con un enfoque diferente, más tranquilo y sobrio

que antes. Su blusa blanca reflejaba parte del amarillento-anaranjado que el sol depositaba sobre su rostro por la gigantesca ventana anunciando el inicio del atardecer.

— En mi lectura de la biblia y mis conversaciones con mis amigos cristianos he llegado a entender que la verdadera transgresión al cometer un pecado no es porque violamos uno o más de los mandamientos sino porque traicionamos al Dios todo poderoso en no querer estar con Él. Para poder estar con Él tenemos que querer vivir como Él, como nos enseñó Jesús, con una vida más espiritual, vivir de adentro hacia fuera. No es la conducta mía lo que estoy analizando, pero el resultado de lo que estoy haciendo. Seguir pecando es estar comunicándole a Dios que estoy contra Él. Si estoy en contra de Él, como entonces decir que lo amo si lo estoy humillando y de seguir haciendo lo que hago, hasta me estoy despreciando mi espiritualidad y avergonzándolo a Él al tratarlo así.

— He realizado que no es el pecado lo que cuenta, es el tratar de seguir viviendo como si el pecado se puede permitir, si lo sigo cometiendo voluntariamente, como si al ignorar el pecado, porque me agrada, que también le agradará a Dios. Es vivir dejando de sentir culpabilidad y acercándome más a Dios espiritualmente. ¡Jesús cargó con mi culpabilidad; no más arrepentimiento! Trataré de seguirlo en mi conducta y cuando falle, Jesucristo estará allí abogando por mí. Tengo toda mi fe en Jesucristo y es esa fe la que me dará liberación a vivir una vida sin tener que arrepentirme todo el tiempo que yo caiga en mi conducta. No trato de esconder mis pecados; voy a vivir más en la semejanza de Jesucristo porque es una mejor vida.

El profesor cambió de lugar, se acercó hacia la ventana donde había estado el pajarito y trato de perseguir su vuelo mirando hacia arriba pero solo encontró un bello cielo completamente despejado en camino hacia un hermoso atardecer.

— Un pecador no tiene integridad con su Dios, un pecador realiza que el único derecho que puede reclamar es la realidad de traicionar la relación que dice tener con su Dios. Más importante, al final no disfrutamos el acto del pecado como lo pensamos, por eso seguimos cometiéndolo pensando que la próxima vez, sí nos va a dar la satisfacción permanente que buscábamos, y al final, la satisfacción

desaparece al ser falsa y Dios se nos aleja. Nos deja con un enorme vacío, con solo un cuerpo carnal alejando su presencia de nosotros. Pero Dios es tan bueno con nosotros que a pesar de la realización de que somos nosotros los que nos alejamos de Él, Él nos ofrece su Gracia Celestial y por su Misericordia que no nos merecemos, nos perdona en nombre de su hijo, Jesús. Yo no puedo seguir sintiendo esta pena de que Dios no esté a mi lado, que continuamente lo eche de mi lado.

La madre había puesto su tasita vacía sobre la mesa de la sala de cristal que ahora lo separaba del profesor, ella sentada en el sofá crema y él de pie recostado con su espalda en la pared de la ventana, el sol en sus espaldas y descansando sobre la madre. Un sol débil que solo mostraba colores hermosos al despedirse de un cielo completamente despejado que ahora iniciaba su cambio de temperatura para darle el permiso a la orquesta de los grillos despedirlo con su música instrumental. Ella se notaba preocupada y hasta un poco confundida no por la decisión del profesor, pero por la intensidad con que él hablaba y por las cosas con que se desahogaba.

Pero como el buen profesor que era, se dio cuenta y trató de pensar en un ejemplo que pudiera usar para que su madre entendiera, para darle un punto de referencia a lo que él le estaba explicando. Tomó la biblia que estaba sobre la mesa de cristal casi frente a su madre, la que ella leía todas las mañanas después de terminar sus oficios en la cocina, después del desayuno. La abrió a los salmos y buscó el salmo 51.

— Escucha lo que te quiero decir por parte de David en este salmo:

“Esconde tu rostro de mis pecados,
Y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio,
Y renueva un espíritu recto dentro de mí.
No me eches de delante de ti,
Y no quites de mí tu santo espíritu.
Vuélveme el gozo de tu salvación,
Y espíritu noble me sustente”.

Más adelante dice, en los versículos 16 y 17:

“Porque no quieres sacrificio, que yo daría;
No quieres holocausto.
Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado;
Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.

— Ah, sí, uno de mis favoritos. Yo entiendo lo que me has estado comunicando lo que no entiendo es lo que estás pasando al sentirse alejado de Dios. ¿Cómo te sientes? Y ¿por qué estás tú pasando por algo que imagino que debe ser terrible? Tú no has matado a nadie como lo hizo David. No entiendo por qué te castigas con tan dura sentencia. Tú eres digno de sentir a Dios, Él no se puede alejar de ti.

—Mamá— le contesto con dulzura en el tono de su voz, pero con certeza.

—Lo estoy viviendo. Mientras he estado disfrutando con acciones indeseables y cometiendo hechos que Dios simplemente me prohíbe y rechaza, me estoy matando yo mismo y haciendo que las personas que lo hacen conmigo también mueran en el mismo pecado. Después de despedirnos nos sentimos satisfechos físicamente, pero no espiritualmente. Si nuestra cultura permite sexo entre dos adultos, aunque no estén casados, yo no tengo que asumir esa cultura si Dios me dice que no lo haga. Es ahí donde Dios me rechaza al cometer acciones de las que Él no puede ser partícipe.

La madre lo miró con una mirada de desespero y asustada que su hijo estuviera evaluándose tan severamente y según ella evaluaba a su hijo, él no se merecía lo que le estaba comunicando.

— ¿Por qué crees que Jesús dijo en la cruz?: Eli, Eli, ¿lama sabactani? Esto es: Dios mío, ¿por qué me has desamparado?⁶ Jesús estaba consumiendo en ese entonces todos los pecados de la humanidad y todos los futuros pecados también. Dios no podía ser partícipe de esa experiencia, no podía estar con su hijo en esos momentos antes de Jesús absorber todos los pecados de la humanidad. Si Dios rechazó a su propio hijo, ¿crees tú que no lo hará conmigo también? Claro que sí.

— No me gusta pensar que estés sufriendo innecesariamente por cosas que eventualmente tú cumplirás con Dios tarde o temprano, mi hijo, ten paciencia.

— No mamá, no estoy sufriendo, simplemente he abierto los ojos. Ya me arrepentí con mi Dios, siento un completo alivio al tomar mi decisión y ahora voy en camino a una vida guiada por Dios al dejar todo lo viejo atrás. Desde hace dos días siento un gozo enorme en mi corazón, siento al Espíritu Santo en mi hogar, mi trabajo, en mis relaciones con mi familia y amistades. Esto era lo que me hacía falta, lo que no quería perder.

La madre se levantó del sofá y caminó hacia su hijo y lo abrazó. Depositó su cabeza en su pecho y sintió como si mil años hubiesen pasado, deseaba que fuera una eternidad quedarse así con él. Se separó, lo miró y le sonrió mientras planchaba su camisa y corbata con sus dos pequeñas y arrugadas manos.

— No sabes cuánto le agradezco yo a Dios que eres mi hijo—. Le dijo sosteniéndolo al final de sus brazos extendidos, observándolo.

— Ese sentimiento que tienes para mí es el mismo que yo deseo mi hijo tenga para mí. Que sienta que su padre es un hombre de Dios y de que esa gloria que reina en la vida de su padre sea la misma gloria que desee él para su propia vida. Que Elías también sea un buen cristiano, viviendo su vida siguiéndole los pasos a Jesucristo en su conducta lo humanamente posible.

Al salir de la casa de su madre, llegó un poco tarde a reunirse con sus amigos. Le ordenaron un whisky antes de él llegar a la mesa del local. Era un nuevo restaurante que incluía un bar que prácticamente flotaba al borde de la montaña donde se encontraba. Daba la impresión de estar volando debido al precipicio que el valle de abajo producía. Todo el alrededor del bar estaba compuesto de ventanas del piso al techo y la vista era fenomenal. Pasó una noche contento, sin ansiedades, lleno de sí mismo, la naturaleza y sus amigos.

Al despertar el próximo día inició su rutina matutina. Salió del baño afeitado y más despierto de lo costumbre y continuó hacia la cocina donde le esperaba la

cafetera eléctrica y se sirvió una taza de café que le acompañó todo el trayecto desde la cocina hasta el aposento donde se vistió acompañado del televisor que narraba las noticias de la mañana y el cual le llamaba la atención ver, cuando alguna noticia en particular le atraía la atención. Prosiguió a sentarse en el mostrador que separaba la cocina de la sala y se alimentó con unas cuantas de sus galletas favoritas con mantequilla, jamón y queso blanco, continuó cepillándose los dientes y finalmente saliendo del apartamento. Esta mañana no vio a Petra, la muchacha que le atendía todas sus necesidades caseras y le cocinaba durante la semana. Esto quería decir que Petra había estado bailando la noche anterior y andaba tarde hoy por la mañana; como decía su mamá, “juventud, divino tesoro”.

Le dio inicio al motor del vehículo y lo dejó calentar mientras prendía la radio y pensaba cual sería la reacción de los estudiantes hoy al recibir sus trabajos de nuevo ya con notas y comentarios. En verdad a la clase no le fue tan mal, aunque si se sorprendió que algunos estudiantes no realizaran un buen trabajo al no profundizar más sus posiciones o no desarrollar con más detalles los argumentos que presentaron al tratarse de esconder detrás de teorías de los viejos filósofos que escribieron sobre el tema.

Pero sentía mucho orgullo de saber que la mayoría de los chicos habían hecho un buen trabajo al no dejarse influenciar por viejos argumentos y expusieron sus ideas sobre el tema a favor o en contra, pero con una posición siempre muy de ellos. Estos fueron los que mejor notas recibieron a pesar de faltas en sus análisis o razonamientos. Una sonrisa de dientes con una blancura y de secuencia perfecta le captó la vista mientras salía del estacionamiento que le correspondía a su vehículo según el número de su apartamento. Era Paco.

— ¿Me dejó los zapatos afuera? — le preguntó aun sonriendo.

— Pienso brillárselos un poco más temprano porque en la escuela hay algo para los padres y salgo más temprano que de costumbre—. Dijo con cierto tono de autoridad.

— No sabes que harán los padres en la escuela hoy, pero espero que hayas trabajado fuerte para que tu madre no te dé una sorpresa al no estar satisfecha con tus calificaciones— le dijo con una sonrisa.

— Hay profe, yo sé que es para eso de las notas, pero con toda la ayuda que usted me da, yo soy el mejor de la clase. Mi mamá estará contenta y le aseguro de que le saco un helado por mi fuerte trabajo, fácilmente.

— Ya veremos, Petra no ha llegado, espérala para que te dé algo de desayunar y limpia todos los zapatos que veas sucio y lava los zapatos de tenis blancos también esta tarde. Pero vete directo a la escuela después de desayunarte para que no llegues tarde—. Le dijo con tono de voz más bien de amigo que de un tutor.

Pensaba en niños como Paco que tienen que ayudar en la casa con cualquier alivio monetario que fuese posible para la comida. Era por eso en parte que Paco daría la vida por el profesor, él siempre le daba alimento por la mañana y al medio día y le pagaba, aunque no había trabajo como limpiabotas o el profesor tenía que regresar rápido al trabajo y no le daba oportunidad a Paco de lavarle el vehículo, lo cual eran las responsabilidades de Paco. En ocasiones como estas, Petra le daba algo que hacer como limpiar el balconcito del apartamento el cual ella limpiaba para los fines de semana o tumbarles el polvo a los libros del aposento que ella también hacía solo una vez a la semana.

Así, Paco se sentía bien de haber servido al profesor que él tanto quería. Como maestro al fin, se preocupaba por su educación más que por su bienestar y por eso cuando tenía tiempo después del almuerzo, ayudaba a Paco con las tareas difíciles mientras el profesor notaba que Petra escuchaba atentamente desde lejos. Siempre le verificaba sus cuadernos y le hacía comentarios orales de sus trabajos. Sabía que eventualmente alguien siempre estaría más que dispuesto de atender las necesidades de Paco por ser un niño tan agradable, pero no todos veían la realidad de que Paco tenía un futuro en este mundo si lograba una educación.

Nada de la Universidad de Harvard en los Estados Unidos o de la universidad de Oxford en Inglaterra, ni menos de una revolución proletaria que les otorgaría una igual educación a todos los niños de la revolución. No, Paco llegaría

simplemente porque el niño sobresalía en todo lo que hacía y porque era una de esas criaturas que donde vayan, siempre están bien recibidos. Miro su reloj otra vez según caminaba desde su vehículo al edificio de la facultad de filosofía.

El maletín de piel color café claro le pesaba más de lo común por los libros y papeles adicionales que llevaba hoy. Al entrar al salón de clases se podía escuchar mínimo de veinte diferentes conversaciones a la misma vez pero ninguna en una voz más alta que la otra lo cual le daba un sentido de intelectualismo a todos los estudiantes presentes aunque los temas que se estaban hablando fueran temas que no requerían de ningún ejercicio intelectual sino más bien temas como que el Jaguar deportivo lucía más sensual que el Ford Mustang III o que el pelo negro siempre era más atractivo en una muchacha joven que el color café.

Pero dicho sonido tan familiar a todo personal docente que enseña a la juventud se tranquilizó y se silenció según el profesor incrementaba su camino hacia el frente del salón para darle la espalda a la pizarra, poner su maletín sobre el escritorio y encarar a la clase que ahora hacía su último arreglo uniforme de sentarse y ajustarse cómodamente en sus asientos en posición de completa atención. Como de costumbre el mismo payaso de la clase, y en las mayorías de las clases siempre tiende a haber uno, rompió el silencio y preguntó:

— ¿Es verdad que todas las pruebas calificaron con notas excelentes, profe?

El salón se llenó de una sola risa que al escucharla cuidadosamente tenía un tono de nerviosismo en el fondo inexplicable.

— Como de costumbre así es— dijo el profesor con una seriedad seca y al punto— y como siempre usted nunca falla y no rompió su tradición, sacando la peor de esas notas excelente.

Todos se rieron a carcajadas mientras se volteaban a ver el rostro del payaso de la clase que se reía más alto y habría su boca más grande que los demás. En realidad, sabía que aparte de ser el más popular y la alegría del salón, también era uno de los más destacados en sus estudios. Al sacar los exámenes del maletín el silencio regresó y extendiendo una mano con un grupo de papeles hacia un extremo del salón y la otra hacia el lado opuesto, dos estudiantes se levantaron con

la misma agilidad y prosiguieron a repartir las pruebas a sus correspondientes compañeros. El silencio se convirtió en un sonido de las páginas frotándose una con las otras, como si fuese un periódico siendo atacado y desordenado por la brisa mientras lo arrastra por el suelo de una calle o en un callejón. Así como el silencio calló las conversaciones, por igual se acalló el sonido de las páginas y toda la atención fue dirigida hacia el frente del salón de nuevo.

— Antes de escuchar desacuerdos o aclaraciones de los comentarios que le hice en sus papeles, si hay alguno, recuerden que esta es una sola de las tres notas que determinarían su nota final. Además, recuerden cuál fue la tesis primaria en contestar o presentar sus argumentos a la posición que ustedes defendieron. Si tienen algún punto desarrollado que los antiguos filósofos usaron, esto es válido; si solo me dijeron lo que ellos ya habían dicho y solo hicieron un resumen de las posiciones de estos filósofos, entonces su nota representa un grado inferior a los que se atrevieron a ser más dinámicos. Recordando siempre que en esta clase la posición que ustedes toman no tiene nada que ver con la nota de su trabajo.

Esperó que en el silencio del salón de clase se absorbiera lo dicho con una meditación madura y que los alumnos realizaran y analizaran en esos momentos si sus notas estaban paralelas con el trabajo que habían realizado. Entonces preguntó con seriedad, pero al mismo tiempo con un conocimiento que implicaba que él sabía quiénes no estarían a gusto y con una serenidad de que él podía razonar el porqué de sus decisiones.

— ¿Algún desacuerdo con sus calificaciones?

No tardó mucho en que una de las estudiantes levantara la mano. Ya sabía que iba a ser una mujer antes que un hombre, pues en la mayoría de los casos es la mujer que casi siempre reclama en público ya que no tiene miedo, indiferentemente de la validez de su queja. El profesor tenía la teoría de que por este mismo fenómeno los hombres por lo general tenían la tendencia a no gustarle devolver mercancías que compran en tiendas, cualquier que fuese la razón, mientras que para las mujeres era como una de las cualidades que definen parte de la naturaleza de la mujer.

La mujer está acostumbrada a ser vista, a sobresalir de entre los demás, especialmente si en el lugar solo hay mujeres, es parte de una competencia en la que casi todas las mujeres participan desde sus tempranos años. ¿Por qué?, porque es algo que se les inculca a las mujeres desde su niñez y formaba parte de su inconsciente tanto como su comportamiento cotidiano. La mujer siempre está en competencia con las demás o con las modas en las vitrinas de las tiendas y a los hombres les fascina que ella sea así porque nos atraen los vestiditos ajustaditos, los vestiditos de escotes bajo, las minifaldas exageradas, los colores llamativos, etc. Aunque a los hombres bien estrictos les gusta vérselos puestos a otras que no sea su mujer.

—Dígame. Dijo fijando sus ojos en ella con una mirada que comunicaba “ya sé lo que me vas a reclamar” pero a la misma vez diciéndole “usted tiene todo el derecho a romper este silencio y es tal derecho el que abrirá la puerta para que los tímidos también hablen”.

—Profesor, yo argumenté desde el punto de vista de la omnisciencia en que Dios puede ver el pasado, presente y futuro lo cual lo hace a Él, Dios. En este punto Él sabe ya lo que acontecerá en el futuro de todos nosotros y por lo tanto sabe nuestro destino como parte de lo que pasará en el universo en su totalidad, no que Dios ha predestinado en avance el destino de cada una de las personas. Dios es amor y nos quiere a todos.

Ella fijó sus ojos algo nerviosos esperando la respuesta que ella sabía no vendría automáticamente ya que ella sabía que nada salía de la boca del profesor sin un fuerte análisis que respaldaría lo dicho por él. Pero él no dijo nada. Solo la miró comunicándole que no había hecho su punto de argumentación.

—O sea, yo pienso que basado en esa tesis, yo cubrí todos los puntos necesarios para una mejor nota.

Se volvió a escuchar el silencio completo en el salón de clase. Después de unos segundos adicionales el profesor caminó hacia el otro lado de la tarima de donde partían clase los profesores.

— Usted usó el argumento de la eternidad como definición a que Dios es capaz de ver los acontecimientos antes de que sucedan. Al Dios tener esa capacidad usted cambió la definición de predestinación a que esto es lo que sucede. Dejó afuera un gran detalle y es que, en su argumento, Dios no realiza sus deseos, solo puede ver lo que sucederá. Dios desea que todos seamos salvados. ¿Qué pasó con todos los pasajes bíblicos donde vimos este mensaje claramente comunicado? Mateo 7:8 fue uno de estos que vimos Jesús decir: “Pedid y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se abrirá. Porque todo aquel que pide recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá”. Si oramos así para nuestra salvación entonces se nos otorgará. Pero esto no es lo que dice la predestinación.

— El otro punto que usted no defendió es el siguiente. Si Dios nos ama, ¿por qué permite que exista esta predestinación de resultados negativos? O sea, los que no serán salvados. El amor de Dios sobre pasaría el hecho de ver a una de sus criaturas perderse, si lo único que Dios hace es ver con anticipación quienes se salvaran. Aquí es donde su argumento la lleva, a la contradicción de los deseos y del poder de Dios contra su amor.

— Entendemos que Dios es todo poder y todo amor. Usted no se defendió de ese argumento. Uno de los argumentos al usar, y que vimos en detalle fue la declaración: “Y amé a Jacobo, y Esaú aborrecí, y convertí sus montes en desolación y abandoné su heredad para los chacales del desierto,”⁷. Nos preguntamos cómo pudo Dios haber hecho tal declaración, así que usted estaba consciente de la posible contradicción—. Todos escuchaban cuidadosamente.

— Si usted entró en la contradicción de Dios y amor, entonces tenía que presentar argumentos para salirse de allí y no lo hizo. En otras palabras, no terminó su trabajo con una posición personal basada en lo que quería concluir, solo en lo estudiado. Esto le faltó, por lo tanto, su calificación refleja esa falta, pero, aun así, su calificación no está nada mal, en mi opinión.

El silencio volvió a reinar en el gran salón de charlas que solo tenía como un tercio de sus sillones ocupados, comparado con el cien por ciento al inicio del semestre. El profesor estaba acostumbrado a estas estadísticas y la administración también. La administración lo aceptaba porque le daba más seriedad a su

departamento de filosofía de que sus profesores y requisitos de estudios fueran estrictos y no simples créditos fáciles de obtener para rellenar requisitos de graduación. El profesor por esto no le temía a la gran cantidad de estudiantes que abandonaban sus cursos, ni a la mala reputación que le podría generar, es más era todo lo contrario. El profesor era tan respetado por los estudiantes que lo conocían, que esa era la mejor reputación para los que no lo conocían tomar clases con él. Siempre se decía en la universidad que “con ese profesor se aprende, no se pierde tiempo”.

—Si usaron argumentaciones que incluyeron al capítulo ocho de Romanos, o parte de ese capítulo, entonces recibieron comentarios positivos de mi parte, y de no haber dañado la oportunidad de salirse de la tesis de la cual tenían que escribir, entonces sus calificaciones están saludables.

No había corregidos los papeles de la segunda clase. Esperaba que le fuera mejor que a este grupo. Quería ver argumentos con claridad, persuasivos, convincentes, originales. Había mucha tela que cortar con el argumento de la predestinación así que la creatividad no estaba limitada. Los argumentos se podían presentar en diferentes maneras, a favor o en contra. Aunque en su corazón el profesor bien sabía que Dios deseaba la salvación para todos y por eso vivía con su fe continuamente positiva en estos días.

Al entrar en la casa de su madre se encontró con Analucia. Analucia era su hermana mayor. Su relación como hermanos era como dicen, “de lejos” pues pocas veces se hablaban y solo lo hacían con temas necesarios que generalmente tenían que ver con actividades o decisiones de la familia las cuales eran pocas. Un desacuerdo tomo lugar entre ellos cuando el solo contaba con el inicio de los años de su adolescencia, pero su posición fue tan fuerte para él que nunca retrocedió en mantenerla alejada y de mostrar poco afecto por ella pues así verdaderamente se sentía con ella.

Le disgustaba como ella trataba a su madre desde el tono de voz con que le hablaba hasta sus gestos físicos con que se expresaba al comunicarse con ella. Siempre hizo una relación entre ella y Caín. El Caín de Génesis que terminó matando a su hermano Abel. Nunca visualizó a Caín como un hombre cariñoso con

Eva, ¿qué hijo cariñoso con su madre sale a matar a su hermano menor por celos con su Dios, sabiendo que eso acabaría con su madre? No, siempre analizó a Caín menos amoroso con sus padres que Abel. Lo había meditado muchas veces. ¿Cómo actuaron Eva y Adán al enterarse del asesinato de su hijo, Abel?

Sabemos cómo reaccionó Dios, pero por parte de sus padres no tenemos ninguna descripción o información. Para argumentar su punto de vista, siempre presentaba el diálogo que tomo lugar entre Caín y Dios no solo al decirle que él no sabía dónde estaba su hermano Abel, pero también cuando le acusó de injusto por despacharlo del paraíso a donde iba a ser destruido por fuerzas mayores que él. En otras palabras, le demandó, indirectamente, a Dios por protección en un momento donde no tenía derecho de seguir con vida, mucho menos de pedir favores o poner condiciones como las que se leen en Génesis 4:9-15. Así era su hermana.

Ella había participado lo mínimo posible en la niñez del profesor ya que la madre de ambos siempre estuvo al cuidado de todos sus hijos. Indiferentemente a cuanta necesidad cada uno necesitaba o demandaba ella siempre contó con “la bendición de Dios”, como decía ella, para resolver los problemas de la familia. Muchos eran. Esto se debía a que el hombre del hogar, cuando estuvo presente, no hizo otra cosa que limitarse en su papel como padre a decir la última palabra en decisiones, llevar el sustento económico, pero no el emocional, y hacer acto de presencia en actividades de la sociedad como cumpleaños, graduaciones, fiestas, etc., aunque no siempre. Pero si demandaba más atención que los tres hijos juntos.

Era un hombre muy comedido a su profesión como decano del departamento de historia de la mejor universidad privada del país. Cosa que siempre le sacó en cara a su hijo: “Deja de trabajar para los pobres en una universidad pública del estado, el dinero está y será de los millonarios, no se encuentra en los salarios pagados con impuestos de la clase media”, le solía decir, a lo que su hijo nunca le contestaba. Más bien, escuchaba y después seguía su camino cuando su padre había terminado su consejo.

Su padre invirtió su tiempo escribiendo dos textos universitarios muy respetados en prácticamente todas las universidades nacionales, y fueron utilizados en muchos países de Sur América como la referencia histórica de su país.

Esta fue su mayor excusa para ausentarse, al inicio de su carrera, del hogar mientras escribía, poco tiempo antes que naciera Analucia, y esto duró mucho después que naciera su tercer hijo ya que la diferencia en edad era de dos años entre los dos primeros y cinco años entre el segundo y el tercero.

Al nacer el tercer hijo ella decidió no tener más y él acepto pues significaba menos obligaciones y gastos. Su mayor preocupación era la apariencia en la sociedad, hombre de un buen prestigio, intelectual, bien vestido, que socializaba en círculos muy estrechos ya que no todo el mundo podía ser aceptado en dichos ambientes. Como en los intelectuales, así también en los incognitos, donde se reunían estos señores en casas de campos de amigos con el propósito de cazar aves. Vestuarios especiales para la ocasión y escopetas importadas de las mejores marcas europeas.

En realidad, aunque usaban su típica vestimenta de cazadores con chalecos y escopetas adecuadas de caza, lo que se cazaba en realidad eran prostitutas bien pagadas, muy jóvenes, atractivas, bebidas alcohólicas importadas y otros hábitos que solo los ricos pueden comprar. Su mujer lo sospechaba, pero nunca lo investigó pues no le interesaba. Además, nunca hubiera podido dar con verdaderas evidencias que lo pudiera comprobar. Los amigos de su esposo eran los generales, multimillonarios, políticos ricos, propietarios de universidades privadas y hasta el mismo presidente de la república.

— ¿Cómo has estado? Le preguntó Analucia sin que sus ojos abandonaran las hojas del periódico del día anterior que leía con gran interés.

—Muy bien para los tiempos. Le contestó sin interrumpir su lento camino hacia la cocina donde sabía que encontraría a su madre afanando con algo que necesitaba su atención.

Tan pronto como Analucia encontró empleo, los gastos en el hogar disminuyeron considerablemente para su madre. Ya no tenía que darle dinero para su transportación, su almuerzo cuando esta buscaba trabajo y tenía que comer fuera del hogar entre otras cosas. Los otros dos hijos nunca demandaron tanto de su madre. Por eso la madre se aseguró que Analucia pagara por sus extravagantes

gastos incluyendo parte de su profesión. Ya que, de haberla dejado, ella seguro que hubiera demandado los gastos universitarios de su madre a sabiendas que ella solo tenía el ingreso del dinero que sus otros dos hijos le daban para los gastos cotidianos.

Con el desastre económico que dejó su padre, la madre no podía dejar que los dos menores cubriesen el costo de la mayor, era asunto de ética y principio. Los pocos ingresos que los libros de su esposo generaban, por igual que el poco dinero que quedó después de su muerte estaban reservados para gastos inadvertidos, inesperados y emergencias, que nunca faltan. La pensión de la universidad mantenía los gastos anuales como los impuestos de la casa y su mantenimiento, el carro, la jardinería, etc. La madre vivía bien, pero pudo haber terminado con una vida financiera mucho más amplia.

Después de graduada en administración de empresa, trabajaba poco, cuatro a seis meses al año, sus amigas decían que era vaga pero inteligente, excelente en el conocimiento de su carrera y dedicada a los contratos que firmaba. Por eso no le trabajaba a nadie que no la pusiese en completo control del trabajo a realizarse. Tenía que ser la jefa y solo darle cuenta al dueño o la junta directiva del negocio. O sea, cuando trabajaba era excelente en lo que hacía, por eso la buscaban para ofrecerle empleo temporario pues ya sabían que prácticamente siempre estaba desempleada por lo exigente que era. Era cuando tenía empleo que su madre le exigía que la ayudara económicamente con los gastos del hogar. Esa contribución se consumía casi completamente por la misma Analucia de todos modos.

Sin embargo, aunque era una de los dos hijos que vivía en la casa, ella vivía una vida lejana y misteriosa fuera de la casa que ocurría con mucha frecuencia. Tenía algunas amigas en donde solía dormir de vez en cuando, o cuando salía con ellas fuera de la ciudad “para asuntos profesionales”. Se le conocieron algunos amigos, y algunos llenaban todos los requisitos de novios, pero nunca se materializó matrimonio. Ahora la familia había descartado esa posibilidad, no porque ya estaba muy avanzada en edad para un matrimonio que la rescatara para poder vivir fuera del hogar, pero esto era algo que ella tampoco estaba buscando; se sentía y se manifestaba demasiada cómoda viviendo con su madre. Un buen día

le anunció a su madre que se iba a vivir con una amiga que la invitó a vivir en su casa en un prestigioso barrio de la ciudad. Cuando la amiga se fue a vivir a Europa, ella se quedó con la casa y no regresó a vivir con su mamá y solo la visitaba por unos días durante algunos fines de semanas, días feriados y especialmente en navidad. Este era uno de esos fines de semanas.

—Bendiciones, madre.

—Oh, mi hijo. ¿Tú por aquí a estas horas? Dios te bendiga. ¿Y Elías, está todo bien?

Dejó de hacer lo que le ocupaba y fijó sus ojos desde atrás de los lentes bifocales que llevaba puesto.

—Sí, todo está bien. Vine a decirte que no voy a traer a Elías como de costumbre. Lo voy a recoger después de la escuela y no regreso hasta el lunes por la mañana. Me lo llevo a la finca de un amiguito que estudia en el colegio de Elías y de allí nos vamos todos juntos. No quiero hacer el viaje sin que sus padres me indiquen el camino ya que nunca he ido al lugar. Entiendo que queda bien retirado en una montaña que no conozco.

Hablaron por unos minutos en la cocina y como de costumbre la conversación cubrió desde Analucia, los gastos del hogar, la salud de la madre y los otros problemas que la ocupaban. Después de escucharla más que aconsejarla, ya que él había escuchado y opinado sobre todos los puntos que habían hablado, le dio un poco de dinero adicional para los gastos inadvertidos que habían surgidos. Se marchó después de besarla. La dejó tranquila asegurándole que Elías tendría un fin de semana muy especial. Esta vez no le preguntó nada la madre de Elías y se sintió bien con la esperanza que su madre a lo mejor se estaba acostumbrando al cuidado que el profesor le daba a su nieto.

—Déjate ver. Le dijo su hermana al verlo marcharse sin despedirse.

—Yo estoy aquí ahora.

— ¿A dónde vas? Le preguntó sin quitar los ojos de la prensa.

—Voy rumbo hacia el sur a la finca de unos amiguitos de Elías. Estamos invitados a pasar el fin de semana en el campo, piscina, pollos y vacas.

Esto le dijo con una sonrisa para ver si ella se reía. Pero su sonrisa se desapareció rápidamente al ella comentarle.

— Valla, que bien. Esas son las amistades que a mí me gustan.

Lo dijo bajando la voz más y más según la oración proseguía lo cual se hizo difícil de entender al final. Pero él supo entenderla porque estaba acostumbrado de oírla hablar así. De hecho, ese comportamiento por parte de ella implicaba que en realidad no estaba interesada en la conversación. Cerró la puerta silenciosamente sin despedirse de ella y mentalmente justificó su relación con su hermana una vez más. Primero, su falta de educación al no mirar a las personas con quien hablaba, dándose un aire de superioridad. Segundo, admitiendo que le daba prioridad a las amistades que tenían plata.

Siempre pensando de cómo sacarle provecho a sus amistades para que gastaran en ella y él no era el único que había hecho esa observación, muchos amigos y miembros de la familia se lo habían comentado. Tercero, tratar de dar la impresión que ella estaba interesada en su familia cuando ella solo le interesaba las oportunidades y situaciones que le daban beneficios. Era muy difícil de llevarse con una persona así, aunque fuese su hermana. La quería, se preocupaba y siempre estaba al día, a través de su mamá, del bienestar de su hermana mayor, pero nunca con la cercanía que le correspondía a una relación entre hermano y hermana.

En su opinión siempre vio a su hermana como a una mujer oportunista que se interesaba más en las relaciones con las amistades de la calle a los cuales les podía sacar provecho, aparentando lo que no era en vez de estar con su familia. No tenía recuerdos tiernos de su niñez que pudiera recordar haber pasado con ella. Después de adultos, existían pocos retazos de momentos del pasado que se habían recordados en conversaciones de familia durante alguna navidad o algún cumpleaños que se celebrara en familia, pero nada más. Pero estos eran muy diferentes a memorias que uno recuerda con amor y afecto porque habían sido experiencias íntimas y agradables que le marcan el corazón de un niño y le dejan

cicatrices de alegría de sentirse apreciado, aconsejado o protegido por una hermana mayor. Era un hecho que Andalucía lo había necesitado más a él que él a ella, siempre estaba necesitada de favores.

El profesor evitaba pedir favores. Recordaba cuando por mucho tiempo vivió durmiendo entre tres y cuatro horas de noche, ya que era el tiempo que le sobraba después de hacer sus tareas y estudios en el hogar. Durmiendo en los autobuses que lo llevaban de un destino a otro en el corre-corre de su vida cotidiana de aquellos días. Su padre le había dictado claramente que no deseaba que él fuera estudiante de filosofía. Aunque él le argumentó que su padre era un profesor universitario y que eso era lo que él también deseaba, su padre se oponía porque según él, no todo el mundo nació para ser profesor y él no veía ese potencial en su hijo.

“De seguir con esos empeños,” le decía, “tendrás que encargarte tu solo de tu educación pues de mí no recibirás un centavo”. Y así lo hizo, pago sus estudios sin ayuda de su padre. Cuando su madre trato de darles unos pesitos, siempre se los rechazaba ya que sabía que si su padre se enteraba tendría serios resultados para ella y con el tiempo ella dejo de ofrecerle ayuda, pero siempre le empacaba meriendas y cariñitos que se llevaba para sus largos días. Él nunca entendió porque su padre lo trató así, si era su hijo y eso lo entristecía. Pero con el tiempo dejó que la decisión de su padre le molestara, había mucho que hacer y trabajar para darle más importancia a lo negativo.

Nunca le guardo rencor, simplemente lo ignoraba. Por ejemplo, nunca le dio merito a su hijo al graduarse con honores y llegar a ser el profesor con tanta fama positiva en su universidad. Una vez en una fiesta, mientras el padre hablaba con sus amigos de su grupo social, le informaron de un artículo que el profesor había escrito, para el periódico de su universidad y reflejaba el éxito que este estaba disfrutando a nivel nacional. El padre del profesor trato de compartir ese éxito insinuando que se sentía orgulloso de poder influenciar, respaldar y financiar los estudios de sus hijos y del resultado con se estaba manifestando el profesor en los círculos intelectuales del país. El profesor se enteró de sus comentarios y le corrigió que el sol no se tapa con un dedo y que penosamente pasó por payaso con sus amigos pues toda la sociedad sabía que él nunca lo apoyó.

El padre lo echó de su presencia refunfuñándole que él nunca había dicho tal cosa y demandando quién le había dicho tal calumnia. Pero la pregunta seguía siendo, ¿cómo lo logró? Sabía que de tener que repetirlo, no lo pudiese lograr de nuevo, aunque solo contaba con treinta y cinco años de edad. Mientras más lo pensaba, más le otorgaba los créditos y méritos a Dios. Por cada obstáculo que se le presentó en su camino, siempre encontró una salida y a veces dos. Pero, ¿quién hacía que esas puertas que él ni sabía que existían se abriesen? En más de una ocasión se abrieron al pedirle a Dios sin muchos enredos ni esfuerzos, pero con la fe que Dios le abriera los caminos necesarios, de lo contrario, él no tendría éxito. En el aquel entonces, no sabía identificar si su fe se basaba en Dios o en sus necesidades de seguir adelante y esto se lo dejó saber a Dios en muchas de esas comunicaciones que tuvo con Él; que, en aquel entonces, nunca lo sintió como su padre celestial pero algún día todo esto sería diferente.

Antes eran comunicaciones, ahora eran oraciones. En aquel entonces solo sabía que podía contar con un Dios, su Dios, su verdadero padre a su manera. Fue entonces que empezó a analizar todas las veces que pasaron tremendos accidentes, situaciones peligrosas donde no estuvo y se ahorró un desastre o un mal tiempo. Las sorpresas agradables que no fueron esperadas ni trabajadas pero que, si lo beneficiaron a él, los momentos de paz que sintió al ver su hijo jugar en las diferentes playas donde lo acostumbraba llevar, las felices conversaciones con su madre por tener los medios emocionales y económicos de poderle resolver los problemas inmediatos del momento que la ahogaban. Todas estas cosas que empezaban a caer como fichas de un rompecabezas que se armaban y se situaban en su lugar apropiados, automáticamente, por sí mismas.

Fue entonces que realizó que no podía reclamar u otorgarse crédito por todas las cosas positivas que le habían pasado en su vida. Como no creía en la dicha su única conclusión tendría que ser Dios. No creía en las teorías científicas. Le faltaba espíritu. Ya sabía que Dios había tenido mucha misericordia con él. Solo había que buscar en los viejos archivos que llevaba en su cabeza del peligro de los cuales él escapó sin un rasguño, pero no por sus habilidades, es más, en muchas ocasiones ni tuvo idea de cómo logro salir con vida de algunas de sus travesuras. Cuando iba de caza o a pescar con sus amigos, por ejemplo.

¿Pero, era posible de vivir sin darse cuenta de la gracia de Dios? Sabía que muchos declaraban que a través de la gracia de Dios tenían vida eterna sin importar ser pecadores. De eso estaban seguros. Basaban sus creencias en el amor de Dios. Sin embargo, él sabía que Jesús había pedido más que eso, había demandado seguir los mandamientos encontrados en el evangelio de San Juan. Era esto lo que lo hacía meditar con seriedad pues sabía muy bien que su vida carnal, que lo involucraba con tener sexo antes del matrimonio no era lo adecuado. Su deseo de no buscar una vida más allegada a Dios era voluntario porque sabía que no podía cumplir con los requisitos de Dios y con su presente estilo de vida.

Pensándolo bien en ninguna devoción cristiana, que él conocía, era permitido a sus creyentes tener sexo libre antes del matrimonio, y menos con más de una. Pero su meditación no estaba basada en la religión, estaba basada en su Dios y era Dios que le negaba los deseos inapropiados que el profesor quería vivir. Ya no era solo el meditar sobre este conflicto, era la realidad que él tenía todo el potencial de buscar la palabra de Dios con su corazón, ya que la había buscado desde un punto intelectual durante toda su carrera profesional, pero se negaba a hacerlo espiritualmente y era lo que le molestaba ahora con más intensidad. Sabía y estaba seguro de que él pecaba rompiendo otros mandamientos, sin embargo, no se preocupaba porque al hacerlo no lo hacía premeditado y mucho menos con malicia. Pero seducir a una mujer, conquistarla, prefabricar todo el escenario de una noche romántica que los llevaría a la conquista del aposento era a veces más satisfactorio, agradable y honorario que ninguna otra futura recompensa con Dios. Lo quería así.

Sabía pecar, cómo planificar su pecado y buscaba ansiosamente la satisfacción de ganar la batalla para luego ser premiado como un general merece ser decorado con otra medalla de mérito en su pecho por sus estrategias usada para ganar la guerra. La única diferencia era que en su caso el enemigo deseaba ser derribado, conquistado y hasta secuestrado como prisionero de guerra. A esto él le corría porque no deseaba quedarse con rehenes después de la conquista. No hasta que llegó María, y por eso no había terminado su estrategia militar contra ella.

Solo era un juego del gato y el ratón. Le gustaba cuando lo jugaba con ella, pero lo detestaba cuando terminaba el juego porque no sabía por qué lo hacía. No se sentía a gusto consigo mismo porque no sabía por qué se detenía con ella, por qué no la llevaba a la cama como a las demás. La quería llevar al altar, señorita. Ella podía satisfacerlo sexualmente, pero él no la pensaba así. Era igual a los momentos donde él no pensaba en la compañía del sexo opuesto. Estos eran siempre cuando estaba en la compañía de su hijo o tenía otras responsabilidades que enfrentar preparando trabajo adicional para su empleo que no fuese dar clases.

En estas ocasiones, cuando no tardaba de sonar el teléfono con una amiga en el otro lado de la comunicación, nunca contestaba para no comprometerse en esos fines de semanas. Esto implicaba que eran muchas las veces que él no ocupaba sus pensamientos en las chicas, pero cuando lo hacía sabía que terminaría acostado con una de ellas y esto ya sabía que era un pecado. No sentía remordimiento por su conducta de seguir su vida con esta necesidad biológica porque lo veía así, una necesidad. Necesitaba estar íntimo con otra persona a ese nivel. Era parte de sus entrañas y a la vez, sentía una paz interior, después de sus conquistas, que él podía distinguir que era diferente a la paz que Dios le daba cuando hablaba y oraba con Dios.

No era la misma cosa. ¿Por qué entonces martirizarse con emociones que estaban fuera de su control? ¿Por qué no vivir felizmente como si no importara pecar? Esto era lo que le preocupaba. Era la conversación que no deseaba tener con Dios pero que sabía que era inevitable. Este estado de ánimo lo seguía día y noche. Algún día llegaría esa confrontación. Como suelen decir los nortes americanos, no hay tal cosa como un almuerzo gratis. Tenemos que pagar por lo que deseamos de este mundo. En conclusión, no era que sus acciones fueran como las de un vulgar ladrón que toma lo ajeno sin permiso sabiendo el daño en lo que hace.

El solo tomaba lo que le querían ofrecer y lo tomaba sin hacer daño alguno, ninguna se había quejado. Pero si se sentía tan descarado y rebajado como un común ladrón al romper las leyes de Dios y salirse con las suyas una y otra vez. Ese remordimiento le robaba el derecho de sentir satisfacción, ser deseado, amado y

respetado; y se robaba a si mismo su tranquilidad al no permitirse ser obediente a un Dios que se lo había dado todo. Una noche tomo lápiz y papel y anotó el nombre de sus amigas. Todo este grupo de amigas se podían contar con los dedos de sus manos y sobraban dedos. No deseaba incrementar el número de amigas porque era asunto de cualidad, no de cantidad.

En realidad, no se cansaba de pasar tiempo íntimo con cualquiera de ellas cuando le era posible y cuando tenía la necesidad de verlas. Su intención era el de pasar un agradable momento, no hacerle daño, ni hacerse daño, siempre evitando las malas lenguas de la sociedad que estaba lista de apuntar el dedo al otro ciudadano sin saber uno que mandamiento violaban, o peor aún, que suciedad realizaban en sus vidas privadas. Como Jesús bien dijo: “¡Hipócrita! Saca primero la viga de tu propio ojo, y entonces verás bien para sacar la paja del ojo de tu hermano.”⁸ Un chisme mal distribuido le podía causar serios daños a su profesión y a la reputación de sus amigas, aunque casi todas eran mujeres de muy buenas familias a las que sería difícil de ensuciarlas fácilmente con solo chismes. Pero un chisme sobre un profesor era un premio de casería fácil de lograr y que cualquier envidioso estuviera orgulloso de colgar en la pared de su sala.

En lo peor de los casos, pasarían las chismosas como envidiosas y cobardes de no poder tener el estilo de vida que estas mujeres podían llevar como solteras al tratar de crear un chisme en la sociedad. Por eso no se preocupaba por ellas. Mientras pensaba en esto recordó la noche en que se encontraba con la cajera del supermercado en un restaurante el cual ella deseaba conocer. Él había estado allí en varias ocasiones, pero había salido recientemente con las amigas que solían visitar dicho sitio y no pensó ningunas de ellas estuvieran allí de nuevo. Aunque ella era, de las amigas, la de más bajo nivel económico y social, le agradaba como la mujer se comportaba en público y como se arreglaba para estar más que adecuadamente vestida y preparada para los ambientes donde él acostumbraba salir.

Esa noche hubo un conflicto cuando otra amiga asistió al restaurante en compañía de sus padres para celebrar el cumpleaños de su madre. El profesor no le negó sus intenciones con la cajera a su amiga. No le gustaba mentir. Ese era un

pecado muy difícil de él romper. Es más, muchas fueron las ocasiones que pasó por antipático, grosero o cruel por decir la verdad en vez de decorar las circunstancias con mentiritas inofensivas. Pero si tuvo que hacerle realizar a su amiga que ella también solía salir con otros hombres y él entendía ya que entre ellos lo que se honoraba era la íntima amistad que ambos tanto apreciaban y protegían.

No la lealtad. Esto era en pocas palabras la verdad. Fueron muchas las palabras que se tuvieron que usar para aclarar, explicar, convencer y hasta prometer para llegar a un estado de paz y armonía, como anteriormente estaban. Como resultado de este descuido, o cosa del destino, tuvo que salir dos fines de semanas consecutivos con ella, cosa que él no solía hacer con ninguna. Aunque tuvo que admitir, fueron dos fines de semanas inolvidables. Pero bien sabía el profesor en sus años de estudiarse a sí mismo: era más fácil conseguir que mantener. Los imperios, los matrimonios, la fama artística o deportiva, etc., eran más fáciles de obtener esos títulos que quedarse con ellos por mucho tiempo.

Es muy difícil que uno dure con cualquiera de ellos por mucho tiempo porque es mucho trabajo el seguir ocupando la primera posición donde hay competencia. Además, muchas veces conseguimos cosas, reputación o títulos que no nos damos cuentas que la estamos trabajando o procurando. “El mejor estudiante de la clase”, por ejemplo, es una cosa que uno posiblemente logra no por buscar la posición, pero por simplemente querer sacar buenas notas. Sin embargo, tan pronto uno lo consigue, hay otros estudiantes que también desean la misma posición no por obtener buenas notas, sino más bien por el orgullo.

Tienes de repente a otros estudiantes que van a competir contra tu posición, sin tu saberlo, con una motivación más intensa porque no es la misma que la tuya. Eres el mejor estudiante de la clase por tus excelentes notas. Puedes que te satisfaces con solo tener notas excelentes y no en tu desarrollo social, y, por lo tanto, pierdas el primer lugar a otro que también logra notas excelentes, pero también sobre sale de simpático para ser el más popular. De repente pierdes lo que lograste en algo que tú no estabas buscando. Solo querías unas excelentes notas al final del año escolar, no ser el mejor de la clase. Esto también pasa en el matrimonio. Conquistamos a esa persona que tanto deseamos, pero después de

vivir juntos y desarrollarse cada uno en su verdadera personalidad, pero contraria en su naturaleza, el amor no puede cargar con la diferencia de personalidades.

No le temía al matrimonio, pero tampoco le era apetitivo tener relaciones de convivir juntos sin compromisos a sabiendas que podrían separarse sin problemas al despedirse finalmente. No quería casarse y trabajar para algo que la otra persona no estaba trabajando también. No deseaba trabajar en un matrimonio que él no sabía si la otra persona le daría lo apropiado a la relación porque en realidad la otra persona no deseaba lo mismo. Tenía que ser una unión donde no hay espacio para pensar por separados, una sola meta para ambos. Nada de méritos al azar.

Vivía mejor sin compromisos y con una selección de amigas de las cuales nunca tenía por qué cansarse, las conversaciones siempre estaban más frescas, las actitudes y las buenas intenciones también eran más honestas. Era agradable “hacerse un poco de falta” por no siempre estar “uno arriba del otro”. Esto le recordó a su hermano menor, Tomás, el cual vivió con una muchacha a la que conoció y se amaban locamente. No valió el hecho de que asistían a casi todas las materias juntos en la universidad y por lo tanto siempre se sentaban juntos la mayoría del día.

Pero al salir, también andaban juntos por todos los lados. A su madre le agradaba la chica, la relación y el cambio que dio Tomas al estar a su lado. Era bonito verlo sentirse amado. Quizás era la alegría con que él siempre se venía comportando y su caminar casi sin tocar el piso. La fuente de energía con que ahora tenía para hacerlo todo. Las carcajadas que la madre escuchaba desde la cocina cuando ella hablaba por teléfono, mientras ellos estudiaban o pasaban tiempo junto en la sala. Pudo que fuera el amor que la madre vio en los ojos de ambos sincero, honesto amor que les brillaba de sus pupilas como estrellitas en una noche sin luna.

El amor que a lo mejor la madre vivió al inicio de su matrimonio y que luego se esfumó. Como también pudo ser el amor que ella vivió con uno antes del padre de sus hijos y que fue el que se escapó por razones que solo ellos dos solo saben o supieron entonces y ahora se les olvido. Lo cierto era que las manos siempre estaban agarradas a sus lados, era un permanente recuerdo que estos dos estaban

juntos y muy enamorados. Eventualmente se mudaron juntos. Esta demostración de afecto inconfundible de un verdadero amor infinito no terminó en un par de meses, ni al final de un año, pero si terminó de repente.

Las calificaciones de los estudios de Tomás cayeron al piso. Por suerte el episodio pasó antes de sus exámenes parciales y tuvo tiempo de recuperar sus notas para el final del año académico, pero al ella abandonar la universidad en ese mismo día que también le dijo “adiós” a él, dejó una cicatriz en Tomás. Regaló todas sus cosas del apartamento y se marchó sin decir adonde. Por eso fue tan duro para Tomás. Solo porque su hermano salió como un loco tras de él, tuvo tiempo de reponer sus ánimos en sus estudios y subir las notas en la universidad. Esto, gracias a que su hermano mayor lo hizo regresar a la realidad. La realidad de estar solo de nuevo. Esto le faltaba a Tomás realizar y el profesor lo pudo ver desde el principio. Estar solo era algo que el profesor entendía. Tomás lo entregó todo y no dejó una puerta abierta en la relación por donde regresar a su vieja vida.

¿Qué hizo que la tierra se abriera y se tragara a su hermanito? ¿Fue la situación de convivir juntos sin compromiso de matrimonio? De ninguna manera, no como lo vio el profesor, aunque su hermana no estaba de acuerdo. Analucía pensó que los papeles hicieron falta. Estuvo equivocada como de costumbre. Fue simplemente el regreso de alguien del pasado de la chica que volvió a prometerle lo que no le había prometido en el pasado, un matrimonio, y por lo tanto se fueron juntos. Por eso terminó Tomás y ella cada uno por su lado. Ese hombre regresó listo para responsablemente estar detrás de lo que ella le había demandado que era una pieza necesaria en su rompe cabezas para ellos poder estar y vivir juntos.

Ella aceptó. No valió explicaciones de sentimientos escondidos, nombres de traicionera que ella misma se llamó, para darle entendimiento a una decisión tan brutal, el tratar de hacer a Tomás sentirse inculpable de todo lo sucedido, que aún lo amaba con otra dimensión de amor, de que lo que le ofreció en los momentos dados fue original, verdadero, honesto, inconfundiblemente del corazón, que en ese tiempo juntos él fue el latido de su corazón y que sin él le faltaba respiración. Que ella nunca fingió sino más bien que se entregó en cuerpo y alma. Todas estas

explicaciones, razonamientos y metafísicas llegaban a una sola realidad, Tomas fue un sustituto emocional en la vida de la chica.

Al regresar el amor utópico de su vida, el amor terrenal y carnal de Tomás no tuvo competencia. Muchos son los que se pierden bajo un ataque tan brutal, deshonesto, traicionero y sin escrúpulos. ¿Cómo le dio el profesor las riendas para que su hermanito pudiese tomar control de dicha bestia? Imposiblemente, pero cierto, fue la incertidumbre que vivía el mismo profesor. Analucía no aprobó a la chica desde el principio de la relación. La veía como a una caza fortuna, pero en realidad Tomás solo tenía un estilo de vida de clase media y el buen gusto de parte de su madre para decorar la casa como la gente rica.

Con lo poco que aún tenía su casa, que existió con bastantes lujos de la época pasada para calificarla como clase media, la madre aún hacía maravillas al reciclar y modernizar cosas viejas para decorar modernamente. Se aparentaba más de lo que en realidad había en el banco. La madre llevaba un hogar impecablemente limpio, a buen gusto y ella era, como detallista, la responsable de que ese aire de simpleza hiciera que todo aparentara más moderno, costoso y resplandeciente de lo que verdaderamente era. Empezando con su simple estilo de vestir aquellos viejos vestidos de la época de su padre que aún se veían como nuevos al asistir a un concierto de música clásica con el profesor.

No, la chica supo que ricos, mucho menos millonarios, no eran, pero para Analucía, que siempre estaba buscando lo material en sus amistades y el provecho de asistir a los sitios de la verdadera alta sociedad, así lo veía porque ella evaluaba lo que había en su hogar como más económicamente superior de donde podía provenir esa chica. Penosamente estaba equivocada, la chica sí venía de una familia millonaria. Esta familia emigró de Italia recientemente, no más de unos 60 años, debido a negocios que lo mantuvieron permanentemente en su nueva patria.

La rebelde decisión de asistir a una universidad del estado, en vez de una privada, fue lo que le permitió conocer a Tomas, que nunca supo del estado social y económico de su amante, y esa rebeldía fue fruto del mismo rechazo de evitar recordar a su viejo amor. Pero Analucía nunca la vio con buenos ojos. La criticaba por siempre usar los mismos pantalones fuertes azules de la moda. Ignoraba que

eran más costosos que mucho de sus vestidos. Solía preguntar al sentarse en el sillón a leer la prensa, las pocas veces cuando visitaba, ¿se sentarán aquí los tórtolos agarrados de manos, y yo de metida interrumpo sus estudios?

Las burlas eran infinitas y estando ellos presentes no la detenía. Tomas y su amor ignoraban los comentarios pues la madre sufría menos y no le daba la impresión a su mamá de que era necesario alejarse de su hermana más de lo que ya estaba. Una vez, al Tomas y el profesor estar moviendo muebles en el dormitorio de invitados, ya que su madre quería hacer nuevos arreglos, que estaba localizado en el primer piso al lado de la sala, ellos escucharon una conversación entre la madre y la hermana.

— ¿Por qué eres tan grosera con la amiga de Tomás?

—No estoy siendo grosera, solo molesto.

— ¿Molestas por estar tú molesta? — No vio la sonrisa sarcástica que llevaba la madre en su rostro.

— ¿Por qué he yo de estar molesta de que mi hermano se esté arrastrando en la cama con una mocosa? ¿O, no me crees capaz de conseguirme a una persona con la que yo pueda hacer lo mismo?

—No te moleste, yo solo quería saber si estabas molesta. Eso es todo. No olvides que debemos de amar a nuestro prójimo, como a nosotros mismos.

—Y así lo trato de hacer, mamá— añadió con una campanita en su voz como que posiblemente pronto llegarían lágrimas.

—Así lo espero hija, y no lo dudo, pues de mentir, Dios lo sabría y eso no me afectaría a mí sino solo a ti. Caminó lentamente a la próxima habitación dejando a Analucía con los ojos aguados.

La madre entró de la sala con un rostro sonriente y juvenecido. Con un orgullo de un atleta que anota un punto para su equipo, en condiciones casi imposible de lograr, cuando el juego estaba casi perdido y ya no existían posibilidades de ganar. Al entrar, Tomás la recibió con una sonrisa, sabía que era

importante para su madre saber que ella aún era la cabeza de la familia y que ella siempre cobraría, tarde o temprano, una falta de respetarla en su casa. El profesor la recibió de espaldas fingiendo tratando de mover una butaca pues no deseaba que ella supiera que él aprobaba de dichos diálogos de diferencias entre ellas dos.

Sí, se sentía orgullosa de sus hazañas, tranquilidad, paciencia y tiempo oportuno de ejecutar sus ataques. También admiraba como ella solía tocar el preciso nervio que afectaría a su oponente, que siempre fueron su papá y su hermana. Nunca llegó la necesidad de dichos diálogos con su hermano y él por parte de su madre. Pero lo importante recordar era esa incertidumbre con que el profesor vivía en aquellos días que le hizo a su hermano realizar que en la vida nada es seguro. Eran los días en que conoció a María en la universidad. Se habían encontrados varias veces como profesor y estudiante para él aconsejarla o aclararle algo sobre una de sus materias ya que él era su consejero.

Pero la química ya estaba allí entre los dos, desde el luego ninguno lo admitió. Ninguno lo podía admitir. Fue el principio de él soñar el sueño imposible con María que desde su inicio le causo miedo e incertidumbre. Miedo por fallar en lo desconocido. Miedo por iniciar una relación que fuese la verdadera, la que lo llevaría al altar otra vez. Lo desconocido del matrimonio, de estar viviendo diariamente con la misma persona para el resto de su vida y no cansarse de trabajar con otra persona hacia la misma meta. Incertidumbre, de no saber si al fallar que pasaría con los dos, pero primeramente con él.

Ya sabía lo que era una depresión. La última vez apenas sobrevivió. Ella era demasiado bella y joven, encontraría a otro. El quedaría destruido y equivocado en una decisión de tanta importancia. Estos sentimientos fueron los que usó para aconsejar a su hermano, “pero este no es tu caso”, le razonaba. “Tú no te desviaste por un cambio de opinión, de sentimiento o de responsabilidad. Tú terminaste como empezaste, enamorado, locamente enamorado. El tiempo con ella nunca te cambió. Algo fuera de tu control, un viejo enemigo del pasado, te derrumbó tu castillo simplemente porque vino acompañado con unos sentimientos que ella tenía por él, que eran más fuerte que los que ella sentía por ti.

Esa fuerza no era de ese hombre, sino más bien de ella que le dio no solo el poder de atacar tu castillo haciendo presencia en su vida otra vez; pero dándole la oportunidad de creer en su vida junto a él, de nuevo, esa decisión solo la podía tomar ella. Es muy diferente si ella se hubiese cansado de ti o tú de ella. Penosamente ella vivió con un fantasma. Entiende que es sumamente difícil vivir con fantasmas, para ella debió de haber sido muy difícil. Pero tú pudiste, inconsciente e ignorantemente, mantener alejado el fantasma de su vida por todo ese tiempo, entonces ella si te ofreció lo más que pudo, no creo que fuiste usado ni maltratado en un juego de alguien egoísta”.

“Te aseguro de que si yo hubiese tenido la madurez de haberme involucrado con una persona que vivía con un fantasma, estaría feliz sin importar el resultado final de mi relación con ella o de ella conmigo. No sentiría negativismo ni nada depresivo como resultado. Es más, tu ego debería de estar sumamente elevado al realizar que fuiste capaz de satisfacer a una mujer que vivía con un pasado que la mantuvo completamente prisionera en un castillo sin puertas abierta y una sola ventana. Donde la única ventana, al final de una torre de doce pisos, fuiste tú. Piénsalo, solo tu amor y carisma pudo haberle librado de que ella pudiese otra vez asistir a la universidad, a un concierto, al cine, pero siempre a tu lado haciéndola reír.

Fuiste increíble, mi hermanito, y eso me hace sentir muy orgulloso de ti”. Así le hablaba el profesor mientras su hermano lentamente salía de la depresiva situación en que lo dejó su novia. Tomás nunca pudo reponerle ese tiempo, ni la dedicación con que el profesor se entregó, a no dejar a Tomás solo. Ni tampoco supo de dónde ni cómo su hermano tenía ese talento para ser el padre perfecto de acudir a su ayuda en el preciso capítulo de su vida donde fue más necesario de que él estuviese allí para rescatarlo. La propia madre de ambos se asombró lo receptivo que fue Tomás al escuchar los consejos de su hermano.

Siempre supo que era un padre ideal con Elías, pero este era un niño y debido a su inocencia era más fácil de manejar, pero bregar con el corazón destrozado de un hombre no era lo mismo. Esto la llevo a admirar más su hijo mayor y a tener reservas y más dedicación que nunca a su hija que lo único que

hacía era hacer que su hermanito se sintiera mal al decirle, en más de una ocasión, “ya te lo había advertido, nunca entregues el corazón”. Lo que más le dolía a la madre era ese “te lo dije”, que le duele tanto a un corazón herido sin importar los motivos que causan dicho daño.

Sí, necesitaba dedicarse más a esa personalidad de Analucía para que la vida de su niña no terminara en un desastre. Pero para eso tenía que dejarle saber que aun ella era “su niña” y el problema era que habían pasado muchos años que la madre dejó de tratarla como su niña. Analucía se había asegurado de que deseaba más el respeto de su madre que su amor. En eso era igual que su padre. Un tiempo después cuando charlaba con su madre en la sala antes de partir para su apartamento, la madre le confesó de sus sentimientos hacia el profesor cuándo sacó a Tomás de esa terrible depresión en que lo dejó “esa muchacha”. Sentimientos que la madre también quería sentir hacia su hija.

—Son momentos donde uno puede agradecerle a Dios que a través de la crucifixión de su hijo nos perdona todos nuestros pecados. Porque en esos momentos uno piensa que no hay arreglos posibles para poder seguir viviendo. Que la vida no tiene perdón, como la da Dios que es el todo poderoso, pero en esos momentos se siente como si Dios no estuviera, como si el dolor nos mantuviera en un vacío donde el aire no se mueve y el razonamiento está ausente en unas largas vacaciones porque nuestra exigencia de buscar una respuesta lógica a nuestra situación es demasiada larga para el razonamiento afrentarla.

Levantó rápidamente los ojos para verle la cara a su madre y no pudo notar un semblante vacío y distante que no reconocía en su madre. El profesor, en esa ocasión, no pudo evitar pensar que su madre había pasado por una experiencia similar pero cuándo, dónde y con quién no lo sabía. Por eso no vaciló en preguntarle con una voz, que sin saber por qué, salió ronca no porque su garganta estaba seca sino más bien por lo sorprendente que se encontró lo que su madre le estaba comunicando con esa expresión facial. Pensativo y con ternura en la voz le preguntó:

—Madre, ¿viviste tú un episodio de engaño amoroso en tu vida?

—Yo creo que todos lo hemos vivido. El que no ha experimentado dicho fenómeno es porque, nunca amó, nunca ha amado o está muerto. Es parte de la vida. Solo espero que Elías te tenga a ti a su lado cuando le toque a él la infortunada experiencia—dijo muy pensativa. Su conclusión era como si todos tenemos por obligación que tomar ese amargo trago.

— ¿Por qué tiene Elías que vivir dicho episodio? —pregunto esperando entender el razonamiento de su madre.

— ¡Hay no! Ni Dios quiera eso para mí bebe, ¿qué es lo que digo, por Dios?

Algo no cuadraba, su madre no hablaba por hablar, siempre era muy medida con sus opiniones e ideas. Aun cuando comentaba sobre las pocas novelas que veía en la televisión. Esta vez ella incluyó a Elías en un sufrimiento universal que era común para todos los humanos, como si fuese una cosa tan natural como una de las vacunas infantiles que nos administran a todos. El engaño. En aquella ocasión se despidió de su madre a la cual dejó muy fuera de sí misma y ella le agradeció su rápido despido, aunque nunca se lo confeso porque tenía que recogerse. Tenía que admitir que se sentía incomoda como si hubiese metido la pata en el lodo.

Mientras manejaba meditó sobre Cristo y como él tuvo que sufrir en la cruz ese momento de desencanto y traición después de haberse entregado por amor, por la salvación de todos nosotros y aún ser crucificado con amenazas, sarcasmo y burlas de los mismos por los cuales Él lo hacía. Fue un completo rechazo de su amor. Rechazo del sufrimiento de tener que sudar gotas de sangre al pedir tres veces que esa copa pasara. La copa de tener que absolver el terrible dolor de pagar el castigo de todos nuestros pecados. Nuestras suciedades que al encarar dicho dolor que un Dios tan limpio como Él tuviese que pagar por amor a nosotros. Pero más aún, Él solo. Por primera vez, separado del Padre.

Un sacrificio de esa magnitud entre los dos, Padre e hijo, para ser apreciado por nosotros con traición y rechazo. Sabemos que el dolor y la intensidad de Jesús fueron tan enormes que gotas de sangre corrieron por su rostro. Lo que no sabemos es cómo se sintió Dios al ver a su hijo así y Él tener que cumplir su promesa de cumplir con nosotros. La biblia no nos dice. Un rechazo donde momentos

después sería traicionado por “uno de los suyos” al cual, según lo entendía el profesor, llegó a amar y siguió amándolo, lo que Jesús llegó a odiar fue el pecado que cometió Judas. Que se tuvo que perder porque así lo decía la profecía fue otra cosa. ¡El negar al Mesías con una traición era un pecado imperdonable!

Un pecado que aún se está pagando donde los dientes crujen debido al dolor eterno. Ese rechazo y traición fueron experiencias que tienen un calibre mayor que bombas atómicas. Y nosotros nos volvemos locos y sin entendimiento cuando una relación de amor se termina inesperadamente. ¿Cómo nos atrevemos a pensar que en realidad tenemos derecho a entrar en depresiones por acontecimiento tan superficiales? No, no sabemos lo que es realmente sufrir un rechazo ni una traición verdadera. Terminó su paralelismo de la experiencia de su hermano con la de Jesucristo en un semáforo en el cual le sorprendió la luz roja y tuvo que frenar con muy poco tiempo logrando hacer chillar sus llantas. No pudo evitar tener que seguir pensando, pero de allí al resto del camino puso más atención en el tráfico que a sus pensamientos.

Esa mañana llego más temprano de lo costumbre y lo único que lo hizo sonreír y hasta reírse un poco más tarde fueron las payasadas de Paco. Pues ni la misma Petra, la sirvienta, que siempre lo hacía sentirse relajado con su presencia y atenciones, pudo cambiarle la preocupación que vestía su cara al ella notarlo incómodo, anunciándole que prepararía su almuerzo favorito. En sus meditaciones tuvo que pensar en sus instintos y en las necesidades de su conducta. Estaba cansado de seguir comportándose sin primero analizar su razonamiento ni de pensar en su espiritualidad. Salió del apartamento y notó que las llantas del vehículo brillaban y sabía que eran trucos de Paco para que se vieran como nuevas, cosa a la que Paco le daba “muchísima importancia en su negocio de limpia carros”, como acostumbraba decir el chiquillo.

Lo que le sorprendió fue lo temprano que estaba Paco en la calle para realizar dicha sorpresa para el profesor, y eso si le preocupaba. Tendría que hablar con él a la hora del almuerzo ya que Paco desayunaba y almorzaba con el profesor. Al llegar a la universidad se estacionó como de costumbre y respiró profundo el olor de su oficina la cual siempre le recordaba los libros que decoraban toda una pared pues su oficina era además el salón de libros de referencias del departamento. Ahora tenía sus espaldas a esa pared y veía a los pajaritos saltar y cantar sus canciones de árbol en árbol a través de la grande ventana que quedaba en la pared opuesta a la de los libros.

Desde allí podía ver cuatro de los edificios clásicos de la universidad los cuales fueron construidos doscientos años anteriormente y tenían un aspecto de autoridad, por su vejez de arquitectura gótica, comparados con dos más modernos edificios construidos para poder manejar el volumen de estudiantes que había incrementado en los últimos trece años. Esto era lo que le había dado a esta universidad pública el prestigio de compararse con las privadas pues era de las públicas, la mejor. Tuvo que poner su atención en los pinos localizados al sur del campus los cuales dividían, en una línea recta, el territorio de la universidad de un hospital estatal que era su vecino.

Por esto era tan terrible conseguir estacionamiento en el área. Afortunadamente, tanto el hospital como la universidad contaban con estacionamientos propios para su población laboral. Los maestros y doctores no pagaban, pero el resto de la población que acudían a ambas instituciones si lo hacían, lo cual le daba a la universidad un ingreso

adicional. Noto las áreas donde los estudiantes solían reunirse entre clases. Se sentía como en casa, le agradaba el ambiente, le gustaba la juventud, se sentía parte del futuro intelectual del país, siempre lo pensó y lo seguiría pensando. Todas las instituciones académicas forman el futuro del país. Informarse, compartir y argumentar era, en su opinión, la vida universitaria que uno nunca olvida por las amistades que uno llega a tener.

Antes de disfrutar esta oficina tenía que compartir su espacio con todos los otros profesores del departamento donde se sintió orgulloso de lo que había logrado. Pero ahora se sentía parte de esta institución, ahora los años que había invertido en este lugar eran parte de los méritos con que él se evaluaba y este sentimiento se podía medir con los estudiantes que habían pasado por los cursos que el profesor había impartido y todas las graduaciones que había asistido eran testigos de este hecho que continuamente se lo recordaban los estudiantes cuando lo saludaban dentro y fuera de la universidad. Vio los árboles de sombra que protegían los sillones del jardín donde algunos estudiantes se sentaban a comerse una merienda, compartir un chiste o a sacar una guitarra.

Abrió una de las ventanas góticas, las cuales se abrían verticalmente hacia fuera, para darle la bienvenida a una briza juguetona de una primavera avanzada que traía olor de flores que ya estaban mostrando sus estupendos colores. Pensó lo extraño que era que durante todo el tiempo que había estado allí, nunca conoció a los jardineros. Sabía que era un ejército de cinco y siempre se le veía trabajando en el pasto, flores, árboles y las canchas deportivas que tenían áreas verdes, pero no sabía quiénes eran. Simplemente la universidad contaba con demasiado empleados y cada uno era importante en su propio núcleo y así mismo se comportaban, trabajando para su propia entidad. Lo mismo podía decir de los vigilantes, siempre eran muy cortés al saludarlo al entrar o salir del campus, pero no sabía quiénes eran.

Sus ojos vagaron hacia los árboles de sombra que se encontraban al este del campus y eran los que protegían el área de la piscina contra las brisas que acostumbraban invadir el campus de esa dirección, especialmente en el invierno y por eso la mayoría de las personas usaban la piscina localizada un piso más abajo del gimnasio en el edificio de medicina y salud de lo contrario nadie se inscribiría para cursos de natación en el semestre que incluye los meses de diciembre y enero, debido al frío. Todo este tiempo, su mente volaba con lo que tenía que decir en el salón de charlas hasta que fue interrumpido por

un toque a la puerta. Sin dar la vuelta dijo, “pase” lo altamente suficiente para ser oído a través de la puerta.

—Buenos días, profesor.

Era Sarah. Sarah era una de esas estudiantes de familias ricas que terminan asistiendo a una universidad pública porque sus padres cayeron económicamente en desgracia, por una razón u otra, y se ven obligados a recursos de estudios más económicos. Era una muchacha simple de ojos azules que siempre estaban escondidos detrás de unos lentes ovalados que complementaban su cara agradablemente. Casi siempre lucía su pelo rubio agarrado a ambos lados por ganchos de pelo, como lo lucían en los años cincuenta o recogido completamente hacia atrás y amarrado en un moño de abuelita. Era delgada, delicada y sus ropas se mesclaban con las modas que todos los demás universitarios usaban.

Nada de lo de ella sobresalía. Hasta que uno la miraba otra vez, que era casi siempre el caso con ella, porque entonces uno tenía que notar que su cara demostraba unos labios sensuales y apropiadamente carnales a los cuales ella siempre les aplicaba un color llamativo y con esto alumbraba toda la cara. De hecho, no era desagradable mirarla, pero los chicos sabían que tenían que dar la medida con ella pues era muy inteligente. Miró una de los dos sillones de madera gruesa de color caoba, con asientos y espaldares de piel rústica negra. Él le asintió con la vista que se podía sentar y automáticamente miró por arriba de la cabeza de Sarah al reloj de la pared y notó que si tenía tiempo para recibirla.

Solo con los pocos pasos que tuvo que caminar desde la entrada de la oficina hasta el sillón uno podía notar que había algo diferente en Sarah que con las demás personas. Sus movimientos eran graciosos, tranquilos y llevaban un aire de quietud que la hacía lucir como si ella pertenecía allí. Le daba una existencia natural de “te hago un favor hoy con mi presencia” sin verse engreída o presuntuosa, todo lo contrario, su sonrisa, aunque simple, radiaba confianza, serenidad y amistad. Se podía decir que era realeza y por eso sus amigos la llamaban princesita.

Sus padres eran de “apellido” como se acostumbra decir. Su abuelo había sido presidente del país. En la opinión de la mayoría, un buen presidente, ya que fue reelegido

una segunda vez y los libros de historia afirman que fue de los pocos reelegidos en cuyo segundo período se lograron grandes cosas positivas para la nación. Existían fotos de la pequeña Sarah, de un añito de edad, en los brazos de su abuelo en la prensa durante esos años presidenciales y el comentario era que, al ser su única nieta, en aquel entonces, el presidente era loco con ella. Lo mismo no se pudo decir de su padre el cual corrió, con el mismo partido reformista que su abuelo en dos elecciones consecutivas, pero no ganó.

Se comentaba que el abuelo de Sarah era el último hombre decente del partido y le dieron el voto al partido progresista, los cuales al aprovechar los avances que el abuelo había logrado para el país, se quedaron con la presidencia por tres elecciones consecutivas. No tuvieron que trabajar muy duro al tomar el cambio de poder, solo seguir con lo que el abuelo había empezado. La segunda vez que su padre participó en las elecciones, los resultados fueron peores. Jamás volvió a postularse ni a involucrarse con el partido que el abuelo había amado con tanto furor y pasión.

El papá de Sarah se quedó al frente del negocio de la familia después de la muerte inesperada, de un ataque cardiaco, del abuelo, el cual confiaba con ojos cerrados en su hijo, ya que había hecho un excelente trabajo al frente del negocio durante los ocho años de la presidencia del abuelo. Sin embargo, al país llegó una peste de moho azul, el cual es un tipo de hongo aéreo que afecto drásticamente al cultivo del tabaco.⁹ Para empeorar las situaciones, en pocos días también llegó pulgones o piojillos los cuales terminaron destruyendo a los pocos agricultores que competían con la familia de Sarah.¹⁰

Sin embargo, debido al buen estado financiero de la familia, ellos pudieron resistir las pérdidas hasta que dos fenómenos nuevos llegaron. Primero, fue el cogollero del tabaco que debido a las grandes fumigaciones que se hicieron a las plantaciones debilitó demasiado las cosechas y arruinó todas las plantaciones a los pocos finqueros que quedaban.¹¹ Aunque se trajeron expertos de otros países para remediar la situación, todo fue en vano. Los cambios de temperaturas más baja de costumbres y las continuas lluvias arruinaron hasta los padres de Sarah. El país sintió el golpe financiero de los productores de tabaco ese año y mucho más. Se comenta que dichas plagas fueron introducidas por países que competían con el propósito de subir los productos del tabaco en el mundo.

Otros chismoteaban que fue un plan del partido progresista para asegurarse de que el padre de Sarah no tuviese los medios económicos de correr contra ellos por un buen

tiempo. La verdad es que los padres de Sarah encararon la situación abandonando mucho del estilo de vida que anteriormente se podía dar el lujo de vivir. Desde despedir a muchos empleados, mudarse de una mansión a una casa modesta, deshacerse de varios automóviles, limitarse a uno solo sin chofer y enviar sus hijos y sobrinos a instituciones educativas públicas fueron de las medidas que decidieron adaptar para no caer en deudas extravagantes y poder vivir lo más cómodo posible.

Los días de asistir a cenas y almuerzos en los cuales había que pagar una exagerada cantidad de dinero por el plato para recaudar fondos para un candidato del partido era cosa del pasado. El padre de Sarah sacó lo poco que quedó de la compañía de tabaco y estableció una pequeña empresa de publicidad con su hermano menor y de eso vivía la familia. Pero para la sociedad, seguían siendo gente de “apellido y millonarios de cuna”.

— Buenos días Sarah—le contestó mirando el reloj de pared. —No creo que teníamos una cita para el día de hoy, o ¿estoy equivocado? — La miró con seriedad mientras ella se sentaba en uno de los sillones.

— No, no teníamos una cita perdóneme el atrevimiento de molestarlo— dijo un poco nerviosa.

— Es que noté su automóvil estacionado tan temprano y me arriesgué a subir a ver si me puede regalar unos momentos de su tiempo. Si no puede, entonces, ¿pudieramos hacer una cita formal a la hora de su conveniencia? — Habló con una mirada de desesperación que no era normal.

No que el profesor se había visto con Sarah tan a menudo que ya la conocía o que existía una confianza entre los dos, sino más bien, que esa expresión que ahora ella ilustraba en su cara no era normal para nadie. Las cejas caídas hacia ambos lados de los ojos y los ojos perdidos entre ellas dando una expresión de alguien completamente enfocada, pero al mismo tiempo perdida. El profesor jaló su silla por el espaldar y esta rodó en sus cuatro ruedas y tomó asiento sin decir una palabra. Pensó que tenía que ver con las notas de Sarah o con lo que había dicho en clase la última vez que se reunieron. En ambos casos sería una cosa ligera así que “para que hacer una cita”, se dijo a sí mismo.

— Dígame de que se trata antes de hacer una cita, a lo mejor no sea necesario—. Le contestó confiadamente.

— Profesor, yo he estado teniendo ciertas dudas sobre mis creencias espirituales desde que me inscribí en su clase. Yo no tengo una iglesia a que acudir y mucho menos creo que sería una buena idea de intentar preguntar sin primero estar clara que es lo que me está pasando. Usted tiene una gran habilidad de argumentar y pensé que eran sus charlas las que me estaban persuadiendo a ver las cosas diferentes, pero el problema es que en ninguna ocasión usted ha persuadido a la clase hacia ninguna tendencia religiosa, ¿o me equivoco? Es más, yo creo que usted no tiene religión. Lo digo por las cosas que dice y argumenta en la clase.

El profesor quedó privado, le faltaba aire de razonar, escuchó las palabras de Sarah con atención y comprendió su inquietud, pero la capacidad de él poder reaccionar con palabras inteligentes se le era algo lejano en este momento. Sarah lo había enviado en una misión espacial y su cohete estaba ascendiendo todavía, no había llegado a su destino y Sarah le estaba pidiendo un reporte del planeta misterioso a donde debía de aterrizar sin antes haber llegado allí. Fijó sus ojos marrones en el rostro de Sarah por unos segundos que parecían una eternidad. Se movió para ambos lados en el asiento de su silla, la cual le obedeció mientras buscaba las palabras adecuadas. ¿Cómo supo ella que él no tenía una religión?

— ¿Nunca habías leído la biblia anteriormente, Sarah? — La pregunta fue honesta y al punto. Su cara no mostraba emociones solo sinceridad. — ¿Tiene tu familia una religión en particular o se habla de religión en casa? O sea, ¿existen posibilidades que el material de lectura de la clase se haya relacionado con algo religioso en tu vida privada?

— Cuando estaba pequeña, mi abuela me llevaba a la iglesia para que la acompañara. Fui bautizada y fui parte de todas esas costumbres culturales a las que estamos religiosamente atados, pero no creo que se me llevó a la iglesia después que pude caminar con el propósito de involucrarme en la creencia, sino más bien como algo que se tenía que cumplir por parte de mi familia y abuelita asumió esa responsabilidad. Llego el momento de mi primera comunión y se hicieron todos los pasos necesarios para todas las chicas del barrio que tenían la edad y se realizó el acto. Pero en casa nunca se oraba en grupos o por lo menos nunca lo noté. Si siempre me identifiqué como una creyente, pero más en el sentido de reconocer que existe algo espiritual mayor que el hombre, pero más

de esto nunca sentí la necesidad de cuestionar o interrogarme a mí misma de cosas que hasta ahora no tenían prioridad en mi vida. Esa no he sido yo. No.

Levantó la mirada de sus rodillas hacia los ojos del profesor el cual la miraba atentamente. Esperó a que el profesor hablara y él hacía lo mismo lo cual produjo un lapso de tiempo en el cual ninguno de los dos supo exactamente cuánto fue el tiempo que paso pero que si fue necesario para ambos entender perfectamente cuál era el problema en cuestión.

— ¿Por qué vino a dónde mí? Entiendo que no se va a arriesgar acudiendo a iglesias donde la trataran de persuadir inmediatamente en asociarla en sus creencias, pero, ¿no hay un familiar, amistades o compañeros de estudios con quien usted se sienta a gusto de discutir y charlar de este asunto personal? No sé si fuera prudente de usted hablarme de cosas que usted está ahora dispuesta a priorizar en su vida, eso puede ser muy personal.

Casi lo interrumpe, era como si ella estuviera preparada para la pregunta y disparó inmediatamente.

— Nadie al cual le tengo el respeto y la confianza para orientarme con la verdad como usted.

Ahora las cosas estaban pasando demasiado rápido para el profesor. Respiró profundo para sí mismo, cosa que Sarah no noto por la forma en que lo hizo, se recogió físicamente en su silla y recuperó la lógica de su mente y le dijo con tranquilidad y sinceridad en un tono casi en voz baja.

— Será mejor que hagamos una cita ya que este tema es de importancia para usted. Usted me está comprometiendo a darle una orientación en la cual usted debe de sentirse tranquila y a gusto con el resultado. Cosa en la cual yo no tengo experiencia. Mientras tanto, medite claramente que hay en su corazón. Él es el único que le dirá la verdad hacia donde usted tiene que navegar con esta inquietud suya. Yo en realidad vine más temprano porque tengo cosas que hacer y sus necesidades, las cuales son muy válidas, necesitan más tiempo de lo que tengo disponible ahora —. La miró y luego se sonrió con una sonrisa de padre que comunicaba, “se por lo que estás pasando y todo estará bien, aunque no sé cómo ni de dónde saco esta seguridad para sentirme así”

Sarah lo miró con seriedad y luego le sonrió también aceptando la oferta y le preguntó ¿cuándo nos podríamos reunir de nuevo? Él le contestó que le informaría después de la clase. Se despidieron, Sarah mostrando una sonrisa de tranquilidad de lo que se habló en la oficina del profesor quedaba en buenas manos. El profesor la vio mirar hacia atrás al abrir la puerta y regalarle una mirada de “gracias” y luego vio la puerta cerrarse tras ella. Inmediatamente se paró de su silla como un desesperado hombre que acaba de cruzar el desierto Sahara sin beberse un vaso de agua en el trayecto. Sarah reconocía que había un Ser Superior al hombre a su temprana edad. Eso era más de lo que él podía decir. Fue en estos últimos años que el profesor realizó que tenía que existir un ser supremo cuando él y su amigo Eduardo iniciaron sus observaciones del tiempo que medimos y las otras infinidades del mundo como el espacio, los números, etc.

El concepto de infinidad obviamente no lo creó el hombre porque no somos capaces de concebirlo por completo. Fue a partir de esta observación que el profesor empezó a buscar pasajes bíblicos que le dieran luz sobre lo infinito y desde el luego lo inició con Dios y su tiempo. Pero al hacerlo, más y más distracciones tenían con entender y aceptar esas lecturas hasta que empezó a buscar a Dios, solo por amor a Dios. Si algo había entendido de ese amor era que también le pertenecía al profesor a pesar de su pasado y de ese pecado que seguía cometiendo. Dejo atrás el intelectualismo en su búsqueda y decidió buscar y llenarse de Jesucristo y se entregó a ese amor que se promete una y otra vez como dice en Juan 14:23-26, tomó la biblia del librero que estaba más cerca de su escritorio y leyó:

“El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él. El que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió. Os he dicho estas cosas estando con vosotros. Mas el consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho”.

Por eso, últimamente, se interrogaba sobre su conducta desde todos los ángulos, no porque quería vivir sin pecados, sabía que esto era imposible, pero si por tratar de eliminar los comportamientos que él sabía que él podía controlar. Entendía que por la misericordia de Dios era perdonado, aceptado por gracia y por Jesucristo tenemos vida

eterna junto a Dios. Jesucristo pagó el precio. También entendía que la Gracia de Dios no se podía pagar. Que por esta Gracia teníamos salvación y esa salvación solo era válido si teníamos fe en Jesucristo como nuestro salvador.

Jesucristo nos había enviado al Espíritu Santo como nuestro consolador, al cual no podemos rechazar, porque él es quién nos orienta y protege hasta la segunda llegada de Jesucristo. Entendía, entendía, pero no lo sentía como algo propio, no algo tan propio que le pudiera hacer entender a otra persona. Sintió alegría por sentirse así, sentía agradecimiento por todo lo logrado en su vida. Por su desarrollo espiritual al darle gracias por todo lo que era y tenía. Porque empezaba a buscar la presencia de Dios en su vida cotidiana y si no lo hacía se sentía mal. Ahora se preguntaba, ¿está Sarah en este mismo proceso en su vida? Si lo está, entonces no hay necesidad de explicárselo, solo compartirlo.

Su meditación fue interrumpida esa mañana por la presencia de su amigo y colega, José Manuel quien al verlo un poco preocupado le preguntó:

— ¿Cómo te fue con los exámenes de la clase avanzada? Le preguntó José Manuel a su amigo el cual leía unos de los trabajos de los estudiantes.

— Mira que he encontrado unas cuantas cosas muy interesantes de observar. La mayoría de los estudiantes tomaron una posición negativa hacia Dios y esto no creo fue el resultado de los argumentos estudiados, ni que abundaron más material en contra, que a favor de Dios para tener estos resultados negativos en sus trabajos. Le contestó pensativo.

— ¡Que extraño! ¿Por qué crees que la mayoría respondieron así? Casi no terminó su pregunta cuando el profesor ya le tenía una respuesta.

— Te confieso que no solo tiene que ver con este examen, es una cosa que he estado analizando desde hace tres años escolares y para serte sincero, no se desde cuando se inició este sentimiento por parte de los estudiantes. Es obvio de que para yo notarlo tuvo que tomar lugar antes de los últimos tres años, de lo contrario no lo hubiese estado estudiando desde entonces. También es un sentimiento que estoy viendo en la sociedad. Le confesó, abriendo sus ojos más de lo normal.

— Pero, ¿qué fue lo que escribieron, argumentaron o establecieron que te veo tan disgustado con el asunto? — Esta vez José Manuel expresaba un tono de nerviosismo en su pregunta. Sabía muy bien que, si el profesor había comunicado algo equivocado en sus charlas, él asumiría la responsabilidad y la corregiría. Pero también sabía que, si se habían copiado unos de los otros, si buscaron material erróneo fuera de las charlas o usaron el material incorrecto del curso, el profesor castigaría a todos los afectados sin misericordia y esto lo preocupaba.

— La falta de respeto. El hombre piensa que puede juzgar a Dios. Que es igual a Dios. La facilidad de expresarse hacia Dios como si fuera otro estudiante o persona con el que están argumentando. Es la ausencia de temerle a Dios, como el poder reclamarle a Dios por las cosas que piensan que Él hace sin pelos en las lenguas, casi indignándolo, acusándolo con actitudes sorprendentes de que Dios debe de actuar de tal manera. ¡Es asombroso! El pensar que Dios tiene que modificarse para satisfacer los deseos del hombre, no lo contrario. Fíjate que dedique toda una charla en el libro de Romanos 9:15-24 y la autoridad de Dios sobre su creación, utilizando pasajes del mismo San Pablo y estableciendo en las charlas y los argumentos que vimos que Dios está en la posición de hacer lo que Él quiera con su creación ya que Él es el creador de todo el universo.

— Vimos como Él destruyó ejércitos completos para defender sus causas en Josué 10: 1-13 y naciones completas por ignorar sus mandamientos en Deuteronomio 7:1-11 y aun así estos estudiantes no comprenden la seriedad de argumentar así, dejando el factor de autoridad y la soberanía de Dios fuera de sus trabajos. ¡Es una falta de respeto! Los mejores trabajos fueron los que argumentaron desde un punto de vista serio, respetuoso o dirigiendo sus teorías o premisas hacia la conclusión deseada. Su opinión o posición no me interesa siempre y cuando este bien respaldada o desarrollada con buenos argumentos que concluyan lo que ellos desean establecer. Pero simplemente negar un argumento con la conclusión de “que Dios no tiene derecho de actuar así porque no es correcto” me desespera.

— ¡Que no es correcto porque la mayoría de los hombres están haciendo lo contrario a lo que Dios exige, es absurdo! ¿Es así como los he educado en el arte de argumentar? Dijo mientras movía la cabeza de lado a lado sin poder creer lo que sostenía en sus manos.

José Manuel solo escuchaba. Lo que decía el profesor tenía mucho sentido y pensaba que lo más prudente de hacer por el momento era guardar silencio y así dejar que su amigo se desahogara y al mismo tiempo esperar a ver cuál sería el resultado del asunto y ver si era necesario intervenir con su decisión. El profesor siguió hablando.

—Tendré que dar una pequeña charla usando algunos de los argumentos principales que formarían un ejemplo de un buen trabajo sobre el tema, sin tener que cubrir todas las bases, pero sí, mostrándoles una línea sana de que material usar en desarrollar sus argumentos, para que así puedan comparar sus trabajos con lo que voy a modelarle. Así lo hice, pero tendré que repetirlo con simplicidad. No le temo a que vallan a estar disgustados con sus calificaciones, le temo a que no se puedan evaluar ellos mismos en los errores que cometieron. Desde luego estoy hablando de los que no hicieron un buen trabajo debido a falta de argumentos débiles. Dos días más tarde, así lo hizo.

La puerta del profesor del salón de charlas, número 159, se abrió y no fue sorpresa para nadie cuando fue, pues, aunque todos hablaban en sus acostumbrados asientos, todos tenían sus ojos clavados en la puerta por donde entraría el profesor. Como de costumbre puso su computadora portátil, la cual inmediatamente abrió y puso los libros que cargaba, en esta ocasión eran dos, junto con un folder de la universidad, que todos sabían que contenía sus trabajos calificados sobre el escritorio de profesores. Activó la pantalla gigantesca del salón con la computadora y el nombre del curso, el nombre del profesor y la fecha aparecieron para todos poder ver. Todos dejaron las conversaciones y fijaron su atención al ritual del profesor que siempre estaba listo a su hora, los estudiantes también habían llegado a su hora y esto era unas de las disciplinas por las cuales la universidad más se orgullecía, la puntualidad.

— Muy buenos días. Empezaré por comunicarles que he estado más orgulloso de su trabajo en el pasado de lo que estoy ahora con este. Esto se debe, en gran parte a que los argumentos, o la falta de argumentar en algunos casos, no permitieron que sus trabajos fueran convincentes y persuasivos suficientemente. Otros, decidieron rechazar o defender su posición simplemente porque era su posición. No argumentaron con argumentos válidos. Su creencia no es lo que tiene que ser para todos. El objetivo era persuadir al lector, pero tienen que tener una posición clara que van a defender. Su posición era más importante que un buen argumento, después de todo, lo dijeron ustedes y eso era suficiente. En otras palabras, si yo lo digo así, así será. No sabía que tenía tantos dictadores en mi clase. El ustedes establecer su creencia no hace un argumento y mucho menos una conclusión a una teoría. Yo creo que todo el mundo debe de usar medias azules claros los sábados para alegrarse el fin de semana, es su opinión. Yo creo que usar medias de lana en el invierno para mantenerse los pies calurosos, es un buen argumento.

—Al corregir sus trabajos encontré a muchos de ustedes asumiendo una misma actitud al desarrollar sus trabajos. Ustedes no tienen que pensar que sus argumentos, por más válidos que ustedes piensen que sean, tengan que degradar o ridiculizar a Dios en el proceso. El hecho de que ustedes crean o no crean, no hace de su creencia una realidad. Yo puedo creer que hoy el sol es rosado porque así lo deseo ver y hasta lo puedo visualizar como rosado, pero en realidad el sol

sigue siendo color amarillo brillante. La validez de sus argumentos es evaluada por la lógica que ellos hacen al lector realizar sus puntos de vista. Esa lógica también tiene que llevar al lector a sus conclusiones. No puede haber espacio para dudar en su conclusión.

Veamos cuales son las posiciones y los argumentos que discutimos en la clase para desarrollar el tema de la predestinación. Vimos el argumento que nuestra salvación está en manos de Dios solamente. Esto es, todos somos pecadores y por lo tanto al vivir en el pecado, no somos capaces de elegir nuestra salvación. No somos dignos de buscar a Jesucristo como nuestro salvador, aunque quisiéramos. Entonces, Dios selecciona a aquellos que se van a salvar. Estos son entregados a Jesucristo y por eso Jesús dice:

“...Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre, para que sean uno, así como nosotros. Cuando estaba con ellos en el mundo, yo los guardaba en tu nombre; a los que me diste, yo los guardé, y ninguno de ellos se perdió, sino el hijo de la perdición, para que la escritura se cumpliera”. Juan 17:11-12.

No podemos desarrollar fe hacia Jesucristo por nuestra propia cuenta o voluntad y por eso no participamos en nuestra salvación. La salvación es asignada por Dios.

Por otro lado, este argumento de la predestinación es contra argumentada por los que argumentan que Dios quiere que todos seamos salvados. Dios nos extiende esa salvación a todos igualmente. Sin embargo, no todos la deseamos y rechazamos esa salvación voluntariamente. Los que la rechazan lo hacen porque prefieren vivir sus vidas según sus propias normas y al hacerlo se alejan de Dios. Los que quieren aceptar la salvación, Dios por su misericordia les otorga gracia celestial para que puedan desarrollar fe en Jesucristo. Estos son los que Dios le entrega a Jesucristo para ser santificados y salvados. Aquí, la persona decide que ruta tomará.

Miremos un ejemplo para entender mejor. Soy un millonario y quiero hacerle un regalo a mi barrio. Compro todas las boletas de un concierto que se presentará dentro de poco. Por lo tanto, todos los que procuran comprar boletas

no encuentran. El día del concierto me paro en la entrada del lugar y ofrezco boletas gratis como lo anuncia el gigantesco letrero que tengo a mi lado. Los que aprecian la música instrumental, entrarán muy agradecidos y contentos. Pero los que no aprecian la música instrumental, porque no le gusta, rechazarán la invitación, aunque sea gratis. Así es la salvación que nos ofrece Dios. La persona tiene el deseo de ir al concierto, Dios le ofrece el boleto gratis de poder entrar. Dios ve el potencial en esa persona de querer creer en Jesucristo y Dios le da gracia celestial para desarrollar su fe. Vimos muchos textos bíblicos en la clase a favor de este argumento.

“Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, mas tenga vida eterna”: Juan 3: 16.

Claramente, Dios desea la salvación de todos, y nos la ofrece a todos. Pero algunos no desean la boleta a la salvación porque no les gusta la vida cristiana que tienen que vivir. La vida cristiana tiene mandamientos y un camino estrecho que muchos no quieren obedecer y como resultado prefieren evitarla. Pero, además, requiere de un cambio de conducta que le niega a la persona muchos placeres de este mundo para nacer de nuevo para “poder ver el reino de Dios”: Juan 3:3. Deberían de leer el tercer capítulo San Juan otra vez.

Antes de tomar una posición con respeto a estos dos puntos de vista, les advierto, la primera posición implica que Dios, al seleccionar a los que serán salvos, al mismo tiempo asigna a los que no lo serán. En otras palabras, asigna la condenación de esos individuos al infierno. En la segunda posición, Dios no asigna a nadie a perder su salvación, o sea no los envía al infierno. Más bien el individuo lo hace por su propia decisión al negarse a seguir los mandamientos y deseos de Dios. Esta diferencia es crucial al ustedes decidir cuál de las dos van a utilizar. Ya que, si utilizan el primer argumento, tendrán que contestar por qué Dios asigna a ciertas personas al infierno. ¿Termina Dios asignando perdición al ser justicia? Dependiendo de cuál teología utilizaran depende el desarrollo de sus argumentos y las citas bíblicas que utilizaran para respaldar sus argumentos y conclusión.

La otra teoría que tienen que tomar en cuenta para poder argumentar cualquiera de las dos posiciones anteriores es el libre albedrío. Aquí el primer argumento es que el hombre no tiene voluntad propia para decidir entre lo bueno y lo malo. Su conducta está tan influenciada por el pecado de este mundo que, aunque el hombre lo deseara, no puede cambiar, hacer lo correcto y buscar a Dios. Por lo tanto, como vive continuamente en pecado, pierde la habilidad de tomar sus propias decisiones, buscar el bien o seleccionar su salvación la cual implica pensar libre del pecado. No tiene libre albedrío. En el primer argumento, como el hombre no tiene libre albedrío, Dios selecciona a su rebaño. En el segundo argumento, no es que el hombre tenga libre albedrío, sino que el hombre muestra un potencial, un deseo para creer en Jesucristo. Desea hacerlo y lo hace por sí mismo y por eso Dios le otorga gracia celestial para poderlo lograr. Le da el boleto para el concierto, gratis. Este argumento del libre albedrío se tiene que manejar con cautela en sus trabajos.

Como ya vimos, en Juan 3:16 nos dice la biblia: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”. Tres cosas sobre saltan, “TODO aquel, NO se pierda y vida ETERNA. Todos fuimos seleccionados a salvación, implica que a todos les fue dada la misma gracia de Dios para desarrollar fe en Jesucristo. Pero no todos aceptaremos la oferta porque no la deseamos. No es que no tenemos la capacidad de apreciar la gracia de Dios que nos permite desarrollar fe. Es que nos gusta más vivir alejados de Dios y poder hacer lo que nos plazca. Al decidir así también rechazamos el tener que creer en Jesucristo. Como resultado, perdemos la salvación, o sea, seleccionamos “perder” el regalo de la eternidad al lado de Dios. Nos perdemos el concierto gratis.

Importantísimo que ustedes realicen que en este pasaje no somos seleccionando por Dios para perder nuestras salvaciones. Dios nos da la salvación universalmente y con ella la gracia de desarrollar nuestra fe en Jesucristo igualmente para todos. De lo contrario la muerte de Jesús fue en vano y eso no puede ser. La sangre de Jesucristo nos limpia de todos nuestros pecados y por eso tenemos salvación a través de Él. Por creer en Jesucristo tenemos arrepentimiento y misericordia. Desarrollamos fe en Jesucristo por esta gracia

que Dios nos ofrece a todos. Dios no excluyó a algunos de esta salvación, las personas decidieron no beneficiarse de la oferta por voluntad propia. No porque Dios seleccionó a unos sobre los otros, no se hizo distinción alguna. Nosotros elegimos aceptar la oferta. Entonces, el hombre si tiene libre albedrío para seleccionar entre dos alternativas según su selección. No porque somos buenos o porque somos malos, más bien porque Dios la ofreció gratuitamente. Esta es otra forma de desarrollar sus argumentos.

Adán y Eva decidieron ser desobediente a las reglas de Dios al dejarse engañar por las mentiras de Satanás. La mentira tuvo más importancia que el mandato de Dios de no comer de la fruta prohibida. Esto es hacer una selección, esto es libre albedrío. Desde el inicio de la creación, Dios ha deseado que el hombre tenga el poder de decisión propia. Dios no quiere robots que sigan sus mandamientos. Dios quiere que el hombre le obedezca voluntariamente con amor en su decisión. Vimos además en Génesis a los hermanos Caín y Abel y como estos dos tuvieron una actitud muy diferente en tratar a Dios y en hacerle sus ofrendas en Génesis 4:3-5. Vimos como Dios no vio la ofrenda de Caín con agrado, pero la de Abel si le agrado. No vio el potencial en uno, pero sí el deseo de querer satisfacer a su Dios en el otro.

Estudiamos además muchos pasajes donde vimos que si podemos hacer una diferencia en como nosotros decidimos aceptar la salvación que Dios nos ofrece a todos. La aceptamos o la rechazamos es asunto nuestro, no de Dios. Lo que Dios desea es que todos la aceptemos, pero no nos obliga a hacerlo. Ahora, todo aquel que se entrega a Dios, Dios le facilita lograrlo dándole la gracia celestial necesaria para desarrollar fe en Jesucristo el cual abogará por nosotros el día del juicio porque Dios nos verá limpios de pecados por la sangre de su hijo. No porque estaremos limpios de pecados.

Por eso la fe que desarrollamos incrementa en Jesucristo el cual nos dará, con su desarrollo, un nuevo nacimiento. Esto implica que dejamos atrás la vieja forma de vivir y deseamos vivir evitando pecar y rechazando las tentaciones que nunca nos dejen tranquilos en este mundo. El Espíritu Santo nos dará la paz de convivir con todos los problemas que este mundo nos ponga en nuestros

caminos. Viviremos con gozo, aunque tengamos problemas que nos llenen de tristeza por nuestra fe. Sabemos que Dios solo trabaja para nuestro bien y así podemos soportar problemas cotidianos con gozo. La paz total la tendremos en el cielo, por eso se nos aconseja mirar hacia las cosas celestiales y no a las de este mundo.

Ahora, el propósito de esta exposición de diferentes argumentos en contra la predestinación y a su favor, es para que ustedes puedan seleccionar en la forma en que van a argumentar. Hay mucho terreno de como poder argumentar. Por ejemplo, una crítica que se le hace a la predestinación es que la persona no tiene que buscar su salvación, Dios es el que decide. Entonces porque preocuparse o buscar a Dios. Otros, pueden argumentar lo contrario y decir que esto no es lo que leemos en la biblia. Dios quiere que lo adoremos y le busquemos.

Investiguen, cuestionen y analicen, pero siempre con la meta de llegar a conclusiones válidas. Ustedes no tienen que estar de acuerdo con ninguna presentación es solo un modelo de lo que ustedes pueden usar. Por ejemplo, algunos, y así espero, dirían: “profesor, pero usted está llegando a su conclusión basando todos sus argumentos sobre la tesis que todo ser humano puede elegir y tomar sus propias decisiones, pero bien sabemos que no es así”. Yo le contestaría que todo ser humano puede desear algo, aunque sea imposible. Sí Dios tiene el deseo de salvar en un hombre, Dios lo salvará.

Esto es, aunque el hombre quiera perderse. Dios puede hacer lo que Él quiera, por eso Él es Dios. No sé si salvaría a alguien en contra de la voluntad de ese hombre. Sí sé, que Dios no hará nada que valla en contra de las promesas que Dios nos hizo. No estoy diciendo que el hombre puede decidir su salvación en contra los deseos de Dios, pero si digo que, si la desea, Dios nunca se la negaría. Y, si Dios desea la salvación para TODOS, entonces se la dará, porque está dentro de los deseos de Dios. ¿No les gustaría a muchos de ustedes poder volar? Claro que sí, y también espero que sepan que, si Dios decide darles la capacidad de volar, volaran. Ese tipo de argumentación es la que yo quiero ver en algunos de sus trabajos.

Otro argumento de considerar es que, si Dios hubiese tenido en mente la predestinación para algunos hombres, entonces no hubiese prohibido a Adán y Eva a comer del árbol del bien y del mal. Sin el engaño de Satanás nadie se hubiese perdido y

la historia humana hubiese sido distinta. Dios hubiera decidido desde el principio quien se salvaría. Entonces, ¿qué argumentarían ustedes? Para los que argumentarían que es imposible para el hombre cambiar su conducta, instintos y deseos porque esto es lo que le gusta. Entonces, para estos individuos que son atraídos por una vida pecaminosa la predestinación, de algunos ser seleccionado, los obligará a aceptar la salvación que Dios les impone, aunque ellos no la quieran. Ya que la salvación es un hecho que ellos mismos no desean. ¿Es así como trabaja Dios?

Ahora, aunque nosotros mismos nos entreguemos a una decisión de perder la vida eterna haciendo lo incorrecto, como Dios desea que todos seamos salvos, todavía nos ofrece salvación hasta el último instante de nuestras vidas mundanas. No es que Dios nos obliga a tomar este camino, pero sí nos muestra ejemplos de ver la vida fructífera de paz en sus hijos en la tierra, los que creemos, y esto logra, por voluntad propia, que los no creyentes también deseen nacer de nuevo. ¿Quiénes son estos hijos de Dios? Estos son padres, madres, hermanas y amigos todos los que vemos vivir en paz sin importar los problemas cotidianos que enfrentan en sus vidas. De decir lo contrario tendríamos que seguir argumentando y esto es el propósito de sus trabajos—.

Dividió los papeles del folder que trajo en dos y tomando un grupo en cada mano lo extendió con sus brazos hacia el frente de la clase. Inmediatamente dos estudiantes que estaban obviamente seleccionado para distribuir los trabajos, eso hicieron mientras el sonido de páginas volteadas por los estudiantes buscando anotaciones del profesor llenaba el salón como en un callejón de la ciudad donde la fuerte brisa ataca un periódico volteándolo de lado a lado.

— Si alguno no está satisfecho con su cualificación, tiene hasta el día de mañana de arreglar y mejorar su trabajo. Esta oferta la hago solo en esta ocasión. Si desea argumentar su trabajo, por favor haga una cita y le contestaré.

El profesor tomo sus pertenencias y se dirigió hacia la puerta privada de profesores y miró hacia su derecha donde se encontraba el libro de hacer citas privadas con el profesor. Solo había tres estudiantes en fila para usar el libro.

El profesor no le dio importancia en realidad, esperaba ver a veintitrés de ellos en fila. Solo tres era una buena indicación de que la charla fue un éxito. Pensó en Elías en camino

a su oficina y esto lo alegró pues tenía planes para este fin de semana con él con actividades de las que le gustaban mucho a Elías. También pensó a quién llamaría este viernes para salir pues de estar con Elías implicaba que tendría que estar solo el sábado y domingo para darle toda su atención. No se sintió bien con él mismo al pensar en buscar compañía como si fuese por instintos en vez de necesidad. Elías sería su única compañía y eso bastaría.

Al dar la vuelta para tomar el pasillo que eventualmente lo llevaría hasta la puerta de su oficina se encontró con un profesor argumentando con un estudiante. Pensó en la falta de respeto que tenía su colega con las reglas de la universidad, con el estudiante y hasta el mismo al no hacer citas en privado con sus estudiantes. Pudo haberlo reportado, pero decidió escribirle una nota mejor recordándole el peligro de su falta. Peligro, porque es así como los estudiantes inician su falta de respeto hacia sus profesores argumentando con ellos en los pasillos y correr el riesgo de ser visto por otros.

No quería que la universidad perdiera su prestigio, era una de las cosas que su padre tuvo que admitir antes de su muerte. “Aunque no escuchaste mis consejos de trabajar como servidor público, en instituciones del estado, tengo que admitir que por lo menos la universidad donde trabajas es una de las mejores del país”. Empujó la puerta de caoba mientras sostenía el viejo manubrio de cobre sólido en sus manos y encontró a tres profesores en la oficina. Dos de ellos estaban en el área de los libros de referencias, uno sentado leyendo y el otro de pies buscando un texto en los libreros, y el tercero sentado en una de los sillones que quedaban frente a su escritorio, era José Manuel.

— ¿Cómo te fue con tu charla y entrega de los exámenes? Le preguntó con una cara de esperanza de recibir buenas noticias. Siempre era así cuando José Manuel bajaba sus dos cejas para cada lado de sus ojos y cerraba la boca, la cual parecía una línea recta pues no se le veían los labios. El profesor le sonrió para tranquilizarlo y funcionó. Inmediatamente José Manuel sonrió de oreja a oreja y esto quiso decir que entendió que todo fue positivo. Lo que no funcionó fue la esperanza de que fuese una corta conversación, lo cual dejó al profesor un poco cansado al llegar a casa.

Al llegar al apartamento encontró sus dos acompañantes Petra y Paco. Petra lo caminó por la cocina indicándole lo que le había preparado de cena después que él se quitó su saco de vestir y se lo entregó a Paco poniéndole la corbata alrededor de su cabeza

como si fuese un indio norte americano. Pasó un buen tiempo ayudando a Paco con sus tareas, realizó sus trabajos pendientes, se bañó y descansó. Fue un día de su agrado. Les abrió la mente a los estudiantes y pudo exponer lo que creía y por qué lo creía. Estaba orgulloso de sentirse un cristiano y aunque el propósito del curso no era ganar vidas para Jesús, por lo menos sembró una semilla en las mentes de muchos estudiantes.

La semilla de los diferentes argumentos teológicos los ayudaría a ellos poder llegar a su propia deducción de lo que desean creer. Eso deseaba el profesor. Después de ver que escondían las ollas, volvió a ayudar a Paco con las tareas que no entendía. Esto no sucedía todos los días, pero cuando encontraba a Paco al llegar tarde, sabía que su día no había terminado. Después de la tarea, ducharse y cenar hizo lo que más le gustaba. Colocó música de su gusto, esta noche seleccionó un jazz suave. Se sirvió un coñac y se sentó en el balconcito a apreciar las estrellas y una media luna que apenas reflejaba la cantidad de luz adecuada para terminar un largo día.

Esta mañana el profesor pensaba en la noche anterior y los acontecimientos que bien sabía estarían en su pensamiento por muchos años. Abrió la puerta de su oficina, entró calmadamente, colocó su maletín de piel sobre el escritorio, miró hacia la derecha para confirmar que no había nadie en el área de investigaciones de la biblioteca, le dio la vuelta a su escritorio y colgó el saco color crema claro del traje que hoy estaba vistiendo al trabajo, se sentó, tomó su maletín y le extrajo sus contenidos y los colocó sobre el escritorio, puso su computadora portátil a su frente y la abrió.

Encendió la computadora y le introdujo su clave personal y esperó a que iluminara la pantalla principal y seleccionó, el calendario, de las selecciones de los pequeños iconos. Ya sabía que le esperaba una reunión que lo ocuparía toda la mañana, por igual que sus colegas del departamento; pero había ignorado que la cita con Sarah era hoy, dos horas antes de la reunión. Pocas cosas le tomaban de sorpresa, pero había pensado tanto en la reunión con Sarah, que decirle, como tratarla y cómo reaccionar a sus inquietudes. Se sentía como si ya la reunión hubiese ocurrido y que Sarah ya se encontraba en paz con una respuesta a su intranquilidad.

La misma intranquilidad que compartía él como si fuese un parasito que decide tomar residencia en su existencia. No había otra opción que ser franco, sincero y al punto con ella; pero también tenía que ser precavido. Ya tenía bastantes experiencias con mujeres que le habían querido hacer mal, algunas por relaciones que él tuvo que terminar y ellas deseaban vengarse como resultado de ello, por ejemplo. En la universidad era muy común de estudiantes femeninas hacer falsas denuncias a profesores solteros si no pagaban con un soborno, como obligarlos a salir con ellas, aprobarle el semestre, etc.

Otras solo querían hacerles daños porque no le hacían caso o ignoraban los avances que ellas le proponían. La universidad estaba muy orientada hacia este tipo de calumnias y por eso siempre investigaban las acusaciones con mucha cautela. Por eso le había comunicado a su amigo José Manuel de la cita y este le recomendó llevar una grabadora, por si las moscas, y así hizo. Se paró y extrajo una grabadora de mano, pequeña, del interior de su chaqueta, la cual acostumbraba usar para hacerse recordatorios de eventos, lista del supermercado o de la farmacia, conversaciones con supervisores o colegas principiantes a los cuales tenía que orientar, en fin, era un instrumento indispensable.

La situó a su lado derecho ocultándola de Sarah pues estaba detrás de los libros que había sacado de su maletín y los cuales utilizaría tan pronto terminara con Sarah en preparación para su reunión académica. Tan pronto pensó en la reunión, sacó una libreta de tamaño legal, de color amarillo canario, y tomando un lápiz del portalápiz que se encontraba siempre con lápices listos para escribir, pues siempre le sacaba puntas antes de retirarlos a su lugar, escribió unas ideas que se le habían ocurrido mientras manejaba al trabajo. Después de leerlas cuidadosamente, las introdujo en el folder que se llevaría a la reunión junto con las otras anotaciones e ideas que el folder contenía. Al cerrar el folder se escuchó un toque a la puerta; por el suave toque sabía que tenía que ser Sarah.

— ¡Pase! — dijo con volumen suficientemente alto para penetrar la puerta de madera sólida. La misma se abrió mostrando la delicada figura de Sarah, la cual estaba vestida como acostumbran los universitarios vestir. Le sonrió y entro a la oficina con su agradable sonrisa comunicando aprecio, tan pronto enfocó al

profesor con sus ojos azules, los cuales escondía detrás de sus ovalados lentes, pronunció las palabras “buenos días, profesor”.

Esta vez llevaba su pelo atado hacia un lado, o sea que la colita no estaba en el centro atrás de su cabeza, más bien atrás de su oreja derecha. Poco maquillaje lo cual incluía pintura labios rosado pálido lo cual se asentaba perfectamente con la blusa blanca, manga larga, que llevaba dentro de su pantalón fuerte azul claro. Estos a su vez estaban asegurados con un cinturón de piel color miel, el cual complementaban las botas vaqueras del mismo color. Tomo asiento después que el profesor le señaló los dos sillones que estaban localizados al frente de su escritorio y cruzó las piernas.

— Muy buenos días, Sarah. ¿Cómo te encuentras? —le dijo devolviéndole la sonrisa.

— Hoy me siento más segura de estar aquí que la última vez. Me refiero a la charla que usted le dio a la clase exponiendo diferentes argumentos que podemos utilizar para enriquecer nuestro trabajo del examen, si lo deseamos modificar para mejorar nuestras notas. Me siento así porque ahora estoy convencida de que usted me puede orientar mejor que nadie con mis inquietudes religiosas.

—Veamos cómo puede ser esto posible.

— Profesor, como le comenté, desde que yo he estado asistiendo a sus charlas, he estado interrogando mi fe. No, sé si al escucharlo, leer, estudiar y comparar estos filósofos exponer sus teoría y conclusiones sobre los diferentes temas, que, al estar atados a pasajes y libros de la biblia, me sienta un poco confusa en que creer y cómo creer. ¡Este es, mi problema es que no sé cómo creer! Dijo con seriedad.

— Siento a veces a Dios tan dentro de mí y yo no puedo decir que yo le devuelvo esa misma intensidad en mis sentimientos hacia Él. ¿Soy digna de Dios? Yo lo quiero ser. Yo creo en Él y sé que le amo; estas cosas yo no las dudo. Pero, no sé qué piensa Él de mí, de mis pecados, de las cosas que debo de hacer, que no hago...

El profesor la interrumpió.

— Es por eso que le pregunté la última vez que nos vimos por qué venir a mí. Yo creo que su inquietud es mejor ponerlas en manos de una persona experta que atiende su tipo de inquietud todos los días, como un padre, reverendo, pastor o sacerdote. Alguien que esté entrenado en estas áreas. Un apologista que le pueda aclarar o persuadir a la fe que usted busca— su mirada fue sincera mientras la enfocaba buscando una reacción.

— Y yo le conteste...

—Si ya se, usted piensa un mundo de buenas cosas de mí. Mire yo no soy un apologista y eso hace las cosas más difíciles. Yo...

— ¿Qué es un apologista? Preguntó con cara confusa.

— Un apologista es una persona que defiende a algo o a alguien. En este caso, su religión. Se especializa en defender la existencia de Dios, por ejemplo. Por más que yo trate de convencerla a creer, no lo lograré pues no es mi don, digamos, otros nacieron con esa habilidad, yo no.

— Pero yo no estoy buscando una religión en particular, yo me estoy buscando yo misma. Y no creo que necesite un psiquiatra tampoco; solo estoy buscando cómo creer porque quisiera saber que estoy creyendo de veras, si voy por el camino adecuado. No sé si todos mis esfuerzos y hasta mi amor están cayendo en un abismo inútil. Amo a Dios eso sé. Cuando le oro encuentro alivio, pero luego me persiguen pensamientos que no debo de pensarlos. Temo de llevarlos a cabo. Entonces usted habló de las personas que debido a su forma de pensar y conducta, por más que quisieran, no podían cambiar sus destinos. Mire que hasta lo copie aquí, el pasaje del libro de romanos 11:7-8:

“¿Qué pues? Lo que buscaba Israel, no lo ha alcanzado; pero los escogidos sí lo han alcanzado, y los demás fueron endurecidos; como está escrito: Dios les dio espíritu de estupor, ojos con que no vean y oídos con que no oigan, hasta el día de hoy”.

— Algunos, satisfacen a Dios y otras lo aborrecen. Yo no sé si yo soy una de esas que lo aborrecen al no hacer siempre lo que debo. No sé cómo creer. Estoy confusa en un mundo donde no sé qué hacer con mis emociones—. Sus ojos se

humedecieron. Esto hizo que el profesor se sintiera más confiado y relajado pues tenía evidencia de que Sarah no tenía intenciones malignas. Era obvio que su inquietud era honesta.

— Sarah, a mí me parece que tú estás deseando hacer el trabajo del Espíritu Santo antes de que Él esté listo para hacerlo en ti. La realidad de que tú quieres creer y que puedas sentir que tu creencia sea genuina no saldrá de ti únicamente. El Espíritu Santo tomará tiempo en hacerte sentir segura de tu fe. Me parece que ya estás en camino al sentirlo en tu corazón. Pronto...

La interrupción explotó de sus labios.

— ¿Es así como pasó con usted?

Sus ojos se abrieron ampliamente detrás de sus lentes ovalados, su nariz y el área debajo de su nariz se humedecieron y ella no tardó en secarse antes que el profesor le contestara.

— Estaba esperando que llegáramos aquí. Usted tiene que entender que no todos llegamos a Jesucristo de la misma manera, con las mismas experiencias ni sintiendo las mismas emociones. Sin Jesús, no viene el Espíritu Santo a nuestras vidas. Yo no tengo que ser un ejemplo para usted seguir. Algunos cantan, otros lloran, otros saltan, muchos sienten alivio, en fin, mientras más testimonios leo, más variaciones descubro de cómo se sienten las personas al nacer de nuevo. Lo que le quiero decir es que yo no debería tener nada que ver con usted en su camino a su salvación.

— Pero para ahorrarnos tiempo, le diré en donde yo estoy en mi camino con Jesucristo. Bien sé que muchos estudiantes quieren asimilarse a sus profesores y hasta imitarlos. Espero que usted no sea unas de esas y creo que no lo será porque veo originalidad en su preocupación. Yo creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Creo que murió por nuestros pecados. También creo que debo de tratar de seguir el ejemplo que Él me dejó al tratar de vivir mi vida como Él la vivió, ahora que le conozco. Sin embargo, esto me causa ciertos problemas en que no lo puedo hacer completamente.

— Hay cosas que pasan en mi vida que me lo prohíben. No sé si usted recuerda cuando hablamos en clase del libre albedrío. Si recuerda el tema, le informé a la clase que yo creía en que el hombre puede tomar las decisiones que el desee por sí mismo y no que Dios intervenga y dicte lo que el hombre valla a decidir, especialmente su salvación, antes de tiempo. Para mí, esa libertad de poder decidir, por parte del hombre, fue lo que causó todo el problema en el jardín con Eva y Adán. Yo no veo a Dios como un determinista. Honestamente creo que Eva comió de la fruta prohibida porque fue su deseo hacerlo, no porque Dios lo había programado así.

— De lo contrario, Dios no le hubiera dado las claras órdenes de no comer de la fruta. De poder programarla, de comer o no comer, no sería el ser humano que Dios deseaba para que lo adorara. Ese comportamiento, por parte de Dios, sería un engaño, una mentira, una farsa y mi Dios, en el que yo creo, no puede actuar así. Realmente creo que Dios le ofreció una verdadera posibilidad de que ambos, Adán y Eva, pudiesen contenerse y vivir felizmente en el paraíso por una eternidad, pero ellos tomaron la decisión libremente de querer conocer “el bien y el mal” que dicha fruta les ofrecía al comerla con la ayuda del engaño de Satanás.

— Aquí estoy yo. Estoy cometiendo actos voluntariamente que yo sé que a Dios no le agradan y que Jesucristo no espera de mí, pero no puedo evitar de cometer esos actos porque me agradan y porque al hacerlos, en ese momento, me siento mejor conmigo mismo, aunque no con Dios. Esto es gracias a Adán y Eva. Ahora, yo tengo la fe que al seguir arrepintiéndome y orando para tener las fuerzas en Jesucristo de no cometer esos actos, lo venceré, con el Espíritu Santo, y serán parte de mi pasado. Esa es mi fe. ¿Por qué lo sé?

— Porque para eso vino Jesús al mundo y su bendito e increíble sacrificio de morir por mí, alejarse del Padre por todos los pecados que absorbió en la cruz, pues El Padre no puede estar donde hay pecado, de pagar el castigo que nos correspondía a todos nosotros, de morir con todos nuestros pecados y finalmente de resucitar después de tres días. Para darnos la salvación a todos los que estábamos perdidos, a través del arrepentimiento, naciendo de nuevo a una nueva vida. Una vida donde

negamos los placeres de este mundo a uno espiritual, uno donde reina Jesucristo como rey de reyes.

— Lo importante ahora es resistir, es abandonar el camino ancho y seguir por el estrecho que Jesús te explica en el evangelio de Juan. No tienes que aceptar teorías ajenas sin antes ver hacia donde te llevan. Por más inteligentes que suenan, si son contrarias a lo que tu llevas en tu corazón, entonces niégalas. Tu corazón debe de estar influenciado y receptivo a lo que lees en la biblia únicamente. Cuando usted me dice que se está buscando a usted misma, eso me dice que a usted le falta amor propio. Sin amor propio usted no puede darle amor a lo que usted lee en la biblia, lo primordial es abrir su corazón a lo que está leyendo. Dios le dará amor propio y entonces podrá compartir ese amor con Dios.

— Mire a Juan 15:5:

“Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mi nada podéis hacer”.

— Y luego en Juan 15:9:

“Como el padre me ha amado, así también yo os he amado; permaneced en mi amor”.

— Luego le garantizo que se sentirá amada y empezará a amar. Empezando por la palabra de Dios. Este es el problema de lo que dicen “leer la biblia, pero no entenderla” y se debe a que están buscando lo incorrecto. No se lee la biblia tratando de buscar respuestas, no es un libro de referencias. Con cada pequeño paso de entendimiento de la palabra, se enriquecerá más y más su corazón, crecerá su íntima relación con Jesucristo y eventualmente su fe crecerá a tal punto donde usted no dudará de que con la gracia de Dios tenga todo lo necesario para vivir en paz.

Sarah lo miró con una atención tan profunda que parecía que estuviese hipnotizada. Su mirada estaba clavada en el rostro del profesor y su respiración no era notable, estaba congelada. Segundos después, sus ojos parpadearon y el

profesor sabía que ya había digerido mentalmente lo que le había comunicado y estaba a punto de decir algo, pero él habló antes que ella y le dijo:

— No me valla a preguntar cuáles son mis actos desagradables. Mis actos desagradables no son tan interesantes e importantes para usted querer enterarse. La lección aquí es que usted no es la única que está pasando por un proceso. Un proceso cristiano, diría yo. Somos mucho los que nos encontramos en esta etapa de nuestras vidas. ¡Pero por lo menos nos sentimos vivos en Jesucristo! Usted me dice que siente amor por Dios entonces, este es el primer paso a su salvación. El argumento del libre albedrío tiene validez en su vida porque usted quiere buscarlo y al sentir alivio en sus oraciones indica que Él está con usted.

— Piénselo, pero no me conteste, ¿cuál fue la última petición que usted le pidió a Dios en el nombre de Jesucristo y Él se la cedió? ¿Cuál fue la última decisión negativa que usted cambió por otra que usted sabía que era la correcta porque a Dios le agradaría más y se sintió feliz con el cambio positivo? — La cara de Sarah se iluminó al oír las preguntas. — Si recuerda, entonces sus emociones, su camino con Dios y su comportamiento no están cayendo en un vacío.

— Usted está invirtiendo y viviendo adecuadamente. Para mí, usted si sabe en que está creyendo, lo que pasa es que los resultados y la paz que usted desea obtener no están en el horario de su disposición. El tiempo de cómo y cuándo Dios solo sabe, Él la va a modificar y hacerla crecer espiritualmente para que usted se sienta satisfecha, esto no queda a su disposición. Cuando usted esté lista, Dios le administrará lo necesario para su desarrollo cristiano.

Fue entonces que el profesor perdió su capacidad de descifrar lo que Sarah estaba sintiendo porque su cara era una mezcla de tantas emociones juntas que confundían al profesor. Al él callar, entonces ella le contestó:

— Pero yo tengo que agilizar el proceso porque yo no quiero seguir sintiendo esos pensamientos negativos con todas esas personas que le hicieron tanto mal a mi familia y que en mi corazón sé que fueron las acciones, mentiras y calumnias que mataron a mi abuelito de un ataque al corazón y que no permitieron que mi padre

tuviese éxito en las elecciones ni en los negocios pues lo difamaron como a un común criminal—.

Ahora sus bellos ojos azules estaban acompañados de un rojizo causado por múltiples venas capilares que atacaban sus pupilas por todas partes, lagrimas salían incontrolablemente, ambos labios le temblaban y su fación facial envejeció unos cuantos años en menos de un segundo.

— Sarah, cuando yo te hablo de que tu fe crecerá, verás que tu fe puede lograr grandes cosas. Hasta aprenderás a perdonar a tus enemigos y liberarte de enojos y odios que te esclavizan. Esa es la paz que te ofrece Jesucristo. Si amas a Dios, ya tienes a Jesucristo pues los dos, son uno.

El profesor salió de detrás de su escritorio y se situó al lado del sillón donde se encontraba Sarah, pero asegurándose de no tocarla ni de rosar su cuerpo con sus brazos que agarraban los brazos del mueble tenazmente como deseando despegarlos de la estructura del sillón. Sacó un pañuelo del bolsillo de atrás de su pantalón y abriéndolo se lo puso a Sarah al frente de su mirada mientras su mano derecha la dejó descansar sobre su hombro y le dio un par de palmaditas mientras ella se recogía emocionalmente tapándose la cara en el pañuelo con el cual trataba inútilmente de enterrar los sollozos y lágrimas. Tomó un poco de tiempo para que se iniciara en descenso del alboroto pasional hasta que por fin se sintió que pudo hacer el intento de hablar.

— Perdóneme profesor— fueron las palabras que salieron entre sollozos las cuales sonaban como si estuvieran en medio de un terremoto o fueran habladas delante de un abanico de grandes hélices y hacían las palabras temblar.

—Sarah, no tiene que sentirse mal con nada de lo que ha pasado aquí y lo que seguirá pasando hasta que usted se marche, porque esta conversación nunca pasó, nunca tuvo lugar, no existió, nunca nos vimos. Mire, usted tiene que desarrollar fe en que sus sentimientos pasaran de negativos a positivos. Esto solo lo logrará leyendo la biblia porque al usted leer la biblia usted busca respuestas y las respuestas incrementan su fe. El Espíritu Santo se encargará del proceso de hacerla

sentir suficiente paz y esperanza para poder seguir adelante, pero siempre atada a la palabra de Dios.

— A que paso se incrementa su fe, con cada página que usted encuentre solución a lo que busca con cada oración que le toque su corazón, usted encontrará paz. Pídale que le borre esos malos pensamientos. El Espíritu Santo se encargará de ello. Es una promesa de Dios y Él no rompe sus promesas. Mientras más fe, más paz y eventualmente sus recuerdos de lo negativo que usted desea cambiar, cambian.

— Las maldades que usted ha vivido no cambiarán, pero cuando esos recuerdos regresen a su mente no tendrán el veneno que la hacía sentirse mal con usted misma por los pensamientos negativos que usted deseaba para ellos. Su efecto no podrá contra el antídoto del Espíritu Santo. Al Espíritu Santo iniciar su trabajo en usted, usted va en camino a su salvación porque ese es el trabajo del Espíritu Santo, orientarla mientras la acompaña en este proceso.

Sarah estaba totalmente tranquila, no temblaba y solo movía su cabeza hacia arriba y abajo absorbiendo cada palabra del profesor. El profesor le preguntó si deseaba usar su baño y ella le contestó que sí. Desapareció detrás de la pequeña puerta que estaba a mano derecha detrás del escritorio del profesor en la pared donde el profesor colgaba su saco de vestir.

Cuando se volvió a abrir la puerta el profesor dio una vuelta para enfrentar a Sarah pues él estaba viendo a través de la ventana una hermosa mañana que daba pena desperdiciar dentro de cuatro paredes en nada menos que una reunión académica. Al mirarla fijó sus ojos en su espalda mientras ella cerraba la puerta del baño lentamente y cuidadosamente como para no hacer ruidos innecesarios hasta que por fin al dar la vuelta se enfocaron ojos con ojos. Él le sonrió y ella hizo lo mismo excepto que la sonrisa de ella estaba manchada con vergüenza.

— Ahora usted sabe algo privado mío, pues donde usted está en su desarrollo cristiano, es donde yo también estoy. Mientras que yo no sé nada de usted excepto que es una buena estudiante. Como le dije, usted nunca estuvo en mi oficina hoy.

— Sé que tengo que abrir mi corazón al leer la biblia y que mi desprecio por ciertas personas me impedía el poder hacerlo. Que, al abrir mi corazón, entenderé más y

este entendimiento me incrementará mi fe. Con esta fe podre ser llevada por el Espíritu Santo a una paz interna que es lo que en realidad estoy buscando al lado de Jesucristo. ¿Cómo está el resumen, merece buena nota?

— ¡De ser un examen, su calificación sería de A+! — Le dijo sonriente.

Ella le mostró sus perfectos dientes blancos y se lanzó en sus brazos cuando estuvo cerca suficientemente y él la abrazó fuertemente como si al hacerlo deseaba que desapareciera el dolor que ella había vivido anteriormente. Ella miró hacia arriba y le colocó otra sonrisa más relajada que la anterior y el profesor supo que era tiempo de soltarla y dejarle saber con su mirada que era tiempo de que ella partiera, todo lo que había por hacer se había hecho.

La extendió con sus brazos lo más lejos posible de su cuerpo e inmediatamente le señaló la butaca donde había estado sentada y ahora solo colgaba su cartera en un lado del sillón y su mochila del mismo lado, pero en el piso. Ella siguió a su destino tomo ambas prendas y se las colocó en su correspondiente hombro, dio media vuelta y encontró al profesor mirándola. Trato de decirle algo, pero rápidamente él puso el dedo índice, de su mano derecha, sobre sus labios y le dijo “que tengas un buen día, no desperdicies esta bella mañana”.

Ella volvió a sonreír otra sonrisa mejor que las dos anteriores y le afirmó que sí, que así haría, con la cabeza. Al sentir la puerta cerrar el profesor miró hacia el espacio de donde había venido el sonido pues tenía los ojos clavados en la ventana otra vez. No la vio partir. Inició su camino hacia donde estaba su chaqueta y al tomarla para vestirla, se abrió la puerta de nuevo y sintió su semblante cambiar pues había pensado que era Sarah otra vez y se sintió desencantado al pensar que ella regresaría tan pronto, pero era José Manuel con el nerviosismo que siempre cargaba consigo en los días de reuniones.

Después de una corta charla comparando sus posiciones con respeto a algunos de los temas en la agenda, que ellos sabían que surgirían en la reunión, ambos entraron la puerta del salón de reuniones de la biblioteca mientras el

profesor, en voz baja, le contaba a José Manuel lo bien que lo pasó en la fiesta con María antes de integrarse al resto de la facultad que aún estaba incompleta.

El resto de los días de la semana que no permitían la llegada del fin de semana se desaparecieron rápidamente. Con el fin de semana llegó Elías y porque los días estaban privilegiados para un playazo, así lo hicieron. Recogió a Elías un viernes por la tarde porque su madre tenía un imprevisto viaje de negocios. Para el profesor fue un regalo tenerlo por más tiempo. Alquiló un apartamento, como de costumbre, y disfrutaron toda una tarde de playa.

Cenaron en el restaurante de María. Elías estaba feliz. La mamá de María cuidó de Elías esa noche mientras María y el profesor fueron a bailar. Tarde esa noche se despidió de María y su madre ya que tenía que salir temprano el sábado por la mañana. Elías amaneció el sábado junto a su papá y pasaron las tempranas horas del día en la playa. Elías recogió un caracolito para su colección mientras el profesor nadó un buen rato hasta sentir la necesidad de desayunar. Hablaron de la importancia de no llevarse muchos caracolitos de la playa porque estos eran las casas de los animalitos.

— No olvides que hoy tienes una invitación a un paseo. Ya no hay más tiempo para la playa, se está haciendo tarde—. Le dijo esperando ver su reacción.

Pero Elías solo le afirmó “es el cumpleaños de mi amiguito Elisandro”. Elisandro Jasmín asistía a la misma escuela que Elías y estaba en el mismo grado. Su madre, Victoria Elizabeth Sorrento de Jasmín, siempre vio el divorcio de los padres de Elías como algo que era asunto de tiempo por pasar, pero también opinaba que su padre se benefició más que la madre con esa decisión. Este fin de semana Victoria sabía que Elías estaría con su papá y eso le causaba cierta alegría ya que para ella siempre era mejor socializarse con el padre que con la madre de Elías. Ella siempre lo trataba con mucha atención y cortesía, más que a los demás amigos de la escuela.

El comentario entre las mujeres del barrio era que Victoria era una mujer que le gustaba los hombres. Prueba de esto era el disgusto que se le notaba en la cara de su esposo, el árabe, como le llamaban los que le conocían, cuando sospechaba que hablaban de su mujer. Lo llamaban el árabe, y aunque la mayoría así lo hacía

con cariño, le era difícil saber si otros lo hacían para añadir a la burla de que posiblemente su mujer lo engañaba de vez en cuando con otro hombre, cosa que nunca se había comprobado.

Se sentía así cuando la observaba desde el balcón hablado con algún hombre del exclusivo vecindario y notaba las miradas que se hacían los hombres los unos a los otros cuando acudían a cualquier evento de la sociedad. A pesar de la demostración de disgusto de su esposo, ella siempre estaba en comunicación con los hombres en vez de las mujeres. A los hombres les encantaba porque no siempre tenían la oportunidad de pasar tiempo con una mujer tan bella como ella, hablando de temas que pocos hombres pueden manejar con facilidad.

Cada vez que el padre de Elías hablaba con ella o la oía hablar en las reuniones del colegio, la evaluaba como una mujer que podía atacar cualquier problema o proyecto del colegio, hablar de temas que no toda mujer manejaba con facilidad e inteligencia, con conocimiento y autoridad. Por eso él siempre la trataba con un aire de profesionalismo y respeto. Era la única mujer a la cual le había hecho esa observación y por lo tanto mentalmente la separaba de las demás. Esto le recordó la invitación.

Todo resultó como la maquinaria de un reloj. Exactamente a las nueve de la mañana, al profesor dar un giro en la avenida, Los Héroes, y allí en la esquina de la calle Santiago se estaba estacionando el automóvil de los Jasmine. Obviamente acababan de llegar también. Después de unas cuantas introducciones a personas que el profesor no conocía, las cuales estaban sentadas en la parte trasera del vehículo de los Jasmin, Victoria le pidió al profesor que la acompañara al supermercado que estaba en la misma esquina.

Ella se presentó a la cajera principal y varias fundas de mercancías fueron llevadas a su vehículo mientras ella le indicaba al profesor cual sería la ruta a viajar para llegar a la finca. Todo este tiempo los dos niños, Elisandro y Elías, correteaban alrededor de las piernas de sus padres mientras se terminaba la transacción. El profesor se encontró a Victoria muy placentera, más de lo usual, pero se imaginó que se debía al fin de semana que ella tenía preparado para su pequeño hijo. Al regresar al vehículo de Victoria, el padre de Elisandro seguía hablando con los

pasajeros de atrás y no le dio importancia a la llegada de la mercancía ni la de su mujer y menos con quién fue al supermercado.

— No será difícil seguirme— le dijo sonriente—yo manejo lento aún en las autopistas, pero si me adelanto mucho, me lo deja saber.

— Eso no será necesario, tengo una buena idea ahora para donde vamos y yo siendo ser rápido al manejar— le contesto seguro de sí mismo.

Todo el camino Elías y el profesor cantaron, junto con el cd infantil de niños sus canciones favoritas. Unos diez kilómetros más adelante, Victoria le señaló al profesor que se detuviera. Se introdujeron a un pavimento rústico al cual le fue dado acceso por un señor que aparentemente hacía el papel de vigilante privado, sin uniforme. El vigilante intercambió unas palabras con Victoria sin ella tener que desmontarse de su vehículo y abrió el fuerte portón de madera y metal el cual reveló la continuación de la carretera privada.

A ambos lados de la pequeña carretera había casas de campo lujosas, las cuales solo se les podía apreciar los segundos pisos ya que los primeros pisos estaban escondidos detrás de un bello arbusto verde claro, muy bien arreglado, el cual corría por todo el terreno del circuito cerrado dividiendo las diferentes mansiones. El lugar era enorme y era obvio que todos los habitantes tenían mucho dinero. Después de manejar alrededor de unos tres minutos llegaron a una de estas mansiones donde le esperaba una bella mujer, bien vestida, con dos niños. Al principio, el profesor no los reconocía, pero al rato de estar en el vehículo y Elías iniciar una conversación con ellos, recordó haberlo visto en el colegio.

Eran compañeritos de estudio de Elías. Resultó que la mujer era la niñera y que la madre y el padre de los niños se encontrarían más tarde con ellos en la finca de Victoria. En el vehículo de Victoria no cabían más personas, así que viajaron con el profesor, lo cual para él fue un verdadero placer ver a Elías disfrutar de sus compañeros. El profesor notó que la mujer llevaba una cadena con una cruz. Inmediatamente una conversación se inició sobre sus creencias. El profesor escuchó más de lo que habló. Sintió nostalgia al llegar a la finca de Victoria porque la conversación se tenía que terminar.

El testimonio de esta mujer lo había impresionado bastante. Hasta se analizó sentir un poco de envidia de que ella había llegado a esa descripción de fe, que él la encontraba mucho más avanzada que la suya. Solo se quedó con la esperanza de que algún día el también llegara a hablar así sobre Jesucristo en su vida. La fiesta fue todo un éxito y los niños disfrutaron bastante de todas las sorpresas como los dos payasos, la música, la piñata, los videos, el biscocho y la piscina. Pero lo que más impresionó fueron los juegos inflamables que ocuparon una gran área de la finca y donde los niños no dejaron de montar, correr y saltar.

No pudo evitar recordar el orgullo que sintió mientras consumía su primera taza de café, tanto en su aroma como en su sabor. Muchas eran las personas que lo habían alagado por la preparación de su café. Pero en esta mañana, donde todos aun dormían, se sentía completamente en paz al haberle diplomáticamente comunicado a su anfitriona, Victoria, que él no estaba interesado en una relación o aventura ahora en su vida.

Pero más aún, logró convencerla de que ella debería de considerar sus emociones con su esposo antes de iniciar una relación extramatrimonial lo cual tendría ciertos efectos negativos con su hijo. “Los hombres pueden esconder sus emociones con más facilidad que las mujeres. Los hombres tendemos ser de la calle. Se les hace más difícil a las mujeres esconderle sus emociones a los niños que tienen que pasar más tiempo con ellos que los hombres,” recuerda haberle dicho ese sábado en la noche.

Este domingo, viendo un hermoso amanecer con una taza caliente de café entre sus manos le vino a la mente el pasaje bíblico de Pablo en, 2da Timoteo 4:7, donde dijo:

“He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe”.

Así se sentía. Había logrado evitar pecar con una mujer que al final de sus treinta años lucía una feminidad y aire de integridad y madurez que la hacían más atractiva de lo que era. Esta ocasión en su vida era diferente a las otras donde había rechazado la oportunidad de estar con mujeres que no eran de su agrado por

cualquiera que fuese la razón. Esta vez tenía que confesar que él también sentía mucha atracción y deseo por su anfitriona.

Sentía que tenía que dejar su forma de ser y controlar sus instintos carnales, de seguir de cama en cama ya que lo empezaba a conocer y sentir algo indeseado después del hecho. Él sentía la voz del Espíritu Santo llamándolo a detenerse y él quería obedecer, pero las tentaciones eran a veces mayores que sus buenas intenciones de cambiar su forma de ser a una más cristiana. Reconocía que le faltaban herramientas para seguir con su transición. También sabía que domingos como éste muchas personas acudían a las iglesias con el mismo problema que él. Sin embargo, ¿Cuántos verdaderamente se arrepentían por haberse acostado con una persona mientras estaban casados con otra?

Éste no era su caso, no este domingo y por lo tanto se sentía más cerca de Dios y le agradaba ese sentimiento. En éste viaje no se había equivocado. Elías había tenido un fin de semana ideal y después de lo de anoche, el también. Sus pensamientos fueron interrumpidos por el jugueteo de dos pajaritos amarillos de pecho blancos y cabecita de color café oscuro. Estos se volteaban en círculos completos mientras gorjeaban con júbilo un completo alboroto de alegría. Se posaron en una rama de un árbol florecido que estaba a su alcance con solo extender su brazo. Pero a ellos no le importaba, lo ignoraron por completo en su empeño de disfrutar los rayos de sol que el día les ofrecía.

Estaban tan absorbidos en su danza de ballet aérea que no lo vieron como una amenaza o no lo vieron del todo. No pudo hacer otra cosa que relacionarlo con el peligro al que nos arriesgamos a veces en nuestras relaciones amorosas con personas ya comprometidas. Tendemos en perdernos en los placeres del momento sin tener en cuenta los peligros que tenemos en nuestros alrededores. El ascenso del vuelo de los pajaritos le hizo subir sus ojos y notó como la pequeña cima que estaba a unos diez kilómetros de distancia ahora revelaban los árboles, que, al inicio del paso del sol, los empezaba a desabrigar de la oscuridad. Esto le causó curiosidad por esperar y ver como el resto de la cima se iba a ver después que el ejército de los rayos del sol invadiera el resto del territorio y prosiguieran a conquistar la oscuridad que le había invadido la noche anterior.

Sus observaciones fueron interrumpidas por una agradable voz que le dijo: “Buenos días”. Era su anfitriona. El dio media vuelta para encontrarse con una bata rosada pálida cruzada hasta el cuello y pantuflas del mismo color que le adornaban los pies con la figura de dos gatitos de ojos grandes. Se frotaba su largo pelo negro entre las dos manos como si fuese el largo mango de una de esas cucharas de madera que usan las abuelitas para batir el chocolate caliente con el propósito de sacarle espumas.

Sus grandes ojos verde claro estaban fijados en él, acompañados de una sonrisa incierta que no desaparecería hasta oír el tono de voz con que él le contestara. De cómo la recibiera él, determinaría si la sonrisa cambiara a una de alegría o sus labios cambiaran a una expresión de tristeza o de sorpresa. De cómo la recibiera él, determinaría su inquietud: ¿Se comportó como una idiota mujer desesperada por afecto o mantuvo su dignidad?

— Muy buenos días—. No pudo evitar notar que fuera una mujer elegante, en un costoso vestido como el que había usado la noche anterior o una simple bata de baño. Le sonrió con un tono más de respeto que de amistad para tranquilizarle el nerviosismo que él se imaginaba, y se le notaba por el movimiento de su labio superior que tenía, esta mañana.

—Espero que haya dormido bien.

—Mejor que nunca, me sorprendió el silencio del campo a pesar de los grillos. Me despertó un gallo en la lejanía y decidí levantarme, aunque era muy temprano.

—Ese debe de ser el gallo del señor Gonzáles pues aquí no tenemos animalitos. Le sonrió y esta vez era obvio de que se sentía tranquila con su compañía.

— ¿Pasaron ustedes una buena noche también?

— Yo duermo siempre bien aquí en el campo, pero mi esposo se queja de los mosquitos. Se tira en el sofá después de beber, como anoche, por ejemplo, sin cubrirse y claro los mosquitos son felices con su sangre sazónada de whisky.

Ambos se rieron. Ella comentó lo bueno que olía el café y se sorprendió al saber que lo había preparado él. Se dirigió a la cocina donde se sirvió una taza de

café y al regresar tomo asiento a su lado y cambiaron palabras sin importancia hasta que ella le fijó sus verdes ojos que le penetraban.

—Gracias por la sinceridad de anoche, la entiendo y la respeto. Después de reflejar durante la noche entera quisiera que sepa que la oferta estará siempre abierta.

—Yo también entiendo y respeto...

Fue interrumpido por la sirvienta.

—Señora, el desayuno ya está en la mesa.

Miró hacia arriba ya que tenía los ojos enfocados en el fondo de su taza vacía, la cual todavía sostenía con ambas manos mientras sus dos antebrazos descansaban sobre sus dos muslos. Así evitaba los ojos de esta elegante mujer que ahora le extendía una invitación abierta a una tentación en vez de una inmediata acción al pecado. Cambió su vista de la taza a la trigueña cara de la joven muchacha vestida en su uniforme típico de su profesión con delantal blanco. Mostraba una sonrisa medio nerviosa mientras sus manos se estrujaban en un trapo de cocina color vino oscuro pues era obvio de que sus manos estaban secas, el movimiento era uno más bien de “no sé qué hacer en la presencia de estos dos” nerviosismo o costumbre de profesión.

El profesor sintió alivio que su respuesta fue interrumpida y ambos se acercaron al comedor. Mientras caminaba detrás de ambas mujeres no pudo evitar pensar si se estaba portando de una manera de la cual no se arrepentiría más tarde. No, estaba en lo correcto se dijo. En el trayecto de llegar a la mesa no pudo dejar de pensar si el nerviosismo de la sirvienta se debía al hecho de que no lo conocía bien a él o si ella ya había presenciado episodios como este, con otro hombre, en el pasado. Pero no quería perder su enfoque, por el momento esto serían cosas para pensar más tarde en el día. Tenía sobre todo que enfocarse en cómo iba a reaccionar a las cosas de esta mañana.

Doña Victoria extendió su brazo hacia su lado derecho con la toalla en la mano y se sacudía el pelo, ahora casi seco, con la mano izquierda según caminaba hacia el comedor. En asunto de un segundo la sirvienta le tomo la toalla de su mano

y siguió su rumbo a la cocina. Él no pudo ignorar como ella jugaba con su negra cabellera ni tampoco el agradable aroma del acondicionador de pelo que invadía todos los rincones del amplio comedor de ocho sillas. Sin embargo, lo que era más obvio que el aroma era que el escote de la bata había incrementado su longitud lo cual mostraba una hermosa área que solo senos con la redondez y firmeza de esa naturaleza pueden sensualmente dibujar.

Fue lo primero que él notó al ella dar la vuelta y tomar asiento en la silla al final de la mesa que estaba más cerca a la puerta de servicio de la cocina, simplemente no se podía evitar, su pecho era el foco de atención al final de la mesa que anteriormente estaba vacía. El centro del escote revelaba una piel ligeramente más clara que la tentadora piel superior bronceada que sus senos ahora radiaba después de estar expuestos a la luz del sol todo un día de piscina. Estaba parejamente bronceada en el resto del cuerpo lo cual le hacían lucir más elegante. Su larga bata rosada que al mismo tiempo añadía más sensualidad al dejar escapar completamente una de sus bien formadas piernas, hasta la parte superior del muslo al abrirse mientras ella se sentaba y él le empujaba la silla, hacia la mesa, desde atrás.

Entendió que ella no iba a dejar de seducirlo con sus encantos. Tomó asiento en la silla de su lado derecho para no interrumpir con la entrada y salida de la sirvienta que pronto estaría sirviendo el desayuno. Así podía ver la puerta abrir y cerrar y enterarse de la presencia de la sirvienta antes que ella entrara en el comedor. Además, al no haber otros invitados, el protocolo era que se sentara a su lado. Sintió todos sus instintos carnales expuestos a dicha estimulación de tal manera que sabía que dicha imagen estaría con él por mucho tiempo en el futuro, pues son de esas imágenes que son difíciles de olvidar, imágenes que explotan sentimientos carnales los cuales al darles libertad de tomar lo prohibido y deseado se quedan con una ansiosa interminable sed, que causan acciones imposibles e indebidas a ocurrir una y otra vez.

Por imágenes como estas se llega a traicionar, a declarar guerras, a perder la razón, a cometer crímenes y hasta llevar al más intelectual hasta el suicidio también. La historia del amor está llena de estos tipos de inexplicables ejemplos de

la raza humana. En ese momento entró la sirvienta con un carrito de servicio que contenía dos platos hondos de servicio cubiertos con sus tapas de plata separadas por una enorme cafetera, también plateada, que se sentaba en el centro de una bandeja.

La sirvienta la colocó en frente de los dos y tomó de la espalda del profesor, donde había un mueble que hacía parte del comedor, una pequeña bandejita que ya contenían una azucarera, sal y pimienta. Dándole la vuelta a doña Victoria, lo cual hizo con dos rápidos movimientos, llenó el plato vacío con trozos de pan tostados caliente los cuales estaban en el carrito de servicio invadiendo todo el comedor con su sin igual aroma. Al lado de la cafetera se encontraba una bella jarra de cristal llena de jugo de naranja que hacía un interesante contraste con el verde limón claro de las servilletas adicionales que estaban en una esquina del carrito.

En el primer piso del carrito se encontraban las tazas, cubiertos y platos donde se sirvieron los huevos revueltos con trocitos de jamón. Los huevos por igual que las tostadas de pan integral estaban deliciosas y a la temperatura apropiada. Poco se dijeron y lo poco que hablaron no tuvo importancia ya que la sirvienta entraba y salía de la cocina con frecuencia al comedor trayendo una cosa o la otra, aunque todo lo necesario estaba en el carrito y no detuvo sus interrupciones hasta traer unos palitos de quesos blancos empanizados de pan integral brevemente salpicados con miel de abeja y azúcar en polvo por encima que fueron servidos con el café.

Durante todo el desayuno, sin embargo, sus ojos no dejaron de comunicarse excepto cuando la sirvienta hacía su presencia. Gran parte de esa comunicación era lo mucho que ambos disfrutaban la compañía de cada uno en esta mañana solos. De parte de ella sus ojos preguntaban una y otra vez, “¿por qué no?” Y de parte de él, “cuanto me gustaría, pero mejor no”. Así llegaron casi al final del desayuno cuando se escuchó una toz seca que venía de la sala de la casa. Los pasos revelaron al señor Jasmín el cual se agachó y beso la mejilla que ella automáticamente le extendió a su esposo con el propósito de darse los buenos días.

Inmediatamente ella se llevó la servilleta de sus piernas a la boca lo cual le prohibió devolverle el beso a su esposo pero que este a su vez tampoco estaba

esperando ya que simultáneamente el dirigía sus ojos hacia la puerta de la cocina en vez de una silla donde sentarse. Eso mismo hizo, después de saludar al profesor, se dirigió hacia la cocina. Desde allí se sintieron movimientos no comunes de una cocina y un silencio misterioso y prolongado que fabricó una nerviosa sonrisa en la cara de Victoria. Su expresión facial fue cambiada por una de disgusto al reaparecer su esposo al comedor seguido por una sirvienta que se planchaba su delantal con las manos y lo situaba en su posición correcta.

Esto le dio una más clara explicación a la noche anterior. El señor Jasmín era de los que molestaban a las sirvientas. La estaba en la finca “La Tranquilidad” fue fructífero para ambos. Elías disfrutó en grande con sus amiguitos. La inocencia de los niños es lo más sagrado que tenemos en este mundo. El ver a los niños jugar en completa paz, sin diferencias y en pura armonía es un placer de observar. Hubo momentos en que la tranquilidad fue interrumpida con temas que se discutieron entre los adultos.

Especialmente cuando el tema tenía raíces políticas ya que al profesor no le interesaba la política, no comentaba. Solo Victoria, la madre de Elisandro, estaba de acuerdo con él, que el presente gobierno no había hecho ni planeaba hacer nada importante para la educación del país. Su esposo pensaba que era lo contrario, que el gobierno ya había hecho más que el gobierno anterior y por lo tanto ya había cumplido. Pero no pudo contestarle al profesor por qué el presupuesto del presente gobierno era inferior al presupuesto del gobierno anterior.

El padre de Elisandro era un hombre muy emocionado en sus opiniones políticas y esto causó que en varias ocasiones necesitara refrescar su whisky para calmarse ya que tendía alzar la voz, lo cual es un hábito de todo aquel que acostumbra hablar en público. El resultado de este comportamiento tuvo varias reacciones. La primera fue que su esposa le mandó mensajes con sus ojos de cuando bajar la voz, y en ocasiones hasta se excusó, y la segunda cuando al refrescar su whisky otra vez esto les dio a los invitados la oportunidad de establecer sus opiniones durante su breve ausencia para solo ser interrumpidas bruscamente por el señor Jasmín al regresar del bar y exponer su punto de vista político por encima de los demás.

El resultado de dicho comportamiento lo dejó exhausto. Tan pronto los invitados se despidieron ese sábado por la tarde, después del café, él decidió tomar una siestecita en el sofá de la sala principal cuando el whisky tomó poder de su sistema nervioso y su cerebro. Esa noche quedaron solos el profesor y Victoria mientras la niñera de Elisandro cuidaba de los dos niños. Esto fue lo que abrió paso a la conversación que Victoria había ya pensado y practicado con el padre de Elías el viernes en la tarde.

Ella le empezó a hablar de sus inquietudes religiosas y ahora sábado en la noche no perdió tiempo en resumir sus penas de infelicidad las cuales no podía seguir viviendo por causas de creencias religiosas que la castigaban por serle fiel a su esposo; y fue cuando le quedó claramente entendido que ella estaba abierta a una posible relación extramatrimonial con el profesor. “No sabes cuánto me gustas”, le dijo. Necesitaba ser feliz. Lo sería con un hombre como él. Antes que ella siguiera con las condiciones de su propuesta, el profesor le dejó saber que era un gran error.

Sus intentos de persuadirlo solo incrementaron y reforzaron sus deseos de llevar sus planes con el profesor a cabo. Estos no eran sentimientos y deseos que se pudieran satisfacer con cualquier sustituto, tendría que ser él. El error del profesor fue el haberle dejado saber a ella que él también gustaba de ella desde hacía un tiempo en la forma en que la trataba, pero él supo contener sus emociones. Esto fue lo que ocurrió la mayoría de la noche hasta que fueron interrumpidos por los niños que estaban listos para retirarse a dormir después de estar bañados y en sus pijamas, listos para la lectura que la niñera de Elisandro les tenía preparada. Luego en la semana le confesó Elías que su papá leía mejor los cuentos nocturnos que la niñera de Elisandro.

Ellos disfrutaron una buena copa de coñac antes de acostarse la cual ella le sirvió y al hacerlo, le besó la mejilla muy cerca de la boca con ojos incitativos. La otra mano le acarició su brazo dejándola caer suave y lentamente desde su hombro hasta llegar a la mano. De la mano, la dejó descansar sobre su muslo donde inició camino hacia arriba. El profesor tomó y retiró la mano de ella y la subió junto con la de él y la puso sobre sus labios para impedirle acceso a su boca.

Le besó la mano y la miraba tiernamente. Cuando ella desistió de besarlo, corrió ambas manos hacia su cara y le acarició la mejilla. Sus ojos hablaban con claridad: “esto es un error”. Se quedaron parados, uno frente al otro, muy pegaditos por un rato. Al terminar su trago él se despidió devolviéndole el beso en la mejilla, lejos de la boca, y agradeciéndole por todo, se retiró. Casi la besa ardientemente en la boca, pero se pudo resistir. Ella le contestó que no dormiría esa noche pensando en su respuesta por la mañana, ya que él le había dicho que lo pensaría.

Esto nos llevó al domingo en la mañana. El señor Jasmín se sentó frente al profesor en vez del otro extremo de la mesa donde acostumbraba hacerlo. Le puso su mano sobre la de su esposa y le pidió excusas, mientras miraba fijamente al profesor, por haberlos dejado solos la noche anterior y como excusa les confesó que el cansancio de la semana ganó sobre sus intereses de seguir con la conversación. El profesor le hizo sentir que entendía la situación al pasarla como una experiencia tan natural de una persona con las responsabilidades del señor Jasmín, que este a su vez se sintió alagado y hasta con aire de superioridad por la excusa y el entendimiento que le ofrecía el profesor.

Ella se veía sorprendida por la naturaleza con que el profesor cubrió la pésima conducta de su esposo que sus ojos radiaban una gratitud que comunicaba no haber estado equivocada al hacerle la oferta al profesor, al contrario, se veía firme, agradecida y segura de sí misma ahora que todo fue galantemente despachado por parte del profesor, lo deseaba más que la noche anterior. Esto era unos de sus dones los cuales él practicaba continuamente en su profesión al intervenir en las calurosas discusiones filosóficas entres estudiantes y lograr que al concluir la sesión todos se sintieran bien y a gusto. La conversación de esa mañana siguió un rumbo muy superficial pero dentro de lo común en conversaciones pasajeras. El tema del que no se volvió a hablar fue la política. Ella puso el tema del amor y de allí se saltó a las telenovelas, el arte, la música, etc.

Al despedirse, el señor Jasmín le extendió una mano temblorosa y el profesor notó el olor a alcohol, aunque era temprano en la mañana. Entendía que un alcohólico necesita consumir alcohol a toda hora para poder dejar de temblar,

mientras el hígado de ese individuo soporta. Seguro que eso fue lo que hizo al visitar la cocina varias veces durante el trayecto del desayuno. Pero lo que no podía entender era por qué el señor Jasmín, que aparentemente lo tenía todo, viviera este tipo de vida. Era, en su opinión, un hombre que lo tenía todo hasta la mujer ideal para uno tener el respaldo personal de lograr lo imposible. Ella lo despidió de besito en la mejilla y le dijo al oído “nos veremos pronto”.

Por suerte el señor Jasmín no lo notó pues ya había empezado su camino desde la puerta principal hacia la sala del rancho. Caminó hacia su vehículo, con Elías de la mano, y se alejó de la finca. Después de charlar un poco con Elías y cantar canciones en el camino, el niño eventualmente se durmió y fue entonces que no pudo pensar en otra cosa que las conversaciones que tuvo con Victoria. Le había molestado su despedida, no por rechazar la oferta de Victoria sino más bien por su afirmación tan segura de sí misma al decirle “nos veremos pronto”.

Esto pasaría con más frecuencias de lo que le gustaría a él, cada vez que llevara a Elías al colegio los lunes por la mañana. Dos lunes al mes para ser exacto. Sabía muy bien que era terco y que después de tomar una decisión sería muy difícil, sino casi imposible, cambiar de mente. Así que no era “echar para atrás” como se dice vulgarmente lo que lo preocupaba. Era la tentación de verla.

Además, era el hecho que él no tendría la galantería, la delicadeza y la caballería al decirle que no la próxima vez. No quería que ella aceptara su decisión enojada, desilusionada o terminara como una enemiga con rencor. No necesitaba de su amistad, pero al mismo tiempo no necesitaba de personas que mantuvieran negativismo hacia él en este mundo. Quería paz en su vida. Era un fiel creyente en que la envidia, el odio y el negativismo eran armas de guerra muy poderosas contra otra persona.

Estaba convencido que Satanás las usaba eficientemente, con frecuencia y entusiasmo. Además, una mujer de ese calibre podría encontrar a uno débil en cualquier momento y se llevaría poco esfuerzo convencer a uno a cualquier locura, se dijo. El no deseaba arriesgar los sentimientos tan positivos e inexplicables que ahora sentía con él mismo por ninguna razón. A la verdad que se sentía muy, pero muy bien, casi elevado.

La otra cosa que meditaba, mientras Elías dormía en el sillón trasero del vehículo, fue realizar que esta era una de las pocas veces que había rechazado algo que le convenía, algo a lo que él le pudiera sacar beneficio sin tener que pensar en las circunstancias negativas que le venían atadas con tal decisión. Pero más que nada sentía el orgullo, la alegría interna de haberle dado la espalda al pecado una vez más en su vida. Sentía que esta vez no era solo el suprimir su necesidad biológica. Además, le estaría haciendo un daño tremendo a este hombre Jasmín, que ya era un relajo según los comentarios del barrio, pero aún más, el dañino sería el profesor.

¿Dónde estaría su amor por el prójimo? Es Más, ella podía justificar sus razones por querer ser infiel a su esposo, mejor que el mismo profesor. Muy bien podía ser que ella sufriera del mismo mal del profesor y al su esposo no estar allí para ella, ella pensaba que no tenía otra salida que buscar su satisfacción con otro. Pero el profesor no encontraba los principios que justificarían su conducta si se dejara arrastrar a ese placer con una mujer que lo simplificaría con su belleza. Tenía que rechazar este pecado, después de todo no sería algo nuevo para él.

No, no le detenía la dificultad de los pasos a dar, ella facilitaría todo sin tener que hacer más de lo que ya había hecho, pero el tener que verse en el espejo al afeitarse y preguntarse, ¿cuál fue el logro maravilloso de dicha experiencia? No se tendría una respuesta. ¿Qué memorias agradables y fructíferas se agregarían a formar parte de su personalidad? Si se enterase este señor, Jasmín, ¿lo arrojaría al precipicio del alcoholismo una vez y por todas? Muchos son los que han terminado así al realizar que sus mujeres le fueron tan infieles como el engañoso alcohol que los esclavizaba.

Pero, ¿qué le diría su Dios? ¿Se merece una noche de ardiente pasión sin igual con una mujer de este calibre el derecho de romperle a su Diosito unos de sus mandamientos premeditadamente? ¿Cuántas veces había estado en los brazos de una amiga bajo las mismas circunstancias sin sentirse que el resultado sería un fantasma odioso que no terminaría de oprimirlo, hastiarlo hasta al final? Nunca. ¿Por qué ahora? No tenía respuestas. Si sabía que deseaba sentirse limpio

físicamente y mentalmente y no podía visualizarlo o sentirlo con limpieza si llevara el pensamiento a un acto real.

¿Qué era diferente ahora para poder justificarlo? Tenía su necesidad sexual como siempre y los deseos no faltaban, especialmente con alguien como Victoria. ¿Qué era diferente ahora? El problema del señor Jasmín se remediaba con Victoria y él, al ser los dos muy discretos. ¿Sería esto un nuevo paso al cristianismo? ¿Estaría aumentando su fe? Sabía que no. Lo sabía, pero de repente le surgieron las siguientes palabras en su mente y ellas encontraron el camino involuntariamente a su boca porque él mismo se hizo escuchar con mucha atención y seriedad a lo que escuchaba de sus propios labios:

“Bendito Padre celestial, gracias por haberme dado las fuerzas para evitar acciones de las cuales luego me siento mal contigo y conmigo mismo. Yo no sé por qué son tan fuertes a veces las tentaciones a las cuales no puedo hacer otra cosa que entregármelo. Pero espero que, con tu ayuda, yo pueda repetir lo de este fin de semana otra vez en el futuro. Envíame el Espíritu Santo para que me guie por este nuevo camino. Sin Él, yo sé que no soy capaz”.

No supo cómo ni de dónde le surgió esta oración, pero si estaba seguro de que sus ojos estaban humedecidos y la felicidad que sentía no le permitió llorar. Era un nuevo hombre. Sintió a Dios por sus adentros se sentía lleno de una decisión que le hacía sentir gozo al pensar que no iba a sentir el cuerpo de Victoria a su lado y que las caricias que él había aprendido con los años de experiencia que satisfacen a una mujer nunca se derramarían sobre el cuerpo de Victoria y ella nunca sabría de lo que él era capaz de hacer una mujer sentir; lo cual no sería difícil ya que ella estaba ansiosa y necesitada de dicha experiencia.

Cuando tenemos hambre hasta un trozo de pan seco nos satisface y él sabía que no era un pan seco. Haría todo lo posible porque le agradara y le encantara esa noche. Él se aseguraría de dicha tarea porque al trabajar fuertemente de hacerla sentir todo lo posible, incrementarían sus pasiones, emociones y descargaría todo el peso de su erotismo y libido sobre ella. Bien sabía que el hombre que no se entrega en una cama, no puede recibir y él quería recibir todo lo que ella era capaz de entregar. Fue cuando escucho la voz muy adentro y lejana

en la parte más profunda de su cerebro decirle: “No me desobedezcas, esto no te conviene”.

Decidió obedecer, ¡se prometió que lo haría! Jugó con las luces de los semáforos porque las lágrimas distorsionaban los colores de rojo, amarillo y verdes a borrones coloridos sin formas. Seguía su camino sabiendo que podía ver las calles, aunque empapadas por los ojos humedecidos, pero con una paz interna que le aseguraba al decirse “no lo haré”. Esto le brindó una paz que ahora empezaba a apoderarse de sus adentros. Entonces, con una facilidad inexplicable algo le ordenó que pensara en otra cosa. Miró por el espejo al trasero del vehículo y vio a Elías durmiendo cómodamente en su lugar. Al llegar al apartamento cargó a Elías y lo llevó directamente a su cama sin que se bañara ni cenara. “Ya habrá tiempo para eso mañana” se dijo. Había comido bastante, hecho ejercicio corriendo de aquí para allá y bañándose en la piscina de la finca momentos antes de salir, así que todo podía esperar hasta mañana, lo que ahora necesitaba era descanso.

Se sentó en su sillón favorito en la sala e inició un transcurrido de las actividades que le esperaban el lunes en la universidad. Se paró de allí cuando notó que estaba cabeceando y decidió irse a su cama y se arrojó en ella y se quitó los zapatos con los pies. Una sonrisa le llenó la cara, inconscientemente, la paz que experimentaba reflejaba la felicidad con que durmió esa noche. Estuvo consciente de pronunciar las palabras que salieron de su boca: “gracias, mi Dios” antes de quedarse dormido. Al amanecer realizó que todos estos años había vivido como un simple esclavo a sus pasiones. Ahora sentía paz interna. Entendió, ahora, a Jesús prometer que nos daría un consolador y por qué. Solo no podía hacer nada. Una nueva meditación lo ocupó esta mañana. ¿Sería necesario casarse con una señorita lo que lo limpiaría y motivara a una nueva vida? O, ¿sería la presencia del Espíritu Santo en su vida suficiente para satisfacer esa necesidad en su vida?

-*-

Era viernes en la tarde, la semana se desapareció, al quitarse los zapatos y medias, sintió el agradable calor de la arena en sus pies. Tomás se acercó a la mesa donde estaba su hermano leyendo como siempre, esta vez, obviamente un documento que estaba forrado de un folder color azul claro con el logo de la universidad. Su hermano no lo notó hasta que fue muy tarde y tenía a su hermanito frente a él. Es difícil de escuchar los pasos de las personas en la arena al menos que la personas usen chancletas y hagan un sonido con ellas al tocar violentamente contra el talón. Esto se debe porque al subir, la chancleta tiende a mantenerse pegada en la arena. Antes de saludarlo miró a María como señal de que podía traer dos vasos de la sabrosa limonada endulzada con agua de coco, que era una de las muchas especialidades del restaurante.

Pudo notar, a pesar de la distancia, como las pupilas de María incrementaron de tamaño al él mirarla y, por supuesto, esto lo hizo sonreír lo cual ella también le contestó con otra sonrisa exponiendo sus perfectos dientes blancos. Notó que su hermano puso su mochila en la silla de su lado derecho que obviamente estaba llena de todas las cosas que había traído para el fin de semana. No vio a su hermano al despedirse de su madre pues se mantenía muy ocupado entre buscando trabajo permanente y trabajando en su maestría. Hasta ahora, a Tomás le había ido muy bien con sus trabajos temporales pues había viajado a dos países europeos, a centro américa y a los Estados Unidos. Analucía le había dicho que sentía celos porque ese era el estilo de vida que ella siempre deseó tener.

Cuando Tomás le dijo que ella también viajaba mucho por su carrera, ella no tardó en aclararle “que sus viajes eran casi todos en su país mientras que él viajaba a todos los lados del mundo y hasta era la compañía la que le buscaba las visas. ¡Eso era el colmo, control total en su vida!” Su madre le advirtió que con su hermana uno nunca sabía si decía las cosas en serio o no y que la manejara con cautela. Pero en realidad Tomás había aprendido hace tiempo a mantener una buena distancia entre los dos. Analucía podía ser dulce en un momento y cambiar

a sabor limón en el próximo segundo, así que como dice el dicho: mientras más lejos, mejor.

—Hacía tiempo que no te veía. ¿Una semana, tal vez? Bueno, no importa, me alegro verte, y lo bien que estas, ¿has engordado? — Preguntó el profesor.

—Creo que un poco, aunque mamá se queja de que no estoy comiendo lo suficiente y fuera de un horario civilizado—le dijo sonriente a su hermano.

Ambos se explotaron de la risa pues si fuese por la madre, estuvieran sobre peso y era lo que ambos estaban pensando simultáneamente. Se oían las olas del mar sonar contra las rocas, aunque estaban un poco retirados de ellas. La suave brisa de la playa traía un poco de sabor a sal y su agradable olor de yodo. Era una tarde perfecta de esas que en las sombras se siente fresco y bajo los rayos del sol uno está continuamente invitado a introducir su cuerpo al agua por el calor.

— ¿Cómo estuvo tu viaje? ¿Manejaste o tomaste el bus?

— Mi carrito está bien para la ciudad, pero no le tendría confianza en un viaje de dos horas — dijo con una sonrisa.

Tomás no perdió tiempo en entrar en los temas que deseaba hablar con su hermano mayor ya que solo en él confiaba antes de exponerles sus decisiones a su madre. Era como buscar el sello bueno al pie de un documento que al su madre verlo sabría que tenía un buen respaldo. Tomó su mochila y abriendo la parte trasera sacó una porta libreta de piel negro y extrajo un sobre blanco dirigido en su propio nombre. Lo puso en la mesa. Con ese gesto, el profesor dobló sus dos brazos sobre el folder de la universidad que estaba delante de él y le dio toda su atención.

— Me ofrecieron trabajo en Francia con una compañía que se especializa en puentes, pequeños y grandes. Aparentemente en Europa van a reestructurar, y en las mayorías de los casos a reorganizar, sus puentes por todos los caminos pues ya están muy viejos y están soportando mucho peso debidos a los nuevos camiones que hoy en día tienen más capacidad de cargar pesadas mercancías que anteriormente—. Miro al profesor buscando reacciones. Al no ver ninguna, continuó.

— Parece que hay trabajo para todos y por un buen rato. De todos modos, mi trabajo sería en la capacidad de cálculos e introducir materiales modernos para aliviar el peso de los puentes. Mi supervisor me dice que es una oportunidad como ninguna otra para un ingeniero y que los colegas con quienes voy a trabajar no tienen un historial como el mío, aunque en realidad estoy empezando. A él no le sorprendería que se me ascendieran a supervisor en menos de un año, si hago las cosas correctamente. ¿Qué piensas?

El profesor lo miró profundamente y por un largo tiempo después se dio a la lectura de los documentos que su hermano le había entregado. Le interrumpió María que llegaba a la mesa con dos vasos largos sudando del frío y un pequeño plato con galletitas de coco.

— ¿Por qué no me avisaste? Yo lo hubiera recogido en el mostrador.

— Porque quería saludar a Tomás, a ti te veo casi siempre, pero a Tomás no lo veo no sé desde cuándo.

— Haces dos años, atrás del restaurante cuando celebramos el cumpleaños de Elías aquí en las playa— dijo sin pensarlo como si ya lo había calculado en el camino mientras venía en el autobús.

— Demasiado tiempo, nos tiene que visitar con más frecuencia para que tengas mejor color como tu hermano, estás muy pálido, y a nosotras las chicas nos gustan las pieles doraditas del sol— le comentó demostrándole una sonrisa impecable que como de costumbre le alumbraba toda su cara.

— ¡Prometido! — Contestó devolviéndole la sonrisa y alzando su vaso en gesto de haciendo un brindis como para cerrar la promesa.

El profesor lo acompañó con la misma acción en dirección hacia María la cual se rio y prometió volver con unas arepitas de cangrejo que su mamá había mandado a freír como aperitivos para el menú de la cena.

Volvieron a enfocar sus ojos mientras bebían de sus vasos y el profesor rompió el silencio.

— Ya hablaste con mamá sobre esta oferta; ¿y por qué tiempo es este contrato?

—Se me ofrece como permanente, pero con un período de prueba de un año de evaluación, no es temporal. Por eso no especifica fechas el documento que tienes delante de ti. A mamá le ha gustado el hecho de que yo pueda trabajar fuera del país, las veces que lo he realizado, la he notado contenta y tranquila ya que hablamos por teléfono gratis todas las noches, gracias a las nuevas tecnologías de comunicaciones, la he notado así. Sé que se siente más segura de mí, no me ve tan frágil como antes.

El profesor mostraba una cara de completa concentración. Era como si estuviese escuchando una de sus favoritas sinfonías. Después de asegurarse de que su hermano había terminado le contestó.

— ¿Cómo está tú francés? Porque indiscutiblemente tendrás que hablarlo, ya no es asunto de un par de meses, ahora me estás hablando de algo permanente...

El profesor no pudo terminar porque Tomás lo interrumpió.

— ¡Espera! esa es la otra cosa de que te tengo que hablar —dijo entusiasmado, nervioso, alegre y hasta un poco pensativo. Era como si al no saber la reacción de su hermano le disgustara el suspenso de saber si el profesor reaccionaría positivo o negativo. Esto hizo que el profesor le pusiera más atención que antes, si esto fuese posible.

—He estado viendo a una muchacha francesa hace ya dos meses. Ella es una de las encargadas de la compañía aquí que recluta a ingenieros y otros empleos para las diferentes compañías que necesitan llenar las posiciones en su país—. Agregó rápidamente. —Es muy simple no tiene nada de cuerpo, hasta se parece a un chico cuando la ves de lado, pero nunca te deja olvidar que es toda una chica y cuando habla en las reuniones...

— ¡Espera! Respira. No tienes que defenderla sin primero haber razones de por qué hacerlo. No sabes si a mí me guste como ella es. Siempre te he corregido esa parte de tu personalidad. Eres tú al que le tiene que gustar la chica y a nadie más. Cuando la familia la conozcan, y haya críticas, aun así, tendremos que aceptarla

como es. Mamá ya sabes que tiene esa capacidad para ver primero el corazón y solo eso y no dejarse impresionar por otros factores, aunque sean negativos, ella solo se concentra en las intenciones que el corazón de los otros genera para sus hijos y mientras estos sean positivos, la chica estará bien con ella. Yo no tengo esa capacidad, pero se cuando eres feliz y sin conocerla ya sé que ella lo está logrando, hacerte feliz. Pero dime, ¿la haces tú feliz a ella?

—Sí, ah... yo creo... siempre sonrío a mi lado.

— ¡Es que no les has preguntado!

—No soy tan experimentado como tú, pero, no. No se me ha ocurrido pues siempre lo pasamos bien. Pero tienes toda la razón, debí de haberle preguntado si es feliz conmigo.

—Espera. No me refiero a una felicidad en general. La pregunta siempre se hace después de haber tenido sexo con la chica, es allí donde el resultado de la felicidad cuenta. No por el acto sexual, sino más bien porque ella tuvo que sentirse bien, segura y deseosa de llevar la relación hasta esa nueva etapa, la de buscar la felicidad contigo. Por eso hace esa entrega total. Ella piensa que te ofreció, no solo lo que tú querías de ella, sino también lo que la unirá contigo permanentemente.

— Es después de ese fenómeno que las mujeres sienten la necesidad de buscar la felicidad a tu lado en todos los otros momentos, que si las llegas a herir, lloran con un desespero incontrolable pues rompes, no el hecho de que se entregaron teniendo un placer sexual, pero por el hecho que les quitaste su sueño, su derecho de siempre estar feliz a tu lado. Esta es la felicidad a la que me refiero, la felicidad que ella va a esperar por toda una vida a tu lado. Nunca lo olvides, las mujeres son cien veces más emocionales y detallistas que los hombres.

En el dialogo que mantuvieron anteriormente, hubo muchas expresiones faciales según lo que cada uno decía, pero cuando el profesor inició su diálogo, Tomás abrió los ojos y los fijó en su hermano sin pestañar, la respiración cayó de ritmo como para no interrumpirlo y su mente estaba completamente absorbida en cada palabra que salía de su boca. El profesor hablaba lentamente sin hacer esfuerzo de concentrarse en lo que decía, no era un discurso repetido y al mismo

tiempo no hablaba como si estuviese improvisando. Hablaba con autoridad, de un tema bien pensado y analizado.

Hablaba de experiencia y de lo que sentía en ese momento y su rostro no mostraba nada que insinuara que había herido a nadie, y si lo hizo era obvio que fue sin querer hacerlo, un error que Tomás estaba seguro que el profesor había corregido inmediatamente; pero del cual había aprendido esta lección que ahora le pasaba a Tomás. Era como si fuese una herencia que estuvo en la familia por muchos años pasada de generación a generación. Eran consejos agradables que están llenos de buenas intenciones comunes que a veces ignoramos al estar viviendo con otra persona.

— ¿Ya tuvieron sexo, eso es lo que me vas a decir? Preguntó confundido, incierto.

— ¡Fue grandioso! Y lo sigue siendo, cada vez más intenso.

Preocupado le preguntó en voz más baja, mirando en la dirección de María la cual había estado sumamente ocupada para poderle poner atención a ellos y mucho menos poderle escuchar pues estaba como a unos veinte metros de distancia, — ¿qué tanto te recuerda esta niña de tu última chica o cuanto has pensado de ella después de conocer a esta nueva chica?

— Para hacerte sincero, hasta ahora no la había pensado. ¿Por qué? — Lo miró seria y fijamente como si hubiese cometido un gran error.

— No sería beneficioso entrar en una nueva relación con los recuerdos, positivos o negativos, de esa chica que te hizo sufrir tanto—. Se lo dijo después de haber tomado un largo respiro y hacerse ver más relajado al decírselo.

— Entiendo y te agradezco el que siempre estés pensando en mí porvenir. Yo sé, aunque no se lo he preguntado, que es feliz a mi lado ahora que hablamos de eso estoy seguro, y al ella decirme siempre que soy muy cariñoso me lo afirma pues ella tampoco me ha dicho nada de felicidad, pero me deja entender de que lo es. Por lo menos, nunca se ha quejado de que no lo es—. Lo dijo satisfecho, seguro y con una enorme sonrisa en sus labios que tenía efecto en la brillante luz que salía de

sus ojos y en la radiante energía que su piel mostraba, como si al tocarlo descargara electricidad.

Se miraron intensamente y satisfechos el uno con el otro como si no lo hubieran hecho anteriormente, como si estuvieran en una taberna de esas donde hay mucho humo debido a que todos los clientes fuman y de repente alguien abre la puerta por un prolongado tiempo y todos se pueden ver la cara de nuevo porque la brisa se lleva al humo a otro lado. El profesor levantó su limonada y su hermano lo imitó, tocaron los vasos, se sonrieron como niños traviosos, obviamente tratando de pensar en que el otro estaba pensando.

Al María ver los vasos levantados pensó que la necesitaban y caminó a su mesa, pero se sorprendió que apenas iban a tomar la limonada y preocupada le preguntó si era que no estaba a sus gustos. Después de acusarse el uno al otro de que “este no deja de hablar” y reírse del hecho, María se retiró al saber que no deseaban nada más pues las arepitas aun no estaban listas y ambos podían seguir con su charla mientras ella podía marcharse a sus otros compromisos. Tomás se limpió la garganta, su rostro cambió a uno más sobrio, miró a su hermano y le dijo:

— El empleo implica que tengo que vivir permanentemente en Francia. Pero hoy en día tenemos aviones que hacen las distancias posibles de tolerar. Así que seré el invitado esperado para esos días especiales del año, navidad, las madres, cumpleaños, ya sabes. Oye, ahora que me haces consiente de cosas que no había pensado anteriormente, se me haría más fácil sentirme feliz y hacerla feliz si estoy lejos de casa. Siento que Andalucía me ahoga ahora que nos visita con más frecuencia que antes.

— Ellas no se conocen, pero sé que de conocerla no aprobaría de ella y con su sarcasmo se burlaría de ella. Ese sarcasmo lo comunicaría en cada ocasión que pudiera en su presencia para humillarla. Andalucía se burla de todo lo que yo represento en esta vida. Esto traería una tensión a la casa la cual mamá no necesita. Por otra parte, de mamá pasar más tiempo con mi hermana a solas le haría muy bien a ambas—. Su mirada cayó sobre la mesa como si sus ojos hubiesen incrementado de peso y su cara no podía cargarlos más. Su rostro mostraba un semblante de preocupación muy familiar para el profesor.

— ¿Qué voy hacer contigo? Sal de esa mentalidad. Es a ti a quien le tiene que gustar esa chica, no a Andalucía. No valores lo que ella piense. Nunca valores a una persona que vive insegura de sí mismo. Es esa inseguridad que todas las Andalucías de este mundo viven, la inseguridad a la que ellas desean arrastrar a todos los demás para esconder la incertidumbre de sus propias vidas. Cuando tú seleccionas a una compañera, la opinión de los demás no puede tener espacio para existir. ¿No me entendiste cuando te pregunté por la felicidad de esa chica a tu lado? Cuando una mujer decide buscar su felicidad a tu lado, lo entrega todo, para ella solo hay espacio para los dos, ni nada, ni nadie más. Por eso exige toda tu atención y si es honesta en su relación, entrega todas sus energías para que tú no veas nada más que esa relación con que ella sueña a diario y asume que tú también lo haces.

— Nosotros los hombres tenemos problemas con esta situación porque nuestras vidas se basan en un mundo diferente, no tenemos el potencial de soñar por tan largo tiempo, queremos algo, salimos, lo obtenemos, lo disfrutamos y se acabó. Por eso nos acusan de no tener emociones, de ser poco románticos. Yo no quiero que trates de comportarte fuera de los atributos que Dios te dio. Tú no eres el único hombre culpable de este mal, todos los hombres lo somos. Andalucía tiene muchos problemas que resolver en su vida y no creo que tendrá tiempo para arreglarlos todos, por lo menos los que piensa tener con mamá.

— Ella no es el modelo ideal para criticarte a ti. Yo tampoco lo soy. Tú naciste para amar con una sinceridad que es digna de envidiar. Sí, le vendrá oportuno que pasen más tiempo juntas, madre e hija, ahora que Andalucía tiene menos tiempo de perseguir fortunas y sus pies están más cerca al piso que todo los demás pisamos. Lo que no sé es si tendrá resultados positivos y fructíferos en su vida, con toda honestidad, aunque cambie, el cambio llega tarde y lo perdido no lo podrá recuperar. Piensa en ti y en el compromiso que tienes con esta chica. A todo esto, ¿cómo se llama?

Tomás no respondió inmediatamente, no porque no recordaba su nombre, pero más bien porque aún estaba absorbiendo lo que le había dicho su hermano. Al oír la pregunta, despertó de su concentración abriendo los ojos grandes y atentos.

— Chloé—dijo pensativo.

—Es un bello nombre. Me gustaría conocerla antes que viajaran. Eso es, ¿viajan juntos?

—Sí, si por supuesto. Perdóname si estoy un poco lento es que me diste demasiada información en que pensar—. Le dijo extendiéndole la mano y mostrándole una foto de Chloé en su celular. El profesor estudió la foto y una sonrisa le llenó la cara.

—Es divina. Y no necesito ver el reto del cuerpo para llegar a esa conclusión.

Chloé tenía unos ojos grandes azules, el pelo negro como azabaches, una cara blanca como las sábanas de la abuelita, pero con una tez delicada casi similar a la porcelana y estaba decorada con unas pocas pecas casi invisibles a los dos lados de su delicada nariz. La carita tendía más a ser redonda que alargada, pero no exageradamente. Por eso su corte de pelo, el cual era corto pero femenino, le lucía muy apropiado desde el centro de su cabeza hasta el final de su cara, pegado a sus quijadas, cubriéndoles las orejas y haciendo que su cara luciera más delgada. Parecía una joven modelo profesional.

El profesor notó las pecas con curiosidad pues siempre había visto pecas en las pelirrojas, pero muy pocas con pelo negro. En esos momentos llegó María con un platito lleno de arepitas de cangrejo. Almorzaron como siempre pescado. El profesor pidió su pescado en una salsa agridulce, estaba riquísimo, como lo estaban los restos de los alimentos que complementaban el almuerzo. Una de las cosas que se encontró nueva y refrescante fue el puré de papas con trozos de camarones en salsa de cangrejo. Tomás se apegó a un pollo asado preparado con una crema de mango y no dejó de comentar lo rico que se combinaba con el arroz con coco. “Definitivamente, concluyó que el restaurante de María servía la mejor comida típica con los ingredientes nacionales disponibles que él había comido”.

Eso le llevó a una pequeña conversación con María acerca de los diferentes platos que había comido en Europa, que lo habían sorprendido. Se despidieron, con besos, de María y caminaron hacia el apartamento. El profesor comentó sobre el almuerzo también, uno de ellos fue mandar a decir a su madre que las arepitas estaban deliciosas y que definitivamente comerían de ellas en la noche con la cena.

Hicieron planes para después de la cena y se despidieron. En camino al apartamento intercambiaron historias de la familia, hablaron de sus deseos, pero no más de asuntos profundos del pasado y compararon notas de detalles de la familia que nunca estuvieron muy claro para Tomás debido a sus pocos años de edad pero que el profesor le aclaró.

Ya en el apartamento se dividieron cada uno a su habitación. El profesor tomó el mismo aposento de siempre pues este tenía una cama de matrimonio gigantesca y le gustaba porque así Elías podía saltar en la cama y sobraba espacio para el profesor recostarse y verlo reírse a toda carcajada sin estorbarlo. También, la cama era práctica porque si se dormía Elías del cansancio, no había problema de los dos dormir juntos ya que sobraba espacio. De repente se entristeció al pensar en él.

Le hacía falta y el profesor no acostumbraba de ir de paseo a la playa sin él, especialmente a esta playa. Lo pensó en compañía de su madre, pero no la enfocaba a ella mentalmente solo esperaba que estuviera bien y alegre, y para eso solo necesitaba recordar su sonrisa. El profesor se había acostumbrado de borrar las cosas negativas de su vida con unas series de meditaciones positivas. La primera de estas era el de borrar detalles de personas, sitios, argumentos o episodios que le causaran sentirse negativo hacia su vida.

Si estaba en culpa, deuda o equivocado con una experiencia se excusaba, se arrepentía y se responsabilizaba, pero ignoraba los hechos y después, lo sacaba de su mente. El segundo era no pensar en esa etapa de su vida que le producía malestares mentales junto con las imágenes de la persona o personas involucradas. No pensaba si tenía razón por lo sucedido, no quería crédito por estar correcto, eso era una trampa que solo lleva a las personas al orgullo, cosa que él sabía que Dios detestaba.

Más allá, hacía a uno pensar que había perdido algo como el derecho a decir “la culpa fue tuya” y tratar de buscar la confesión de la otra persona, que estaba equivocada. Esto era un gran error. Mejor era perder ese derecho que el vivir con una continua memoria desagradable y fastidiosa. Finalmente, le deseaba lo mejor a la persona o personas que le tendían llevar por rumbos negativos y consumir su

tiempo con frutos muy agrios para digerir, por eso siempre prefería perdonar, sin tener en cuenta los propósitos de la otra persona o personas. En su mayoría casi siempre eran egoístas y acaparadores, pero al no desearle mal alguno los despechaba con un buen “adiós”. Pero eso sí, no permitía que lo abusaran.

Le pasaron algunas cosas por su mente que tenía pendiente en el trabajo, pero nada urgente, solo planes que tomarían inicio en el futuro. Se duchó y se recostó en la cama con uno de sus favoritos whiskies que había traído para el viaje ya que sabía que era muy costoso en la playa, si era que lo conseguía en el pueblo. La nevera del apartamento mantenía una buena selección de ron nacional y un solo whisky que a él no le gustaba por lo barato y su sabor. Era obvio que los barriles de envejecer el whisky no eran de calidad o ya estaban muy viejos.

Pensó en su madre y su hermana y en la conversación con Tomás. Era refrescante que Tomás saliera de la casa a buscar una nueva vida, aunque fuera para trabajar en el extranjero y nada más estuviera planificado en concreto por ahora ya que tenía mucho potencial de que un sin número de cosas se pudiesen desarrollar, pensó. No quiso pensar en la relación entre su mamá y su hermana ya que deseaba entretener pensamientos positivos y ligeros, era después de todo un fin de semana donde se reunía con un grupo de amigos una vez al año y esperaba disfrutar de buenos y saludables momentos.

Le interrumpió un toque a la puerta y al ver la entrada, pues la puerta estaba abierta, encontró que Tomás estaba recostado en la entrada con una sonrisa.

— ¿Whisky? — Preguntó sabiendo que Tomás rechazaría la oferta.

—No gracias.

Tomás nunca pasaba más de dos cervezas, Cuando era pequeño su padre tomaba mucho alcohol. Nadie supo que le había pasado a su padre, pero fue una época de tragos en el hogar que conducían a hablar en voz muy alta y se molestaba con su mamá frecuentemente y por nada en particular. Esto duró cerca de un año y tuvo un efecto negativo para Tomás, quien se tapaba los oídos y salía corriendo del lugar donde esto pasaba. Luego con el tiempo, su mamá responsabilizó al

alcohol por ese comportamiento de su esposo, pero todos sabían que había más que esto.

Según Analucía existió otra mujer. Pero su madre solo se envolvía en las cosas que pasaban en su hogar y nada más. De todos modos, Tomás creció a ser un gran chico que nunca tomó en exceso y siempre estaba dispuesto a ser el chofer designado del grupo, cosa que era de mucha importancia cuando salía con su hermano mayor y su amistad. El profesor también supo siempre administrar sus tragos con juicio, pero nunca tomaba cuando manejaba, aunque solo fuera un trago y jamás pasaba de un trago cuando estaba solo con la compañía de su pequeño hijo.

No pudo evitar notar la cara de descanso y tranquilidad que vestía su hermano parado allí en la puerta y no sabía si acreditarle ese resultado a la confesión que su hermanito le había hecho horas anteriormente o por el descanso de tomarse una siestecita después del almuerzo. Tomás entró y se sentó en la silla del escritorio que estaba frente a la enorme ventana que ofrecía una vista de una tarjeta postal aérea de la playa que ahora empezaba a vestirse de un hermoso atardecer. Esto era notorio y obvio porque todas las gaviotas, palomas y pajaritos se veían volar unidos con rumbo a sus nidos. Pronto el jugueteo de sus vuelos y pacífico cantar desaparecería y caería la noche.

—También hay cervezas.

— ¡Ahora sí! ¿Por qué no tengo yo una de esas neveritas en mi habitación?

— Porque esto no es un hotel y esta es la habitación principal, los dueños la colocaron aquí porque aparentemente no les gusta caminar hasta la cocina para disfrutar de una fría bebida y además es buena medida de no tener alcohol en la cocina cuando hay niños curiosos.

— ¿Es qué los conoces? — Preguntó asombrado como si estuvieran interrumpiendo algo personal de las personas que vivían allí. Abrió la cerveza y sirvió la mitad en un vaso de vidrio que se encontraba sobre el escritorio.

— Desde luego, es un viejo amigo de la universidad. Pero yo no hago negocios con él directamente, llamo a una compañía de bienes raíces que alquila apartamentos en el área y a veces coinciden con conseguirme este mismo apartamento.

— ¿Qué haremos esta noche? — Preguntó con malicia en la cara acertando que sería divertido lo que le esperaba.

— Hay una discoteca muy cerca del restaurante de los padres de María, cerca de la playa, donde ellos acostumbran ir porque es agradables para las familias de estos alrededores, segura y los precios no son costosos. Pero además tienen una buena cocina y a la madre de María no le gusta ver la cocina los fines de semanas.

— Bien hace, si se lo pasa toda la semana supervisando una cocina, entre otras cosas—. Lo dijo mirando a su hermano mayor en la cama. — ¿Qué piensas de ella? —su pregunta no llevaba ninguna insinuación solo curiosidad.

— Se parece a mamá en muchas cosas. Me llevo muy bien con ella ya que el padre de María es muy serio y de pocas palabras. Nos entendemos y compartimos en común muchas cosas la más importante, desde el luego, es el amor que le tenemos a María. Nos respetamos mutuamente y ella lo manifiesta continuamente cuando hablamos de mis intenciones con su hija y nuestros planes de casarnos. Ella me comunica la felicidad de su hija cuando habla con María de terminar la tesis de su maestría y eventualmente casarnos.

— En ningún momento te estoy empujado a acelerar estas bodas, pero ustedes ya tienen su tiempcito juntos, ¿cierto?

— No en realidad— le contestó asombrado de la pregunta —en realidad ahora es cuando vamos para catorce o quince meses juntos e indiscutiblemente tenemos que esperar que María termine sus estudios. Estamos de acuerdo que no sería beneficioso interrumpir sus estudios agregándole responsabilidades adicionales como el tener que atender su nuevo hogar.

El maestro miro a su hermanito buscando aprobación en lo que decía. Como era de importancia para el profesor la aserción de su hermano lo hizo con cierto

nerviosismo y esperanza de tener una reacción positiva. Tomás lo miro y pudo entender que había penetrado un tema que al final le podía molestar al profesor.

— Yo tengo toda la confianza en ti de que sabes lo que estás haciendo y que tú planes están bien analizados. Solo te pregunto porque ya sabes cómo son las madres al querer casar a sus hijos. Creo que estas en lo cierto que mientras menos interrupciones, mejor la introducción a una nueva vida—. Lo dijo suspirando al final de su declaración.

Se miraron y los dos se tornaron a tomar de sus respectivos vasos. Fue entonces que el profesor tenía la opción de cambiar de tema o seguir tratando de explicar sus motivos por esperar a casarse. Al profesor le gustaba saber que las cosas se hicieran con la mayor honestidad.

— Yo sé que Analucía piensa que estoy esperando mucho tiempo para casarme con María, pero eso me deja sin preocuparme porque si yo cometo un error en mi vida, Analucía se alegra. Ella siempre ha tenido una competencia incógnita de que ella es mejor hija que tú y yo. Ella vive para verme fallar. A ti te ve tan dependiente de mamá y piensa que jamás serás una persona de valor para la sociedad, que, con la muerte de mamá, morirá tú también. Lo que ella no sabe es que la relación entre mi madre y yo va mucho más lejos de lo que ella ha establecido con mamá—. Lo dijo mientras miraba su trago.

—Las madres no tienen la misma relación con cada uno de sus hijos. Los aman a todos igual pero su relación es diferente según sus personalidades. Tú relación con mamá es exactamente como madre la describe, es la más amorosa de sus tres hijos porque ella dices que tú eres todo amor con ella. Te diré la verdad, en mi opinión menos de dos años de noviazgo no es suficientemente largo diga lo que diga Analucía. Hay muchas cosas que aprender de la otra persona y muchas más que sacrificar antes de involucrarse en matrimonio. Es la vida de dos personas convertirse en una sola y se necesita dejar prioridades personales atrás para convertirlas en prioridades de la unión de los dos.

—Eso no es fácil. Mamá, sin embargo, nunca ha opinado ni me ha interrogado sobre mis intenciones con María. Estoy seguro que ella tiene su opinión y hasta su

propia conclusión. Pero si no me la ha comunicado es porque me quiere dar espacio. Estoy seguro que, si hubiese una preocupación, un peligro de su parte, me lo hubiese dicho ya, así es mamá conmigo.

Tomás seguía sentado en la silla del escritorio girándose de lado a lado en la silla y miraba con atención a su hermano, era obvio que le molestaba la opinión negativa de su relación con María y había llegado a la conclusión que le había comunicado lo dicho para poder justificarse, que él estaba en lo correcto. En su relación con Analucía, Tomás siempre había tomado sus comentarios con ese sabor amargo, sabor que nos deja atrás la envidia y la maldad.

Su mamá le había dicho en muchas ocasiones que amara a su hermana y que no permitiera que sus acciones y comentarios lo descarrilaran del tren del amor en el cual él era el ingeniero y conductor de la máquina, “no odies, eso les envenena los huesos a las gentes”. Eran palabras de la abuela que ella le solía contar. El profesor no tenía nada que envidiarle a su hermana, era todo lo contrario, y Tomás había llegado a la conclusión que Analucía se comportaba así con su hermano porque su mamá siempre había tenido un gran respeto por el profesor y no tanto así con ella, eso era todo.

— Estoy de acuerdo contigo y haces bien en no darle mucha atención a Analucía.

— Mira, lo importante es que estamos juntos antes de tu partida para Europa y esta noche iremos a una discoteca, comeremos afuera y gozaremos de lo lindo.

Con eso dicho se despidieron. El profesor se retiró al baño y salió del mismo con una toalla sobre su hombro izquierdo, quitándose el exceso de crema de afeitar de su cara con rumbo al aposento del cual salió vestido y listo para partir. Tomó las llaves del escritorio las cuales estaban juntas con su cartera, hizo un breve inventario de su contenido y la introdujo en el bolsillo trasero de su pantalón. “¿Listo?”, le preguntó a su hermano el cual acertó con la cabeza que sí.

Dejaron el edificio y manejaron a la casa de María que se encontraba localizada al lado del restaurante. Al recogerla los dos le comentaron lo bella que lucía y el profesor le extendió el mismo comentario a la mamá también. “¿Y yo qué?”, preguntó el padre de María y todos rieron a la misma vez. “¡Precioso!” fue

el comentario de esposa e hija y los cinco partieron en dos vehículos. Los jóvenes en uno y los padres de María en el suyo pues no le gustaba regresar muy tarde ya que el restaurante abría sus puertas siete días a la semana y aunque los domingos ellos tenían un personal que abría las puertas temprano mientras ellos dormían, la preocupación de estar trasnochados siempre les disgustaba.

Esa noche fue especial para todos, pero más aún para la joven pareja que bailaron toda la noche y solo descansaban cuando la banda también lo hacía y colocaban música pregrabada. La segunda vez que la banda descansó fue cuando una muchacha de la banda, que tocaba una de las dos trompetas, se acercó a la mesa. Saludó a todos y le dijo algo a Tomás, el cual había estado bailando con las muchachas disponible, se paró y tomando una silla que estaba desocupada de la mesa de al lado, se la ofreció y hablaron todo el descanso de la banda. Al volver la banda a tocar se pararon los dos, Tomás sacó a otra chica a bailar y la muchacha volvió a tocar a la tarima.

La segunda vez que esto sucedió, Tomás les presentó la muchacha a todos y se fueron a bailar, ya que había terminado de tocar por esa noche. Los padres de María se retiraron. La muchacha de la banda invitó a Tomás a otra discoteca que no quedaba muy lejos de donde estaban pues tenía que seguir tocando allí y los cuatros se fueron juntos. Allí hicieron lo mismo pero la discoteca tenía un mayor tamaño y público, también contaba con dos orquestas que se tornaban y compartían la tarima. Cuando la muchacha estaba libre se lo pasaba con Tomás. Finalmente, María estaba cansada y deseaba retirarse.

El profesor la llevó a la casa y le preguntó a Tomás si tenía suficiente dinero para un taxi de regreso a casa, pero Tomás no se sentía seguro de quedarse con la muchacha que había acabado de conocer así que también se fue con el profesor, pero antes de partir se intercambiaron teléfonos y besos. Llevó a su hermano al apartamento y luego a María. En el camino a la casa de María había muchos moteles, algunos muy lujosos y otros más populares en precio.

Sin embargo, el querer estar íntimos a ese nivel de tener sexo, no estaba en los planes de ningunos de los dos, aunque el profesor preguntó en cual se quedarían como un chiste y María comentó, “el de siempre, somos tan buenos

clientes que no podemos despreciar el descuento” a lo que ambos se murieron a carcajadas. Regresó al apartamento y ya Tomás estaba dormido. Después de reflejar un poco sobre la noche, se preguntó, “¿estoy siendo honesto con María?, ¿por qué me estoy empezando a sentir tan culpable de esta relación? Definitivamente le estoy siendo infiel con otras, aunque no estemos casados. Fue una noche muy especial y una que nadie pronto olvidaría.

Eduardo era un hombre de un pelo castaño, ondulado que atraía tanto la atención por su pelo, que pocas personas notaban sus ojos verdes oscuros que a veces cambiaban a un marrón intenso y brillante. Con una estatura común para un hombre de la región, pasaba poco percibido en cualquier ciudad, aunque al hablar, todo el mundo le ponía atención por la agradable entonación que le daba a las palabras, lo cual le daba la impresión a uno que las estaba escuchando por primera vez. Detrás de cada palabra, siempre bien seleccionada, se encontraba al hombre inteligente que había hecho un arte de la comunicación. Por eso era siempre un placer charlar con Eduardo sin importar el tema, ya que también era muy pacífico y calmado.

Por eso se podía argumentar diferencias filosóficas tranquilamente. Abandonó la universidad después de dos años de estudio por falta de interés. “No sentí que estaba aprendiendo algo de valor”, se le oyó una vez decir. Trabajaba como supervisor de una planta de electrodomésticos alemana de la cual su padre se había jubilado con un excelente salario. Hoy, Eduardo ganaba el doble de su padre y también pensaba jubilarse de la empresa ya que ni a su padre ni a él nunca le faltaron las comodidades de la vida. Prefería vivir así pues dedicaba todo su tiempo libre leyendo, visitando museos, acudiendo a conciertos, tanto clásicos como contemporáneos, y era miembro de una sociedad de poetas en la cual cada otro jueves se reunían y uno de los poetas leía un nuevo poema al grupo.

Se clasificó, en una conversación con el profesor, como un bohemio intelectual con una visa de ‘residente ideal’ marcado en su pasaporte, cuando el profesor lo acusó de ser un “bohemio liberal sin arreglos”. Ambos vivían en el mismo edificio lo cual implicaba que Eduardo ganaba un buen salario. El profesor estaba consciente de que el apartamento de Eduardo estaba mejor decorado pues fue el trabajo de una agencia de expertos quien se lo arreglo. El apartamento del profesor también estaba muy bien arreglado, pero no podía competir con el apartamento de Eduardo, fue arreglado por el mismo profesor. Analucía le había colaborado con seleccionar los cuadros de arte que decoraban las paredes y su

madre se encargó de las cortinas y las alfombras de la sala, aposentos y todos los artículos del baño.

Estaba Eduardo disfrutando una copa de su vino tinto favorito cuando timbró la puerta y se levantó entusiasmado para abrir porque sabía quién era y ya podía saborear una tarde de buena conversación. Efectivamente se encontró con la imagen del profesor aun vistiendo la misma camisa, con la corbata desatada al cuello, con la que fue al trabajo. Se saludaron como de costumbre, sin darse las manos, “hola”, “adelante” y se sentaron en la sala. Eduardo en su sillón favorito y el profesor en el sofá de piel. Intercambiaron rápidamente opiniones de las noticias del día, se burlaron de las consideradas ridículas, se asombraron de las barbaridades y se enojaron de las injusticias. Cuando llegaron a las noticias absurdas la conversación se puso tensa y Eduardo cambió el tema preguntando:

— ¿Cómo andan las cosas en la universidad? — mientras le refrescaba la copa de vino tinto al profesor.

El profesor no tardó en contarle con detalles la conversación con Sarah. A Eduardo le encantaba que los estudiantes reflejaran nuevas ideas, que aprendieran, pero se asombró que Sarah reaccionara de ese modo, aunque no la conocía. No tardó en opinar, “¡que confesión tan personal!”, cosa que no acostumbraba hacer cuando otra persona hablaba, no le gustaba interrumpir ni que lo interrumpieran. Pero la verdad es que la conversación con Sarah fue una completa sorpresa para el profesor también, en la forma en que ella se abrió emocionalmente y no había forma de comunicar lo que pasó sin los detalles personales.

— Este tema de justificación y santificación es uno que aturdió a teólogos desde la reforma y por un buen período de tiempo, aunque todavía se discute en ciertos círculos. Aún hay personas que no entienden los dos conceptos y otros que lo han vivido y no saben que lo hayan vivido. Peor los que lo están viviendo en sus religiones y tampoco están conscientes del origen de sus creencias. Pero, gracias al Espíritu Santo que guía a estas personas por el proceso sin que se pierdan—. La mirada del profesor debió de ser una de incertidumbre o confusión porque Eduardo

no tardó en seguir con su dialogo sin esperar que el profesor comentara con la esperanza de hacerse entender.

— Estamos de acuerdo, claro, justificación es el levantamiento de la condenación la cual es otorgada por Dios para que Jesucristo, y su muerte en la cruz, le garantice la resurrección al creyente. Mientras que santificación es el proceso que el nuevo creyente en Jesucristo debe de mantener alejándose de la vieja vida de la cual fue salvada, hasta la segunda llegada de Jesucristo. Esto es, según lo que me cuentas, lo que le aconsejaste a esta muchacha, ¿no? Excepto que no usaste las terminologías sino más bien se lo explicaste y expandiste con ejemplo, ¿o me equivoco? Le aconsejaste esperar mientras crece en su desarrollo.

— Sí, claro está, eso fue lo que hice— el profesor habló con una entonación de duda tan grande que no se sabía si había hecho una declaración o una interrogación. Él le había hablado a Sarah de su corazón, le había hablado de su propia experiencia, de donde él se encontraba en su proceso, el cual, por coincidencia, era similar al de Sarah.

Sarah había claramente confesado su amor por Jesucristo, eso le otorgaba justificación y el profesor le aconsejó tomarse su tiempo en desarrollar su santificación que era lo que ella dudaba, lo que ella quería acelerar y el profesor le recomendó dejarlo en manos del Espíritu Santo. Pensó que estaba en lo correcto pues sabía que no era un apologista y se lo había dicho a Sarah, a lo mejor Eduardo se lo hubiera explicado mejor. Pero ahora se sentía que había aprendido algo nuevo que le aseguraba que el camino que había expuesto para Sarah, por igual para él, era el correcto.

Durante toda ésta meditación del profesor, Eduardo le miraba con intensidad tratando de esperar una reacción del profesor que no fuera otra que mirar el piso delante de sus pies. Debido a este comportamiento, Eduardo le preguntó: — ¿Te encuentras bien? — Eduardo miraba al profesor cuidadosamente porque no entendía su silencio.

— ¿De dónde sacaste esta información? ¡Olvida la pregunta! Bien sabía yo que tú tendrías lo que yo necesitaba...

— Todo esto sale de los estudios de San Pablo— dijo levantándose y caminando lentamente hacia el gigantesco librero que ocupaba la mitad de la pared que estaba detrás del sofá. Sacó un libro del mismo y caminó dos pasos a la izquierda y retiró otro libro de mayor volumen de páginas y se los entregó al profesor.

—Encontraras unos buenos capítulos en estos libros detallándote los términos con más exactitud—le dijo con seguridad. El profesor leyó los títulos de los libros y los puso a su lado sobre el sofá. —Tengo la impresión que no sabías de estas terminologías, pero al fin del cabo, el no explicarle en forma teórica la situación a la muchacha creo que fue lo mejor. Créelo o no, tu sinceridad llegó más lejos para ella que si te hubiese sentado delante de ella con un aire académico, explicando términos religiosos. Siempre es mejor así cuando se trata de asuntos del corazón.

Pasaron unos cuantos minutos discutiendo los teólogos que se encontraban en los textos que Eduardo le había mostrado al profesor. Después la conversación cambió al tema de la fe del profesor cuando Eduardo le pregunto directamente “¿dónde estás con tu paz en Dios?” A esto el profesor le contestó que había tenido ciertos sentimientos de culpabilidad de su conducta con Dios. Que reconocía que sus relaciones con sus amigas habían tenido más importancia que su comunicación con Dios. Como resultado había dejado de salir con ellas y solo estaba saliendo con una persona muy especial en particular.

Al oír esta noticia, Eduardo tosió fuertemente pues tenía un trago de vino en la boca el cual no se tragó con suavidad. “¡¿María reina en tu vida por fin?!” le preguntó con los ojos sobresaliéndosele. Pero el profesor lo corrigió rápidamente sin decirle quién era al confesarle que aún no había tenido sexo con María porque para ella y sus padres la virginidad y el matrimonio formal, por la iglesia, era de suma importancia. Ella era la única que él respetaba hasta ahora con estos conceptos y la única que se lo había demandado, por eso pensaba casarse con ella y quería que vistiera de blanco en ese día de matrimonio como ella lo deseaba. El tema se discutió con Eduardo tomando la posición que el tabú de la virginidad, tanto como el color blanco que representa la virginidad en su comunidad, eran cosas del pasado para muchas personas.

— Yo soy uno que no creo que muchas son vírgenes y las veo a todas con sus trajes blancos— le confesó con una sonrisa en la cara.

— ¿Piensan y sienten en sus corazones como vírgenes? No se han acostado con nadie por no perder su virginidad; pero, ¿cuántas veces han ido a despedidas de solteras y les ha bailado un hombre en pantaloncillos con movimientos que ellas se mueren por poder experimentar—? Dijo con seriedad.

— ¿En dónde está la virginidad, yo me pregunto? ¿Sueñan hacer el amor en sus camas con el actor o cantante del momento? Y eso, que no vamos a hablar de la gran cantidad de ambos, mujeres y hombre vírgenes que habitualmente se exponen a la pornografía y se consideran vírgenes. Solo el hecho que la gente se case hoy en día es mucho que decir— opinó.

El profesor solo lo observaba mientras saboreaba el vino en pequeños sorbitos y se perdía en el aroma de las uvas. Entonces fue cuando Eduardo realizó que María eventualmente reinaría pero que no aún. El profesor entonces le detalló como no sabía si se daría ese reinado para María porque los deseos de casarse los veía muy lejos en los turnos de su agenda y sin fecha tentativa. Eduardo disparó que hacía casi un año cuando él le había recomendado que disfrutara del momento con María y que él nunca intentó que el momento durara tanto tiempo y por eso le preguntó sobre la seriedad de esa famosa boda.

—Por eso me gustaría preguntarte, ¿si estas disfrutando una relación sexual especial con esta dama, ¿cómo es que sigues planificando bodas con María?

La pregunta, aunque se la había hecho él mismo varias veces, era ahora que tenía otras implicaciones. No la realidad de que estaba mintiéndose el mismo con esa idea lejana con María, pero más bien con la realidad que María no iba a ser la santidad con que él iba a borrar todo ese pasado de diferentes mujeres y encontrar tranquilidad al casarse con una joven como ella, una virgen. No, era todo lo contrario, estaba pecando más al tratar de usar a María para ese propósito, engañándola con otra. Otra con quien se sentía mejor que con la misma María. Ya no se vio como el caballero en el caballo blanco el cual salvaría a María para cuando él decidiera convertirse en un hombre para una sola mujer.

Mientras tanto, todo este tiempo pensó que eso le agradaría a Dios, el serle fiel a María toda una vida, que este cambio haría las cosas más sagradas en su vida y que contarían como “créditos” para su santificación. ¡Qué equivocado estaba! No se puede trabajar para su propia salvación de ese modo. Bien sabía que la salvación es por Gracia solo a través de la Fe. La salvación, igual que el arrepentimiento, es cosa personal de la persona y se logra por fe. ¿Cómo se le pudo haber pasado este conocimiento tan importante por estos años en su comportamiento? Ahora veía que tenía que arrepentirse y dar gracias por la claridad de lo entendido.

—Por mucho tiempo pensaba que mi salida a la vida tan mujeriega que había llevado tenía que ser con algo especial que me atara a un compromiso delante de la sociedad del cual me sentiría comprometido por más de un factor. Ahora veo que estaba equivocado, que es al compromiso con la persona equivocada a lo que le estoy corriendo, porque por fin me siento a gusto con una mujer que no exige nada excepto crecer a mí lado.

— Estoy en completa libertad con ella y como nos comprendemos y nos satisfacemos, no tenemos nada que probarnos el uno con el otro. Me sentí por tanto tiempo sucio bajo los ojos de Dios por andar como un picaflor rompiendo sus deseos y mandamientos y no me puse a pensar que lo que me iba a detener de esa vida era encontrar la satisfacción que buscaba en tantas con una sola...

— ¿Encontraste que era la calidad y no la cantidad lo...?

— ¡No! Muchas se entregaron en completa calidad de mujer, pero la calidad, como le llamas, no era compatible por mucho tiempo prolongado para mí, por eso el saltar de una a otra. Es la compatibilidad lo que cuenta, el sentirse uno con la compañera propia, natural de uno, donde nada es planificado ni fabricado. Eso es lo que no he encontrado en tantas y es lo que no siento que María tampoco me entrega, ni me puede entregar, porque parte de su reacción depende de mí y yo no la siento así.

— Dios me la puso difícil de encontrar y mi pecado fue el no dejar de buscarla en la forma en que lo hice, pude haber evitado ese error y por eso me arrepiento, pero al final, aquí estoy, todo ha resultado para un bien. Eso refuerza mi fe en más de

una manera. Lo que sí me pasa ahora es que estoy aturdido. Por ese aturdimiento ningunas de las dos personas involucradas saben cómo me siento con ellas y lo que más me sorprende es que no me siento mal al no decirle nada por el momento porque prefiero el no tener que responderle a nadie de prisa hasta que no me sienta claro con Dios. Sí, con Dios, porque por primera vez en mi vida empiezo a ponerlo a Él antes que a mí mismo y así me siento mejor.

— Creo que te estas castigando muy severamente, ellas también deseaban llevar las relaciones al sexo. ¿Quién hoy en día se casa sin primero tener sexo en nuestra cultura latina? ¡Muy pocos! Te diré algo más, si me dieran un peso por cada hombre que se encuentra en este mundo deseando tener el estilo de vida que hace años tu vienes disfrutando, yo sería billonario, por decir poco y ser reservado con los números. Vistes impecable, visitas buenos restaurantes, comes comidas excelentes por igual que los vinos que consumes, acompañado de bellas mujeres, con buenas conversaciones, disfrutando de lo que haces; ¿estás loco? Vives el tipo de vida que uno le pide al genio que aparece después de frotar la lamparita mágica.

— Estas viviendo los ideales del presente siglo sin hacerle daño a nadie. Ahora si tu corazón te exige un cambio y no encuentras la paz con esa conducta, entonces estas en lo correcto, tienes que cambiar. Pero no porque estas escondiéndole una parte de tu vida a María, basta con el hecho de que tus planes para ella son justos, me refiero al matrimonio que tienes pensado de llevar a cabo con ella. Sí, no estás cien por ciento aquí para ella ahora, pero pensabas que lo estarías en el futuro, hasta que llegó la mujer misteriosa, entonces María también tiene que salir de tu vida.

— En eso estamos claro, no he tenido relaciones sexuales sin permiso de nadie y muchas comunicaron sus deseos de que eso era lo único que deseaban, ese tipo de relación, sin ataduras. Con relación a los hombres que desean vivir lo que yo estoy viviendo, adelante. Si encuentran su paz así, excelente para ellos. El casarme o recogerme con una sola mujer no implica que tendré que abandonar el resto de la buena vida que llevo. Pero ya basta, estoy cansado y ya que se dónde encontrar la paz que he estado buscando todos estos años, voy con toda mi energía a buscarla con determinada fe en que la conseguiré—. Esto dijo mientras observaba los reflejos de la luz en su copa de vino.

— Casarte no te perdonará de los pecados que has hecho ni te perdonará los pecados del futuro. Abandonar tu estilo de vida porque te sientes un pecador no desaparecerá con el matrimonio o con María, los pecados de todos siempre necesitarán arrepentimiento aquí en este mundo. Llevar una vida cristiana sin tener arrepentimientos no es una vida paralela con los deseos de Dios. Esa es la vida que yo llevo y te la recomiendo. Cero pecados, cero arrepentimientos. Vivo la vida que Dios me dio a vivir, sin sentirme un pecador. Si tienes que vivir una vida llena de pecados y arrepentimientos, entonces deja el cristianismo y busca espiritualismo en otra parte. Esto en parte es lo que deseo que veas con claridad—. El rostro de Eduardo mostraba una seriedad severa.

— Nos sentimos pecadores cuando comparamos nuestras decisiones contra los mandamientos de Dios. ¿Están o no están dentro de los estatutos de Dios? Siempre nos estamos evaluando. Yo no pienso así. Yo no me siento culpable de hacer lo que se considera normal en nuestra sociedad y lo que muchos desearían poder hacer, que yo hago, aunque sea un pecado.

El profesor le contestó:

— Pero lo que estoy haciendo, siento que me está alejando más de Dios todos los días y eso si me preocupa más que el pecar. Entonces, si Jesucristo vino para dar su vida por nuestros pecados, y yo me arrepiento de mis pecados, satisfago la primera parte de su sacrificio por mí. Si vuelvo a hacerlo, el arrepentimiento no me sirvió por no ser honesto, verdadero. O termino con mi estilo de vida, o me alejo de Dios. Si me alejo de Dios, nunca llegaré a trabajar para asimilarme a Jesucristo lo cual es lo que debo hacer y quiero hacer porque esta es la segunda parte de mi sacrificio, seguirlo a Él. La vida que he estado viviendo no me trae paz, me satisface por momentos, pero no me da paz.

— Pero cuando creo que me asimilo a Jesucristo, asimilando mi comportamiento al suyo, me encuentro que me trae paz. Ya lo he experimentado y lo he vivido. Yo sé que nunca seré un Jesucristo. Por igual que sé que si dejare el estilo de vida que llevo para quedarme solo sería un sacrificio para mí. Por eso lo sigo haciendo y cuando lo hago me lleno de arrepentimiento porque veo esta conducta como inadecuada en mi vida.

—Hasta ahora no tenía una substitución adecuada, pero ahora tengo a Jesucristo. No quiero tener que arrepentirme eternamente. Ahora lo comprendo. Por eso es este cambio al que yo quiero entregarme desde ahora en adelante, a seguir a Jesucristo para el resto de mi vida. Si no me siento cerca de Dios no hay punto en arrepentirme. La paz se logra a su lado, no alejado de Él.

Los ojos de Eduardo se humedecieron, pero debido a que la noche ya había caído y la distancia entre el sillón y el sofá ayudaba a poder esconder el brillo en sus ojos, el profesor nunca lo notó.

—Tus palabras me recuerdan cuando perdí a mi bella Cristina, encontré una paz de no tener que salir corriendo a ningún lado. Había mil y una cosas más que hacer, pero tenía una lentitud en cumplirlas que me estuve mucho tiempo confuso de mi comportamiento. Andaba en cámara lenta. Aun cuando me sentaba a pensar en ella, que fue por muchos años, lo hacía dejando que la misma naturaleza de hacerme falta se ocupara de hacerme sentir la necesidad de pensarla y añorarla. Ella también, pensé yo por muchos años, que estaba tomando más prioridad en mi vida que el mismo Dios. No voy a hacer excusas, lo fue. Ese fue un pecado del cual me tuve que arrepentir.

— Realmente creo que Dios nos deja tomar este tipo de vacaciones, alejado de Él, porque sabe que estamos, en el fondo, creciendo más en Él, aunque estemos pecando. Al final de todo es que te das cuenta de que es así. Te ausentas de Él porque es necesario contestarte ciertas cosas tú mismo y al final estas más cerca de Él de lo que te imaginabas. Dios te suelta la mano y das esos pasitos tú solo y lo hace para que tu fe crezca más en Él. Estos pasitos no siempre se dan sin pagar un castigo de tu parte, que, al corregirnos, nos asimila más a su hijo Jesucristo, lo cual es lo que nosotros mismos también deseamos—. Ahora la humedad de sus ojos necesitaba los dedos pulgares de las manos para recoger las pequeñas lágrimas que corrían lentamente de sus ojos. Lentamente, porque no eran lágrimas de desahogo sino más bien de alegría.

El profesor lo enfocó en los ojos diciéndole, —por eso me gusta venir aquí, y ahora que lo dices así, no hay confusión por mi parte—. Era una mirada de completo acuerdo. Los dos se sonrieron y no se tenía que comunicar que el

entendimiento común que se tenían era el responsable por la tranquilidad que reinaba en la sala. Eduardo sirvió la tercera copa de vino y decidieron cenar en el apartamento del profesor donde le esperaba alimento caliente. Tomaron el elevador dos pisos inferiores al piso de Eduardo con copas en manos. El profesor colocó un jazz suave y la conversación se traspasó a la música y los diferentes géneros que dominaban en conocimiento y sus preferencias de cantantes, grupos y orquestas.

Al final de la noche, después de despedir a Eduardo con el mismo abrazo que acostumbraban darse al decir “adiós”, el profesor meditó por un buen tiempo en su pequeño balcón con un coñac en manos. Llegó a la conclusión que desde que conoció a María le había sido infiel con otras mujeres, pero nunca le había molestado a él como un pecado o como una traición hacia María. Había estado tan preocupado de que estar con sus amigas, era un pecado que tenía que resolver antes los ojos de Dios, que nunca analizó el otro grande pecado de mentir y de menospreciar el amor de María.

Esto le inquietaba con ciertas preguntas, ¿sentía verdadero amor hacia María?, ¿qué otros posibles pecados estaban cometiendo sin darse cuenta porque solo uno ahora tenía prioridad en su vida? Las personas que lo acompañaban y como estaba estructurada su vida, tenían un papel muy importante que jugar en su conducta, todo esto tenía que cambiar inmediatamente si él iba a seguir a Jesucristo y sentirse bien consigo mismo. Inició un recorrido mental que lo llevaba paso a paso por su vida como adulto y mientras más meditaba más se afirmaba a si mismo moviendo la cabeza de vez en cuando para arriba y abajo acertando un “sí” silencioso hasta que por fin dijo en voz alta, “eso haré, sí señor, esa es mi decisión”.

Dos semanas después de esta conversación, rumbo a la casa de su mamá, detuvo el vehículo dos veces para contestar el celular a llamadas de importancia. Una era de la agencia de bienes raíces que deseaba saber si iba a reservar el apartamento para el fin de semana en el mes de diciembre pues había muchas demandas este año debido a un incremento de turismo en el área. La otra fue de la oficina de su odontólogo recordándole su cita dentro de cuatros días, cosa que ya había olvidado. En ambas ocasiones las interrupciones fueron bienvenidas. Comenzó a meditar sobre Sarah. No sabía cómo contestarse a sí mismo la pregunta.

¿Por qué les salieron las explicaciones a los problemas de Sarah con tanta facilidad y porque era tan difícil aceptar esas mismas respuestas en su vida? ¿Había él buscado en el fondo de su corazón para analizar sus inquietudes? Jaló el nudo de su corbata hacia abajo creando un espacio bastante grande para poder penetrar detrás del nudo con sus dedos hasta el botón superior de su camisa y con un rápido movimiento en sentido horario del reloj, desabotonó el botón del ojal y extendió el cuello de la camisa hacia ambos lados.

Empezó a realizar que su conducta con sus amigas era una decisión propia necesaria que la podría cambiar a un estilo de vida que lo haría sentir completamente diferente, si dejase de tener relaciones sexuales. Tampoco tenía que estar casado. Pero, él no veía la necesidad de ponerlo en práctica hasta ahora porque su fe y sus sentimientos con relación a Jesucristo y el Espíritu Santo no les habían invadido el corazón. El amor que sentía al entregarse a Jesús era genuino y solo sentía la necesidad de arrepentirse como lo hacía, de su conducta, cuando se sentía mal al no poder entregarse completamente a una nueva vida, pero sentía alivio al pedir perdón por dejarse arrastrar por sus emociones. Ese arrepentimiento no degradaba lo que sentía con sus amigas cuando estaba junto con ellas, sin embargo.

Este era su dilema, sentía tanto por ambos mundos, el espiritual y por el mundano y sabía que eso lo cualificaba como el “cristiano carnal” del que tan claro habla Pablo.¹² Pero bien sabía que no lo sería por mucho tiempo, contaba con el Espíritu Santo que pronto lo sacaría a su nuevo paso en su proceso a vivir

totalmente como uno que había nacido de nuevo. Esto lo llevo a pensar en su hermanito Tomás, cómo había cambiado, cómo en ambas ocasiones abandono todo por el amor de una sola mujer. Pero ¿por qué no había pasado así con él y María?

¿Qué le detenía de llevarla al matrimonio? Sabía muy bien que no era miedo de encontrarse casado con compromisos, pero no podía identificar la barrera que lo impedía seguir en ese camino. Esperar con fe y seguir tratando de abandonar su viejo comportamiento, mirar hacia el futuro con positivismo de que eventualmente seguiría creciendo hasta llegar a disfrutar la paz de reconocerse como un hombre totalmente espiritual en su conducta era ahora su única esperanza.

Esperó el tráfico y cuando tuvo la oportunidad volteó el vehículo en la esquina hacia la derecha y así se ubicó en la calle donde vivía su madre. En el fondo, detrás de la puerta de rejas del garaje, se podía apreciar el carrito de Tomás bajo un forro de plástico color azul claro que lo protegía. Llegó a la puerta principal y sacó las llaves de la casa de su madre y abrió la puerta. En su subconsciente sintió alivio que su hermana no estuviera presente porque después de un día como el de hoy, sería mucho también tener que bregar con Analucía.

Llamó en voz alta, “¿mamá”? Pasaron unos segundos cuando oyó, “aquí en el comedor”. Al llegar a su destino no pudo ignorar los papeles que estaban al frente de su madre los cuales estudiaba con cierta seriedad, cuidado y dedicación. Su imagen le comunicó inmediatamente al profesor que lo que leía no estaba completamente claro para ella poder comprender y por eso se veía como si lo estuviera estudiando oración por oración.

— ¿Qué lees con ojo tan clínico? —le preguntó con sonrisa en cara. Se agachó y le dio un beso en la cabeza oliendo el suave champú al cual era adicto por haber vivido con él por tantos años. Era un champú casero de cuando su madre era niña el cual se componía de varias yerbas aromáticas por la cual su hermana siempre la criticaba diciéndole que eso era brujerías de los viejos tiempos. Tomó asiento a su lado y respiró profundo, pero como de costumbre expiró el aire tan lentamente que solo una yoguita lo pudiese notar ya que lo había aprendido de uno de ellos.

— Estoy estudiando estos documentos que dejó tu padre y que tengo que preguntarle al abogado para repartir los bienes entre ustedes. Ya sé lo que piensas y sí, tengo la necesidad de hacerlo, aunque a ti no te interese pues de no hacerlo, bien sé quién tratará de quedarse con todo—. Lo miró con cara de “no lo quiero discutir de nuevo” y él le contestó con una cara de “entiendo, te dejaré tranquila”.

—Tengo café en la cafetera, si lo deseas. ¿Tienes hambre, deseas que te prepare algo rápido de comer?

— ¿Cómo se hacen las madres para saber que sus hijos no han comido todavía?

— Igual que con estos papeles, también hemos tenido esa conversación. Nosotras sabemos todo sobre nuestros niños, todo. Y si no lo sabemos nos lo inventamos después de preguntarle a todos los que nos puedan contar sus secretos—. Los dos iniciaron una carrera inesperada, al mismo tiempo, a ver cuál carcajada duraba más y cuál sonaba más alto. Lo miró con el amor profundo como siempre lo había visto y él hizo lo mismo.

— No tengo hambre y bien sé que me espera comida en la casa, como de costumbre. Solo vine a ver cómo te encontrabas...

—Para que veas que nosotras las madres lo sabemos todo, si no tienes hambre y no quieres café entonces te molesta algo, ¿de qué quieres hablar?

—Tampoco. Esto es más bien una visita de médico.

—Tanto que le pedí a Dios que uno de ustedes estudiara medicina y no fue así. Pero será por el mismo Dios que viniste pues yo si tengo algo de qué hablar.

El profesor cambió su humor de relajado a uno más serio pues sabía que su madre no le gustaba abrirse en conversación de cosas que le molestaban.

—Tu hermana se mudó ayer con otra chica nueva. Esta es europea. En la libretita de teléfono de la cocina escribí su nombre y el país de donde viene, ya sabes que mi memoria me está fallando últimamente. Yo no sé cuándo es que esta niña me va a dar descanso y vivir como el resto de la gente. O te casas, vives con una compañera de apartamento o te quedas solterona viviendo sola. Pero esta vida de

vivir con una y la otra y viajar para aquí y para allá, que la mantengan y todo lo demás me ponen nerviosa porque nunca sé el peligro donde se puede meter y sabrá Dios...

— ¿Qué pasó con el poder de “sabe-lo-todo”? — La interrumpió con ese chiste el cual se dio cuenta que no funcionó porque ahora el semblante de su madre estaba más serio que anteriormente. Esto lo preocupó y le dijo: —Mira, mamá, Analucía ya tiene muchos años de experiencia en este estilo de vida. Que algún día se asiente y se madure a una vida más estable, no es imposible. Trata de ver las cosas con optimismo. Pero por ahora, esto es lo que le gusta hacer con su vida y sabe muy bien que a ti te preocupa. Por mucho tiempo pensé que lo hacía solo para mortificarte, pero no es así, también lo hace para seguir conquistando nuevas aventuras. No pasará mucho tiempo antes de que se canse de esta nueva persona también y estará tranquila por un tiempo y regresará otra vez a su viejo patrón. Pero tú deberías de mortificarte menos porque ella se sabe manejar.

— Eso lo dices porque no eres madre.

— Pero soy padre y...

—Padre a un niño, no de una persona adulta que hace años debió haberse establecido de una forma u otra en esta vida echando las raíces adecuadas.

El argumento era válido y apropiado, Elías solo sabía obedecer órdenes y sentir amor de los que lo rodeaban, no había porque preocuparse al menos que su temperatura subiera más de lo normal o hubiese quejas con lagrimitas por un dolorcito u otro. El profesor tenía que reconocer que muchas fueron las veces cuando en años atrás mantuvo serías conversaciones con Analucía al pensar que ella demostraba su inapropiada costumbre para molestar a su mamá.

Pero no fue hasta que se lo comunicó sin enredos que se dio cuenta que Analucía no solo era una busca fortuna que deseaba vivir con los ricos, pero que en su ambición no existían límites y que mientras le dieran el estilo de vida que ella deseaba, todo era posible para ella alcanzarlo. Esto era conocimiento del profesor y no de la sociedad donde vivían porque la sociedad envidiada a Analucía por su estilo de vida y por desear tener sus bienes materiales; pero no era respetada

porque muchas personas siempre analizan a los demás y definitivamente eso incluye la tendencia sexual de los demás y las de Analucía no se veía como normal debido a la falta de transparencia porque no había evidencias de nada incorrecto tampoco.

— Tienes razón, Elías no ha llegado a esa etapa de tener que mortificarme con esos temas, pero cuando llegue allí, lo dejaría en las manos de Dios y eso te recomiendo que hagas tú también.

— Eso hago y con mucha fe. A lo mejor por eso no le ha pasado nada hasta ahora. Siempre la tengo en oración. Y hablando de no pasar nada, ¿cuándo vas tú a pensar en establecerte? ¿O es que piensan que tengo derecho a un solo nieto, y la nieta qué? —dijo con una sonrisa que mostraba sus dientes.

— No sabes que hacía poco estaba pensando sobre eso mismo y no tengo idea de que es lo que me detiene con María. Todo se ve tan apropiado y tan correcto, pero no se...

— Yo también he estado pensando y he llegado a la conclusión de que debes de buscar a otra María. No como una más de tus amigas, sabes que no te critico por ellas, pero por otra niña que se pudiese convertir en tu esposa. Si hasta ahora las cosas no se han realizado entre ustedes dos, no creo que ella sea para ti.

— Pero, ¿cómo puedes estar tan segura? Si yo mismo...

— Porque cuando una mujer quiere algo, se lo consigue, aunque sea el peor error de su vida. Te veo preocupado cada vez que hablamos de María de tú no poder tomar una decisión, pero no oigo nada por parte de ella tratar de persuadirte tampoco—. El profesor abrió la boca para hablar, pero su madre se adelantó.

— Y no me vas a decir que ella es muy joven y tiene tiempo para esperar porque eso no viene al caso, ella no trata de buscarte, persuadirte, de embrujarte, ¿me entiendes? Su madre quiere ese matrimonio, lo hemos hablado ella y yo, las veces que nos has juntados a las dos en diferentes celebraciones. María dice que también le gustaría tener tus hijos, pero yo no veo el entusiasmo de su parte—. Ahora paseaba la habitación de un lado al otro con su vista al piso.

— En el último cumpleaños de María, su padre te puso el brazo por los hombros y te separó del grupo para hablar contigo y yo noté como te miraba, como si ya fueses su yerno. Eso me dice a mí que él también está más que listo para esta boda. No me sorprendería que él piense que ya ustedes están acostándose, aunque te creo cuando me dices que no lo has hecho—. La madre suspiro y lo miró con ternura.

— Solo quiero lo mejor para ti y esperaré hasta que tu hagas tu voluntad.

El profesor estaba mudo. Nunca pensó que su mamá pudiese penetrar tan profundo en un tema como lo hacía ahora y lo que le comunicaba no solo era muy cierto, pero también era algo que él no había pensado. No podía verbalizar, sentía calofrío subir y bajar por su columna vertebral y sus piernas no le respondían al mandato de levantarse, pues eso era lo que deseaba hacer, pero estaba paralizado. De esta conversación haber existido con otra persona, hubiese sentido vergüenza, pero al ser su madre solo sentía admiración y respeto.

— Piénsalo. ¡Ella no se quiere casar contigo! No tienes que tomarme en serio si no deseas, pero me gustaría que no digas nada ahora, solo piénsalo.

Cómo se le ocurre decir que no la tomara en serio cuando había tocado un nervio tan importante en su vida con la pura verdad. Por su mente empezaron a pasar cientos de momentos de recuerdos donde estaba con María los cuales clasificaban la falta de emociones por parte de María ya sea que estuvieran solos o acompañados. Nunca faltaba la parte de ser cariñosa, pero no pasaba de allí y eso le daba a él el control de detenerse con poca dificultad. No era como estar con otra de sus amigas. Sin embargo, siempre pensó que amaba a María, y ella a él, y ahora tenía que hacer un análisis desde otro punto de vista, otro ángulo nunca anteriormente medido.

¿Era amor o se había encariñado con la chiquita? ¿Sentía ella amor o solo lo veía como un trofeo de conquista? Muchas eran las estudiantes que estarían listas para ocupar su lugar al lado del profesor. Aunque los padres de María contaban con su restaurante, su estado económico no alcanzaba al del profesor, mucho menos su estado social. De sus otras amigas, solo una hablaba de su estado social, las otras solo hablaban del hombre y del momento de pasarlo bien en su compañía.

María no hacía ningunas de las dos. En muchas ocasiones le preguntó si era feliz a su lado y ella siempre contestaba “muy feliz” y nunca lo dudo pues su compañía siempre era especial. Por eso estaba aturdido en esta meditación que su mamá lo había enviado y en la cual solo él podía navegar.

Recordó el sueño que lo inició en su camino al arrepentimiento final de sus acciones que lo sofocaban: se te juzga solamente a ti y nadie más. Finalmente entendió que no tenía más tiempo para terminar con las excusas y buscarle una solución a la vida que quería dejar atrás, tenía que terminarlo todo, ahora. Eduardo lo sabía, su madre se lo acababa de confirmar, María no era la mujer de su salvación. Para ser honesto consigo mismo, él también sabía que ella no lo era, ninguna lo era. Su salvación estaba con Jesucristo. Sasha era la mujer que tanto había esperado, la simple cajera del supermercado. Sasha había ocupado toda su atención y tiempo desde que la conoció. María pertenecía al pasado con relación a sus sentimientos.

Sí, la seguía viendo de vez en cuando y sus comunicaciones eran más por celular que en la universidad, en persona. Pero a ella no le molestaba y a él no le hacía falta su presencia. Se sentía limpio en sus nuevas meditaciones, sentimientos y camino de la vida. Todo esto se había logrado después de Sasha, pero él no había tomado una decisión de terminar con María y concentrarse solo con Sasha. Esto lo hacía meditar por qué él tampoco se había sentido mal cuando le fue infiel a María con todas sus amigas, pero no tenía una respuesta.

Honestamente, ahora tampoco sintió, durante casi dos años, que algún día llegaría a ser su esposa. Nunca hubo lo que ahora sentía con Sasha por primera vez desde Rosalía. Era como si la reacción con María fuera solo una idea en su vida, como si María podía esperar y esperar porque no era algo real, solo algo de sus planes para el futuro. En eso sabía muy bien el profesor que hizo lo incorrecto, por eso se arrepintió fuertemente con Dios, aunque ya estaba cansado de arrepentimientos, pero al mismo tiempo realizó lo lejos que vivió de Dios todo ese tiempo. Ya no había una necesidad para María en su futuro. Al finalizar su conversación con Eduardo había tomado una decisión de terminar con María

muchos antes de la conversación con su madre, pero no lo hizo. Ahora tenía que hacerlo y dejarle al mundo saber que Sasha era la mujer de su futura vida.

Eduardo no sabía quién era la mujer misteriosa pero nunca la conocería como “la cajera”. La conocería con toda la formalidad adecuada cuando los uniera para cenar una noche en su apartamento. El profesor se la presentaría con el respeto que ella se merecía, con nombre y apellido. Ella también aceptaría la invitación de cenar en la casa de su madre con su hermana y hermanito. La visitaría en la universidad, ahora que regresó a sus estudios en sociología, y saldrían juntos de manos para ser visto por todos. No la escondería más. Solo ella lo había separado de su pasado sin hacerle falta nada de ese viejo estilo de vida.

Le daría la importancia que ella merecía y tendría que pasar el más bruto de los exámenes al ser presentada a su hermana, Analucía, pero si sería amada por su hermano y su madre, y conquistada por Elías, de eso estaba seguro porque ellos solo deseaban su felicidad. Pero antes de todos estos pasos, a Sasha Alejandra, se le tendría que confesar los planes del profesor. Estaba seguro que aceptaría Sasha sus planes, la decisión y los planes de matrimonio ya se habían hablado con transparencia. Recientemente habían hablado de religión y ella se sentía igual que el profesor.

Miles de preguntas, al tratar de ser una seguidora de Jesucristo, arrepentida de su comportamiento que ella misma evaluaba como incorrecto, pero con muchos deseos de seguir creciendo en su fe. Una mujer con conceptos y sentimientos, así que era seguro deducir que se deseaba casar. Lo que estaba más claro era que ninguno de los dos lo deseaban inmediatamente y para el profesor eso era ideal. ¿Sería prudente confesarle lo de María o debería de archivarla junto con todas las otras en lo que constituía ser su pasado? Él tenía derecho a un pasado. No por vergüenza, no por serle infiel, sino por privacidad.

De su parte él no deseaba saber del pasado de Sasha tampoco. Deseaba un cambio positivo, deseaba todo nuevo, nada ficticio todo muy real y verdadero. Tan cierto y verdadero que había nacido de nuevo. Tan cierto como vendrían otras tentaciones en su vida junto a Sasha, pero seguro que con el Espíritu Santo las podía sobre pasar. Pensó en todas las conversaciones que los habían llevado a conocerla

y como ella nunca puso barreras en el proceso, es más, ella abrió fronteras que él pensó que ella no estaba lista para contestarle, si él fuese el que preguntara sobre el tema.

Pero lo más chistoso fue aquella vez cuando ella lo llamó a su apartamento para preguntarle una bobería y terminaron juntos sin estar programado. Fue entonces que ella le confesó que lo estaba pensando mucho y muy a menudo y que ella lo consideraba prudente que, si a él le molestaba, que se alejaran por un tiempo. Recordó como él le negó la oferta confesándole que él también estaba sufriendo del mismo malestar y cómo él no se escondía de sus sentimientos. Entonces fue que le propuso juntarse lo más pronto posible. Ella lloró de alegría. Cada vez que se veían había algo nuevo y a él le encantaba.

Ella le confesó que su padre fue un ruso inmigrante que su madre conoció en su trabajo, unas de las tiendas departamentales más grandes de la ciudad, el cual fue responsable por sus primeros tres hijos antes de que se desapareciera de sus vidas. Dos años después se volvió a casar y así se completó la familia de seis hijos. Pero ese padre murió en un accidente automovilístico y aunque pudo haberse casado otra vez, reusó y decidió criar sus hijos a la voluntad de Dios. La madre del profesor enviudó con un poco de dinero, pero la de Sasha no tuvo esa dicha. Fue un esfuerzo entre todos y seguía igual. Admiraba esa unidad en su familia a pesar de lo grande que era comparada con la de él.

La familia de Sasha aceptó al profesor con brazos abiertos. La madre tenía muchas cosas similares con la madre del profesor. Como madre e hija cocinaban con tan buen gusto, las salidas nocturnas a cenar afuera disminuyeron y el profesor se le veía cenar en casa de Sasha con más frecuencia; cuando el trabajo de la universidad y sus otras responsabilidades familiares se lo permitían. El profesor empezó a hacerse útil en la casa de Sasha.

En una conversación donde se necesitaba un muchacho para trabajar el jardín, le llevó a Paco para realizar esa función y, como era la naturaleza de Paco, este incrementó sus servicios a limpiar ventanas y pulir los zapatos de todos en la casa. El profesor también le buscó un mejor empleo a uno de sus hermanos como vigilante en la universidad. A otros dos le orientó para que se inscribieran en un

programa gubernamental con becas en áreas técnicas. Como uno de ellos ya tenía un poco de experiencia como mecánico, también le ofrecieron empleo en el instituto mientras estudiaba mecánica diésel.

Pero el cambio más severo que introdujo el profesor en la casa de Sasha fue cuando le introdujo a Elías. Y, después de un tiempo de conocerlo, la invitó a pasarse el fin de semana en la playa. Se fueron los tres juntos un viernes por la tarde y regresaron el domingo por la noche y Sasha no regresó a casa hasta el lunes por la mañana, después que el profesor llevara a Elías al colegio. La madre de Sasha entendió la seriedad de la invitación y las consecuencias que traían. Pero estaba tan contenta de ver a su hija realizada, completa y hasta más segura de sí misma. Sasha había dado mucho, se había sacrificado mucho por la familia, era tiempo de que estableciera su propia vida y este parecía ser el hombre ideal con quien hacerlo.

Al regresar del paseo, ese lunes por la tarde el profesor fue a visitar a su madre como de costumbre. La noticia que la madre le tenía de muy temprano era la llamada de su exesposa. Ella quería saber quién era la mujer con quien él había llevado a Elías al colegio. La madre se preocupó al no saber si era una obligación legal, que su hijo tenía que dejarle saber antes de tiempo a quién él exponía al niño. No deseaba problemas entre ellos dos. Pero si le molestó que ella supiese la vida de su hijo. Era obvio que alguien en el colegio la tenía enterada, pues la llamada llegó minutos después que el profesor llevó a Elías al colegio.

Que ella supiese que su hijo no estaba solo esta vez no le preocupaba a la madre. La exesposa del profesor se había, en ciertas conversaciones, burlado del hecho que aparentemente su hijo no podía encontrar una compañera porque siempre andaba con Elías solo los fines de semanas. Siempre supo que el momento que su hijo saliera con Elías y una mujer eso le traería envidia y celos. Pero el profesor le puso remedio a la situación rápidamente.

“Ignora todos los comentarios de su parte, ella no puede hacer nada al respecto. No le comentes nada. Si te vuelve a tocar el tema de Sasha con relación a su hijo le puedes corregir que Elías no anda con nadie, yo soy el que anda acompañado y el que se responsabiliza por la compañía que llevo”. La próxima vez

que ella se comunicó con la madre del profesor la exesposa tenía muchas preguntas sobre la mujer misteriosa y la madre del profesor disfrutó en hacerla sufrir, pero no le dio ninguna información de importancia. “Yo creo que las cosas van en serio entre ellos dos,” le dijo.

El profesor tenía otras cosas en que meditar ¿Qué tanto le había afectado esa conversación de vivir juntos al profesor? Él no sabía. Ni tenía idea porque parte de esa conversación no terminaba de darle vueltas en su cabeza como si fuese un joven estudiante en la universidad pensando en un papel que tenía que escribir sobre un tema filosófico. Era diferente de todas las demás mujeres con quien había estado. Esto era indiscutible. ¿Pero qué le hacía diferente a las otras? La atracción física era innegable. La manera en que se le entregó a su cuerpo fue impresionante. De hecho, esto si fue nuevo para él.

Hacía mucho tiempo que no había sentido a una mujer tan cerca de su núcleo, de sus entrañas, tal como lo expresó ella esa noche y madrugada. La última vez que pudiera recordar fue con Rosalía. Fue una madrugada tan especial que él no quería que terminara. En compañía de otra de sus amigas no hubiese deseado pasar tanto tiempo con ningunas de ellas, a pesar de que las encontraba físicamente tan atractiva como a ella. Por primera vez se habló de un tema que ninguna otra amiga había intentado discutir con él. Y no fue el tema filosófico que se expuso, sino la sinceridad con que ella lo expresó, y habían pasado otras en su vida que estaban fascinadas con el yoga o meditaciones.

Las que le gustaba las culturas del oriente donde las meditaciones han gobernado las conductas de las personas por miles y miles de años. Pero pocas de esas amigas no reconocían hasta qué punto en su vida había que sacrificarse y dedicarse a ese tipo de vida espiritual por encima de otras prioridades que tiene el nuevo mundo. Sin embargo, ella no habló de este tipo de espiritualismo, el de ella estaba completamente basado en Jesucristo. Al inicio el profesor se sintió seguro del tema porque de eso vivía, de enseñar teología. Muy pronto, empero, se dio cuenta de que esta joven tenía un conocimiento tan profundo y seguro de sí misma que lo dejó con dudas de que tanto había ella estudiado las santas escrituras y de

dónde había tenido y entendido explicaciones que el mismo profesor no le tenía posibles respuestas.

Esto fue lo que le causó cierta incertidumbre con ella; pero que a la vez también le causó atarse a ella e incrementó la necesidad de seguir viéndola y conociéndola con más seriedad. Aparentemente lo que él tenía en conocimiento bíblico, ella tenía en fe. ¿Pero era posible que una persona cristiana fuera tan casual con el sexo? Casual, en el sentido de acostarse con el profesor la misma noche en que lo conoció. Porque de sexo casual esa noche no lo fue, ella se entregó completamente, y él le correspondió, fue una noche increíble.

Honesta sí fue en todo momento. Por eso le creyó cuando casi a lágrimas esa madrugada, le confesó que no estaba acostumbrada a ese tipo de conducta y al final de confesarle que se sentía mal con Jesucristo y de lo arrepentida que estaba, solo deseaba que la llevara a su casa. Le creyó desde el principio y la forma como ella se expresaba sobre su relación con Jesucristo se lo aseguraron más. Le dejó muy claro que él no tenía que sentirse culpable y atada a ella o con remordimientos de responsabilidad con ella. ¡Como si a él se le hubiese ocurrido pensar así! ¡Era lo más absurdo para él!

Él estaba acostumbrado a ese tipo de conducta con todas sus amigas. Esto le causó más intriga con ella porque no sintió que ella lo hubiese comunicado como una trampa para generar emociones de arrepentimiento y ataduras con ella. Es más, estaba seguro de que, si él no la hubiera buscado, jamás la hubiese vuelto a ver otra vez. Así fue, días después. Él tuvo que visitarla e invitarla a salir con él la segunda vez. Ella lo aceptó, pero con una condición. Sintió honestidad al ella negarse volver a tener sexo con él en esa segunda cita, aunque él se moría por volver a hacerlo con ella.

Se tuvo que satisfacer con solo cenar y charlar con ella. No se arrepintió y hasta se sintió contento y satisfecho de haber tenido tan agradable cita donde lo intelectual bastó y gobernó sobre el sexo. Así acontecieron las citas hasta la quinta vez cuando la pregunta tuvo que surgir de parte del profesor, ¿por qué estuviste abierta al sexo la primera vez si estaba en contra de tu creencia, naturaleza y de tu conducta?

Lo que aconteció como respuesta fue el elogio más grande que el profesor había recibido, desde su físico, forma de ser y todas sus modalidades. La respuesta fue simple y al punto, “me gustas mucho”. “Me deje arrastrar por mis emociones de la noche y tú me guiaste con mucha facilidad hasta el final a lo que yo tenía más lejos que iba a pasar”. Ella le confesó que tenía bastante tiempo observándolo cada vez que él iba al supermercado y él nunca lo supo. De no haberse él arriesgado a invitarla, tampoco se hubiese enterado pues ella jamás se lo hubiese comunicado. Por su parte, él nunca la había observado tan detalladamente hasta ese día cuando él estaba tan necesitado de una nueva compañía.

La próxima vez que estuvieron íntimos en su aposento, el profesor sabía que estaba sucediendo algo nuevo en su vida. Decidió entregarse a una relación permanente. Se comprometieron solos, esa misma noche, con todos los detalles, a que sería su novia y que se juntarían pronto bajo un solo techo. Nunca se imaginó que ella lo ayudara a crecer tanto en su fe, y así mismo se fue madurando su relación. Con una increíble rapidez debido a lo natural que se sentía el uno con el otro.

El seguía este rumbo de crecer espiritualmente y ella creciendo en conocimiento de la biblia que él le enseñaba haciéndole referencias a lo que ella le enseñaba a él. Eran una perfecta unión. Eduardo le comentó que él profesor había cambiado mucho en su forma de argumentar. “Te noto más cristiano en tus deducciones y ya sé por qué,” le aseguró. El profesor solo sabía que sentía diferente, lo analizaba todo desde el punto de su fe cristiana. Jesucristo estaba en sus meditaciones casi todo el tiempo del día y en las noches al leer la biblia, se dormía con ella en su pecho debido al cansancio del día.

Le agradaba su nuevo estilo de vida. No sentía necesidad de arrepentimiento, pero sí de agradecimiento, de darle gracias a Dios por el cambio tan positivo en su vida. Aprendió que vivir continuamente pensando en pecados y tener que arrepentirse nos enferma porque el hombre no puede vivir sin alimentar tanto su cuerpo como su espíritu. Era la conclusión a la que había llegado el profesor y sabía que por muchos años nunca alimentó su espíritu. Solamente hizo que su espíritu tuviese que arrepentirse por lo que hacía su cuerpo y su ego. Ahora que tenía una

nueva vida y a Sasha, no quería alimentar solamente su mente con conocimientos bíblicos, también quería alimentar su parte espiritual consistentemente apegado a Jesucristo. Esto lo mantendría cerca de Dios.

No quería perder el balance que había logrado al no tener el eco de las palabras que Jesucristo les dijo a tantos: "...no peques más".¹³ Entendió que todas las leyes no se pueden cumplir y llevar en este mundo. Las leyes existen para hacernos realizar que es necesario nacer de nuevo junto con Jesucristo, y era en esa fe que estaba depositando todas sus esperanzas de que su espíritu pudiera vivir en paz. Ahora, Jesucristo le dejó al Espíritu Santo para enseñarle esta nueva forma de vivir. El profesor estuvo tan equivocado en tratar de vivir satisfaciendo leyes. Un espíritu inquieto y hambriento esclaviza y enferma el cuerpo, eso lo sabía. Lo aprendió porque él fue esclavo por mucho tiempo en su vieja vida. Ahora sabía que Jesucristo había pagado por todos sus pecados, pasado y futuros, en esa cruz. Su nueva responsabilidad era seguir los pasos de Jesucristo, aunque fuese imposible en esta vida.

Recordó a la mujer en la fiesta del fariseo la cual estaba esclavizada por sus pecados debido al remordimiento con que vivía.¹⁴ Su demostración del arrepentimiento delante de todos al lavarle los pies a Jesús con sus lágrimas y enjuagarlos con su pelo fue indicación de lo que se espera de nosotros para vivir balanceados entre cuerpo y espíritu. Arrepentimiento verdadero. El Profesor realizó que su conducta pudo cambiar porque sus decisiones estaban basadas en una nueva vida donde su espíritu estaba alimentado con fe espiritual, no con influencias mundanas. Por eso mandó a imprimir su pasaje favorito de la biblia y lo colocó en un cuadro, en la pared a mano derecha de su oficina, al lado de su escritorio:

"Porque yo por la ley soy muerto para la ley, a fin de vivir para Dios". Gálatas 2:19-20

Jesucristo había muerto por él, lo había dado todo por él, solo faltaba creer que Jesucristo era el hijo de Dios y así lo hacía.

Empezó a comprarle libros cristianos a Elías con hermosas ilustraciones. Elías ya tenía uno favorito, ese era donde se cuenta que David mató un león, un oso y un gigante llamado Goliat. Le encantaba las ilustraciones. Tanto fue el tiempo que le dedicaba a su nueva vida que María pasó al olvido. Se recordó violentamente de María al recibir una llamada suya un jueves por la noche. “Quiero verte mañana en la universidad, si es posible”, le dijo con voz apenada. Estaban localizados en polos opuestos en la universidad, él trabajaba en el este y ella estudiaba en el oeste, donde se impartían clases a los estudiantes de postgrados en sus especialidades.

La última clase del profesor terminó a las cuatro y media. La de María a las tres y media y ella decidió pasar tiempo en la biblioteca. Allí se encontró con sus amigas donde compararon notas de estudios y pasaron un buen rato con las amigas que no estudiaban las mismas materias. Esa parte de la vida universitaria le gustaba a María tanto como la profesión que estaba estudiando. Salió y se encontró con el profesor en la puerta del estacionamiento justo cuando él llegaba de su edificio. Se recibieron con un inocente besito y partieron al café favorito de María. Durante la semana María se hospedaba en la casa de una tía, hermana de su mamá, y su casa no quedaba lejos del café. El profesor le preguntó:

— ¿Cómo te sientes y cómo vienen esos estudios? No hablamos desde el fin de semana así que me imagino que no has tenido problemas con el progreso de la tesis—. Le dijo esperando ver su reacción.

— No, todo está bien por esa parte. Pero como ya sabes el año se termina pronto y también mi educación. Eso nos acerca a los planes de nuestro matrimonio—. El corazón del profesor se entristeció porque sabía que tenía que terminar con María y en realidad, aunque había practicado el discurso, no estaba listo para hacerlo esa misma tarde. Le cogió de sorpresa el tema y no podía evitarlo. No la podía dejar que siguiera haciendo planes para las bodas después de esta reunión. Esta era su oportunidad de terminarlo todo, ahora. De no hacerlo, sería un hipócrita y un abusador porque eso solo la iba a herirla más de lo necesario.

Sin embargo, a pesar que se encontraba con un corazón pesado, notó un cambio en la piel de María y en la expresión de sus ojos. Presenció miedo, pánico que endurecía su cutis y lo blanqueaba a un descolorido transparente que era

concertante, la palidez que ahora gobernaba su carita. El respiraba profundo para no delatar sus sentimientos. Estaba seguro que, de parte de ella, no podía notar ningún cambio en el semblante del profesor. Ella continuó:

— Yo no me puedo casar contigo—. Las palabras salieron de su bella boca con una increíble rapidez como si fuesen disparadas. — Yo te amo, — dijo más calmada —pero no así, te agradezco todo lo que has hecho por mí, no he jugado contigo es que yo...

— ¡María! — Disparó también el profesor, pero con más fuerza y un alivio de alegría.

— ¡Perdóneme! Nunca fue mi intención... en realidad hace tiempo que yo... — Se detuvo en seco. Miró la alegría que radiaba de la cara del profesor y su propia cara fue invadida por un éxtasis de confusión. — ¿¡Se está riendo!? ¿¡Qué hace, usted!? ¿No me está tomando en serio? — Ahora, permanecía una sonrisa, pero ella lloraba de nerviosismo al mismo tiempo. De no detenerla, seguro que le iba a dar un malestar.

El profesor se levantó como un resorte de la silla donde estaba sentado y se arrojó al cuello de María que permanecía sentada. La besó en las mejillas que estaban decoradas con las calurosas lágrimas que obedecían la ley de la gravedad y corrían hacia su destino volteando alrededor de sus jugosos labios y cayendo delicadamente en la falda vaquera que estaba muy de moda con la juventud de la universidad. La falda mostraba parte de sus muslos y sus rodillas que era donde descansaban sus delicadas manos. La besó hasta que ambos perdieron la cuenta de las veces y solo se detenía para mirarla en los ojos y le sonreía para volver al mismo proceso otra vez. Esta locura terminó cuando ambos se rieron con honestidad y nerviosismo, ahora sin lágrimas por parte de ella, y con alivio total por ambas partes.

— Sé que hablas en serio. Con lo emocionado que estoy, no te puedo explicar que ha pasado en mi vida en estos últimos meses, pero acepto lo que me dices como la mejor noticia que he recibido después de saber que Elías al nacer era un niño

físicamente normal, así de grande es esta noticia tuya. ¡Gracias, mi Dios! — No podía contener su energía y alegría.

— No entiendo, pero, no importa —. Lo dijo moviendo la cabeza de lado a lado rápidamente, como tratando de despertarse de un sueño. — ¿No estas molesto conmigo ni con terminar este compromiso? Eres tú el que me hace la mujer más feliz de este mundo. Como siempre tienes toda la razón, no hablemos nada más por hoy, yo también estoy demasiada excitada para darte las verdaderas razones porque no me puedo casar contigo. Es más, perdóname porque tengo que ir al baño, así de nerviosa estoy.

Volvió a disparar las palabras como si fuese una ametralladora y de un solo brinco, salió corriendo en la dirección del baño. Como una chiquita que no sabe controlar aún sus necesidades. Al regresar a la mesa, ambos estaban nerviosos y preocupados con el otro. La conversación la inició el profesor preguntándole a María cuándo sería un buen día para hablar con sus padres. María se negó rotundamente. Ella ya había vuelto a su normalidad después de salir del baño y deseaba asumir la responsabilidad de ella hablar con sus padres y darles la noticia. Había otras cosas que ellos necesitaban saber, antes de informarles del rompimiento de sus planes. “Eso no es negociable” le dijo con seriedad.

Dos semanas después de la graduación de María, no entendió porque sus padres tomaron la presencia del profesor con un poco de vergüenza, como si la culpa fuese de ellos. El profesor asistió a la graduación de María y le llevó un bello arreglo floral el cual se lo entregó estando ella en compañía de sus padres. En esa ocasión los padres de María se comportaron lejanos a él y él supuso que se encontraban desencantados con la decisión de la pareja romper su compromiso. No tuvo otra alternativa de comportarse como un nuevo amigo en vez de un exnovio de su hija. Pero ahora sus aspectos eran como de culpabilidad y no entendía por qué. ¿Sería que María no les había dicho las razones por que ella rompió con él y ellos lo culpaban a él?

Antes de la graduación, María le había dicho por teléfono que les había informado a sus padres del rompimiento de su noviazgo y que ella asumía toda la responsabilidad. Sin embargo, las razones, de nuevo, no se las confesó al profesor

y el respetaba su privacidad. Él se imaginaba que María, al ser tan joven, no quería esa responsabilidad tan pronto en su vida. Seguro que deseaba probar otros caminos antes de seguir caminando en una sola avenida. Este razonamiento iba de mano en mano con lo que su madre había deducido de María y por eso la aceptó sin meditarlo mucho.

El profesor, de su parte, le habló de su cambio de vida. Nunca le habló de la necesidad de no ver el matrimonio como el remedio que lo iba a cambiar, sino más bien de la necesidad de él entrar al matrimonio como un hombre cambiado, como un hombre completo, tanto físicamente como espiritualmente. Esto, le explicó, no lo podía realizar al lado de María. También le confeso su nueva relación con Sasha, y aunque le escondió sus múltiples pasadas relaciones, y por lo tanto su insinceridad con María al serle infiel desde el inicio, no se sintió un pecador al mentir. Ya lo había hecho con Dios. Él había pedido perdón por tan desastroso pasado y no veía la necesidad de hacerla sufrir con confesiones de ese tipo, de los que ella nunca tuvo conocimiento. Además, él tenía derecho de reservar los errores de su pasado. Estos estaban allí para Dios juzgárselos y perdonárselos.

De todos modos, culpabilidad, vergüenza, frialdad o alejados del profesor, los padres de María realizaron que María estaba en una etapa indecisa en su vida y que por lo menos había sido honesta con el profesor y ellos y esperaban que el tiempo pusiera las cosas en sus correctas perspectivas que sería lo mejor para ambos. Le extendieron siempre invitación a seguir siendo un buen amigo de la familia y que no dejara de traer a Elías al restaurante, porque según la mamá de María, se moriría de no volver a verlo otra vez. El padre de María le dijo que no quería perderlo como amigo, y el profesor se lo creyó. Siempre fue sincero con el profesor. Pero el profesor sabía que esas eran palabras que se las lleva el viento. Era mejor que un buen tiempo de ausencia aliviara la situación con el olvido. Esa fue la despedida, pero las razones de María, el profesor nunca las supo.

Estaban sentados en la mesa del comedor Tomas, su mamá, Sasha y el profesor. De repente la voz de Analucía preguntó con una sonrisa:

— ¿Cuál es el motivo de la fiesta?

Todos la miraron al mismo tiempo, pero fue Sasha la primera en darle la bienvenida. Estaban considerando ideas para la boda de Tomás ya que Chloé no estaba presente, no era prudente tomar decisiones definitivas, pero estaban jugando con las ideas. Desde luego, como toda conversación de bodas, inocentemente se pregunta cuándo son las bodas de los solteros presentes. La pregunta la había hecho Tomás al verse atacado por todos en la mesa de que pronto perdería su libertad y se la hizo a Analucía. Analucía no desperdició en disparar las palabras:

— Como en esta familia todo se hace al revés, los pequeños se pueden casar primero, como es el caso ahora, así que el próximo eres tú ya que eres más joven que yo— dijo refiriéndose al profesor. Pero Sasha no tardo en contestarle:

— Los vamos hacer pronto. Nos detiene el problema de encontrar la casa ideal y estamos buscando el sitio donde sea más conveniente para los dos ir al trabajo —.

En su sonrisa solo se notaba la alegría de poderlo anunciar con la firmeza que lo hacía. La madre del profesor no podía esconder su gozo de la noticia, aunque para ella no era una sorpresa en realidad. Ya el profesor se lo había comunicado a su madre y a Tomás, días atrás, en la última visita cuando fue con Sasha. En esa visita el profesor llevó a la madre de Sasha la cual estaba contenta de la relación que venía desarrollando con la madre del profesor. La amistad era necesaria para ambas y disfrutaban compartir recetas, novelas y hasta ideas y puntadas de tejer. Ya no estaban tan solas.

Se llevaban de lo más bien y después de Sasha contestarle que sí, que pensaban tener hijos, lo más pronto posible, la madre no podía contener la alegría de tener más nietos pronto en la familia. Tomás estaría empezando con Chloé a establecerse económicamente, eran muy jóvenes y tenían tiempo. El profesor tenía

los medios económicos y ahora que Sasha estaba trabajando para el gobierno en una muy buena posición, no había más que esperar.

— ¿Qué piensas hacer con tu apartamento? — Le preguntó con curiosidad Analucía.

— Ya lo tengo vendido. El precio no está mal y la ganancia es muy beneficiosa para el tiempo que tengo el apartamento como propietario—. Lo dijo sin malicias algunas. De hecho, se lo dijo como siempre acostumbraba hablar, pausado, tranquilo y en voz baja.

—Tú sabes que yo también vivo de bienes raíces, hubiese sido bueno, querido hermano, si me lo hubieses comunicado, solo por cortesía—. Estaba enojada y se podía decir hasta furiosa.

— La comunicación es una calle de dos vías. Nunca estás en casa y cuando visitas te comunicas con indiferencias y una actitud negativa. La cortesía es otra cosa que se tiene que practicar para recibir. Como tú no te comunicas con la familia, no sabías que ese apartamento estaba vendido mucho antes de yo conocer a Sasha, y por lo tanto no había necesidad de decírtelo. Es más...

— Pero yo te pude haber encontrado un mejor precio, pero como en esta casa no se me valora...

Ahora fue el profesor que la interrumpió. Él no estaba enojado, pero si mantenía un tono de voz un poco más áspero y fuerte que el anterior. Él nunca se retiraba de un argumento con su hermana y se preguntaba ahora, “¿por qué tener esta discusión en presencia de Sasha y la alegría de Tomás, que deseaba probar?”

—No es asunto de más dinero. Años atrás Eduardo me pidió que, si algún día vendía el apartamento, él lo compraría para sus dos hermanas, no porque lo necesitaba sino para tenerlas más cerca. Para que pudieran vivir en el mismo edificio. Ambas viven en uno de los apartamentos que Eduardo tiene al cruzar del puente y ellas están ya muy avanzadas en edad para vivir solas tan retiradas de él. No siempre tiene que ver contigo las situaciones de la vida, mi querida hermana—. Estas últimas palabras llevaban frío en su entonación.

Al decir las últimas palabras, el profesor se fue levantando de la silla y tomando las llaves que estaban sobre la mesa delante de él. Sasha también se levantó entrando su silla, le dio la vuelta a la espalda del profesor y se despidió de su futura suegra con un beso e hizo lo mismo con Tomás. Al llegar donde estaba Analucía vio la resistencia y disgusto que estaban depositados en su semblante, pero siguió con su propósito de despedirse apropiadamente de Analucía.

Analucía exageró la vuelta de su cara para recibir el beso y así obligar a Sasha a desistir de su atento sin mencionar que al mismo tiempo era notorio que no deseaba la despedida formal. Sin embargo, Sasha puso su mano derecha sobre la mesa para no perder el equilibrio y con un fuerte alcance de su cuerpo, sobre la silla que estaba en medio de las dos mujeres logró ligeramente rozar su mejilla con sus labios. Lo sorprendente fue lo que le dijo Sasha a Analucía. En vez de un adiós, le dijo con dulzura:

— No fue mi culpa y tampoco nunca serán los desacuerdos entre tú y tu hermano. Siempre seré tu cuñada sin importar lo que diga o haga mi futuro esposo, el hermano que siempre se preocupa por ti.

La sonrisa no fue lo que desarmó a Analucía, ni el obvio esfuerzo de parte de Sasha al despedirse casi perdiendo el balance para poderla alcanzar. Las palabras “que siempre se preocupa por ti” se quedaron resonando en los oídos de Analucía. A tal punto que se quedó un poco boca abierta mientras pensaba que de haberlo dicho así, implicaba que ella había sido tomada en cuenta por su hermano y aparentemente, no de mala forma. El profesor se despidió. Se despidió con un fuerte beso para su madre, un “nos vemos” para Tomás y una mirada de pena para su hermana porque no tenía las intenciones de acercársele.

Nada más se dijo hasta que se escuchó el motor del automóvil del profesor arrancar desde la marquesina. Tomás también abandonó el comedor y se retiró a la sala. La madre miró a Analucía con ojos que deseaban una explicación. Pero su cuerpo no estaba de acuerdo con sus ojos. Se sentía incomoda en la misma silla que momentos antes había estado cómodamente sentada llena de esperanzas y risas por el buen ambiente que disfrutaba en la mesa del comedor. Con nervios de resorte se levantó, tomó las pequeñas tazas de café en las que habían tomado el

profesor y Sasha y las retiró al fregadero para ser lavadas. Regresó a la mesa donde estaba Analucía con un trapo húmedo y limpió la mesa evitando los brazos de su hija que descansaban delante de ella.

— ¿Sobró café? — Preguntó con una voz de satisfacción que lo ocurrido había sido la victoria que ella deseaba.

— ¡No sobró café, hay café! El café fue recientemente preparado, no es sobra. Por igual que tampoco es sobra lo que siempre se te ha dado a ti en esta casa. Amor, comprensión, entendimiento e igualdad con tus hermanos. Pero tú insistes en seguir levantando esa bandera de revolucionaria en este hogar, representando una guerra sin fin, que hace tiempo tus hermanos y yo te hemos dicho que no tiene ningún valor de verdad y mucho menos porque pelear.

— ¿Tú no crees que él me debió decir acerca de la venta del apartamento? — dijo con cierta autoridad de derecho en su tono.

— ¡Esto no tiene nada que ver con apartamentos ni ventas! Y en paréntesis, tu no vives de ventas de bienes raíces, de ninguna manera te perjudica a ti que no te lo haya informado, basta con las excusas. Simplemente tú no puedes ver a los demás en el camino de la felicidad, los arrojas en la vía con tu grosero camión para que se mueran en el acto y reclamas que fue un accidente inocente.

— ¡¿Cómo puedes decir algo así, mamá?! ¡A eso es a lo que me refiero, lo que piensan y como me tratan en esta casa!

Elevó la voz a un volumen al que nadie debe de dirigirse a una madre. Tomás estaba en la sala pues sabía que habría un enfrentamiento entre ambas mujeres y como de costumbre se retiró de la mesa antes que iniciara. Pero su plan de evitar las fuertes voces no tuvo éxito. Casi estaba a punto de pararse y ponerle un fin a su hermana y su mala conducta. Pero al oír la voz de su madre y la entonación con las que pronunciaba las palabras, decidió no intervenir.

— Hasta que tú no busques dentro de ti, ¿qué es lo que envenena tu felicidad?, tú no te sentirás bienvenida ni en este hogar, ni en ningún otro techo donde vayas a esconderte de ti misma—. Las palabras salieron de la boca de su madre con un frio

tan impresionante que eran capaz de congelar un cactus en el desierto al medio día.

Después de unos cuantos minutos de completo silencio, la madre continuó:

—No, esto no es ojo por ojo, mi intención no es herirte a ti después de que heriste a los demás, o por lo menos trataste. Sécate esas lágrimas porque en las tuyas yo ya dejé de creer hace mucho tiempo. Es el mismo patrón de siempre. No soportas la felicidad. Ni la misma tuya, hasta esa te estorba...

— ¡Eso no es cierto, estas siendo cruel ahora conmigo! Cómo así que yo no quiero ser feliz. Yo...

— ¿Con cuántas amigas has vivido en busca de la felicidad cada vez que te has marchado de esta casa, porque según tú, no importabas o no soportabas más el aburrimiento—? Sus ojos estaban clavados sobre Analucía mientras ambos brazos de la madre descansaban en la mesa para poder acercársele más a su cara.

— ¿Cuántos mandamientos viola usted sin su conocimiento? Usted no se siente pecadora ni apenada en esos momentos. Mucho menos siente la necesidad de tener que arrepentirse simplemente porque no está consciente de cómo está ofendiendo a Dios. Yo recuerdo el viaje que hicimos a los Estados Unidos. Cuando el inspector de aduanas le prohibió entrar aguacates al país.

— Se pasó todo en el camino a la casa de tía en el taxi maldiciendo a ese pobre hombre por hacer su trabajo. Lo mataste verbalmente y eso es un pecado. No bien llegamos a la casa cuando el próximo día le contaste el episodio a mi tía y lo volviste a asesinar refiriéndote a su persona con vulgaridades peores de las del día anterior, porque mi tía también tenía la misma opinión que tú de que todos los inspectores de aduana eran unos ladrones.

La madre la miraba con ojos de tristeza. No por sentirse apenada ni arrepentida por su conducta de ocho años atrás, sino porque tenía el presentimiento hacia donde le iba a llevar esta conversación; a la terrible conclusión de una deducción ilógica.

— Así me siento yo. Libre de remordimientos porque según mis criterios, yo no estoy pecando en mi vida. Oh, yo sé que me llaman lesbiana, oportunista, amante al dinero y materialista, entre otras cosas. De hecho, algunas de las mismas amigas con quien he vivido me lo han manifestado así, después que termino la fiesta entre las dos. Pero, si no me sentí alejada de Dios, si no sentí que me burlaba de los mandamientos de Dios, entonces no me importa lo que digan los demás. Yo sé quién soy yo y no soy ningunas de las cosas que me acusan. Me gusta la buena vida—. Sus ojos se abrieron más de lo normal.

— Ellos critican y juzgan, Jesús nunca lo hizo. Ellos cometen sus actos y luego viene el arrepentimiento y las depresiones, si en verdad son sinceros con ellos mismos. ¡Esos no son los que me van a juzgar a mí! Viviré mi vida a mi manera, con mis valores y mis deseos y sueños, no los ajenos. Que se preocupen ellos de su propia salvación. Yo me entiendo con Dios y justifico mi propia conducta. Eso es lo que quiero que mi hermano entienda ahora que está tratando de persuadirme a entregarme a Jesucristo porque él encontró su camino hacia su salvación...

— ¡Basta, ya! — La garganta de la madre estaba seca cuando empezó a hablar y su expresión salió como un disparo distorsionado de su boca. Sus ojos clavados en el rostro de su hija como una advertencia de que no toleraría más la actitud que hoy se atrevía a manifestarle.

— ¡Yo lo felicito! Lo hago de todo corazón. Que encuentre su salvación. ¡Sí! Pero yo estoy bien con mi Dios y solo Él sabe lo que yo hago y por qué lo hago...

— ¡Te dije que ya basta! Tu hermano solo quiere lo mejor para ti...

— Y yo también, o ¿es qué aún no entiende lo que te estoy diciendo? Él es hombre y nunca entendió como fue el infierno de vivir como mujer bajo el techo de papá. Yo fui la única otra mujer en esta casa que tuvo que evidenciar toda la falta de respeto que él manifestaba hacia ti. Sus mujeres, fiestas y orgías fuera de la casa mientras tú te engañabas a ti misma pretendiendo que nada de eso te involucraba a ti.

La madre estrelló sus dos delicadas y pequeñas manos sobre la mesa como un acto de que se iba a levantar. Ahora sus ojos estaban llenos de ira.

— No me involucres a mí en tus sucias excusas ni en las falsas razones de porque tú eres como...

— Excusas son las que tú no tienes mamá por vivir ese abuso masculino, de ese machismo ignorante que respalda el maltrato de las mujeres mundialmente. Ese abuso que me hizo sentir despreciada, desvalorizada y dada a entender que, de no librarme de esas garras, yo también sería sujeta a un hombre así porque era el ejemplo que tú permitías que se viviera en esta casa junto a ese monstruo al que se le llamo, papá.

Hubo un silencio tan presente y prolongado que tenía personalidad propia. No logró cambiar el razonamiento de las dos mujeres, pero sí dio luz a lo que se estaba comunicando por parte de cada una. Era imposible negar lo que su hija le decía. La pregunta era, ¿cómo lo supo?

— Tú eras muy pequeña para saber de ese pasado. No me vas a decir que la conducta de tu padre justifica tu actitud revolucionaria en este hogar. Porque la suciedad que a él le gustaba nunca manchó mi honor como madre en este hogar así que menos a ti—. Pensó que eso detendría a su hija, pero fue inútil.

— ¿Dónde me crie yo, mamá? ¿En casa de mis tías? Yo estaba aquí, mamá. Yo salía a la universidad, yo tenía amigas, amigos en la calle fuera de estas cuatros paredes. Todo se sabía de mi padre y sus amigotes de la sociedad. Sí, los hijos de los padres, amigos de mi papá, me lo contaban se burlaban de sus propios padres. Pero yo sentía vergüenzas, asco y desprecio por las mujeres con quien él lo hacía hasta que llegué a ser una mujer también y no podía vivir con todo lo que ocurría a mí alrededor. Un silencio dominó la cocina al punto que molestaba la tranquilidad que lo acompañaba.

— Ahora mismo no sé qué decirte, excepto preguntarte, ¿por qué no me hablaste de esto anteriormente? — Había una calmada sinceridad en el tono de su voz. Voz de madre preocupada. — ¿Por qué vivir todo ese tiempo con vergüenza, desencanto y hasta odio en el desarrollo de tú juventud?

— ¿Qué iba hacer como niña, enfrentarme a ese monstruo de padre para ser castigada? Eso no me importaba. ¿Debí de hacerlo cuando señorita para que él me

argumentara que yo no era su mujer? El tuviera la razón de mandarme a callar. Piensa en lo...

— No, no... me refiero a mí, ¿por qué nunca te acercaste a mí y me hablaste? — Miró a su hija y vio la revelación en sus ojos que ahora estaban llenos de lágrimas que no corrían, pero que solo se acumulaban prisioneras dentro de sus párpados.

— Por pena, mamá. Te tenía pena. Se enteraría que lo sabías y se burlaría más de ti por soportárselo.

Al día siguiente la madre le contó la conversación a su hijo mayor con todos sus detalles. La primera reacción del profesor fue comentar “esa no fue su guerra, fue la tuya y tú la peleaste a tu manera. Nos trataste de dar el hogar perfecto. Yo, por lo menos, jugué el mismo papel que tú ignorándolo todo. Dios solo sabe que no fue para beneficiarme del respaldo financiero ni emocional que mi padre me negó. Yo simplemente deseaba que fuéramos felices. Yo deseaba tú felicidad, o por lo menos tú tranquilidad en esta casa. Yo sé que Tomás nunca lo supo, y por lo tanto nunca le afectó. Si Analucía se internó dicho disgusto en sus entrañas, no fue tu culpa, madre. Ahora que viviste esa parte oscura con papá, no te eches encima la oscuridad de mi hermana”. La conversación duró unas horas y terminó con la idea de parte del profesor de pasarse un fin de semana con su hermana en la playa.

La llamó e hicieron planes. Fue una experiencia que ambos recordaron para el resto de sus vidas. Analucía mantuvo su posición de crecer con poco amor propio y desprecio por las mujeres débiles. El profesor no insistió en persuadir a Analucía a ver las cosas desde un punto cristiano y como las cosas serían mejores al dejarlas en las manos de Dios porque ella no estaba escuchando. Además, ella tenía un buen dominio de la biblia y de la definición de nacer de nuevo. Pero más importante era el hecho que ella no estaba lista para recibir a nadie en su vida. Se sentía cómoda con la idea de vivir con las demandas que su cuerpo le pedía, de ser como era sin sentirse mal.

“Por lo menos no me miento, ni me niego a lo que me satisface, aunque Dios no lo apruebe”. Esa fue su conclusión. Lo más que pudo tranquilizar el profesor fue a la promesa que le hizo: “cuándo yo esté lista para iniciar mi camino con Dios, te

pediré, mi querido hermano que me orientes”. Por su parte el profesor le prometió no dejar de orar por ese día, el cual él recibiría con mucha alegría. La noche que pasaron en la playa, Analucía se negó ir a bailar y por lo tanto se pasaron parte de la noche en la habitación del profesor mirando el atardecer como le gustaba a él. Con whisky en mano, el profesor le comunicó que nunca le perdonaría haber esperado tanto para pasar tiempo íntimo y comunicativo. No se culpaba a él mismo sino a los dos. Esperaba que se repitiera. Ellos dos solos.

Ella le recordó que la comunicación es una calle de dos vías. Ambos se murieron de la risa. Lo importante de esa reunión fue que en realidad Analucía no cambió su filosofía de la vida, pero sí su trato con su familia. Desde el punto de vista del profesor, era un inicio, la madre lo veía como una hija que regresó de un viaje perdido y Tomás lo vio al principio como un “ya veremos”. Analucía se vio visitar a su madre con más frecuencia y hasta se les vio a ambas en las tiendas del pueblo comprando juntas. Hasta se dieron un viajecito juntas para comprar los accesorios de las bodas de Tomás.

Después de las bodas Analucía se mudó de nuevo con su madre. Le comunicó que “mamá no debe de vivir sola” y el profesor estaba totalmente de acuerdo. Pero no pudo evitar preguntarle, “¿qué pasaría con su estilo de vida?” El análisis que Analucía tenía acerca de su edad y de terminar la búsqueda de fortunas, “ya tengo bastante para el futuro, es hora de recogerme y dejar la sociedad seguir su rumbo” fue su último comentario. Su posición espiritual si le seguía preocupando al profesor pues nada más le gustaría que ella se entregara a Jesucristo. Sin embargo, últimamente las conversaciones teológicas entre los dos estaban iniciando un cambio positivo.

Analucía empezaba a cuestionar muchas de las tendencias que la alejaban de buscar a Dios. El profesor la informaba de los diferentes teólogos y las teorías que contestaban esas tendencias. Así que siempre había algo para ella leer y esto reforzó su relación con todos los miembros de la familia. Aunque la madre participaba poco en dichas conversaciones, estaba feliz de tener a sus dos hijos en casa comunicándose y se satisfacía en preparar bocadillos con Sasha en la cocina y conocer mejor a su nuera. Analucía empezó a llevar y a recoger a su madre de la

iglesia. La madre estaba feliz y cada vez que podía le comentaba que alguien en la iglesia la había invitado, a lo cual Analucía siempre le contestaba, “un día de estos”.

Dichas mañanas siempre terminaban en el área comercial de la ciudad para disfrutar de un buen café acompañado con algo delicioso de comer. La verdad era que la madre tenía tanto tiempo que no salía de su casa, que no sabía que la ciudad había crecido tanto y de que hubiese tantos sitios diferentes donde comer y comprar. La madre no podía atar todos los cabos que realizaron los cambios que la familia había dado pero su relación con Analucía, aunque no perfecta, era una bendición. Por igual el éxito de Tomás en Europa con su nuevo matrimonio.

Fue una gran boda para lo pequeña que se había programado. Nunca se vieron tantas personas francesas en el barrio. Chloé lucía hermosa y radiante, Tomás elegante y orgulloso. Los padres de Chloé eran un encanto, o por lo menos así los vio la madre de Tomás. Entendía lo que Tomás o Chloé le traducían del francés y pocas veces tuvo que acogerse al idioma de señas cuando no había uno de los intérpretes disponibles en el momento. Sin embargo, se comunicaban de lo más eficientemente. Hasta un viaje se programó para la primavera en Francia para que la madre pasara tiempo con los yernos de su hijo. Como la madre no debía de viajar sola, Analucía la acompañó. Analucía conocía bien a Paris y deseaba mostrarle a su mamá, dónde vivió ella por dos años de su vida.

Elías, junto con una primita de Chloé, fue responsable de cargar los anillos de los novios. Dentro de los ciento cincuenta invitados se encontraba una gran cantidad de franceses que viajaron para la ocasión y también amigos de trabajo de la compañía local. Eduardo fue acompañado de sus dos hermanas, María fue con sus padres y la madre de Sasha fue acompañada de su hijo mayor. Los novios regresaron a vivir a Francia una semana después de su luna de miel. Pero la sorpresa más grande se la llevó el profesor. En las bodas, después de la ceremonia, todos se estaban socializando, conociendo o entreteniendo con la músicaailable en la pista de baile.

En la pista de baile había una pareja haciendo maravillas pues era obvio que tenían muchos años bailando juntos y eso atrajo la atención de un grupo de personas que le hicieron un círculo para verlos bailar. En la parte exterior del círculo

estaba María con la espalda en la dirección del profesor, el cual estaba unos metros de distancia de todo el espectáculo al lado de Sasha. El profesor no pudo creer lo que veía, aunque en realidad el hecho contestaba muchas preguntas, María estaba agarrada de una mano con una muchacha que el profesor podía identificar como una compañera de estudios de la universidad. Hubo un momento donde María miró a la muchacha y esta le dijo algo al oído de María, y María le contestó por el mismo estilo.

La muchacha descansó su cabeza en el hombro de María después de una larga mirada que para el profesor llevaba algo de pasión. Si lo que el profesor dedujo de esa mirada era verdad, entonces encontró en ella la respuesta a la pregunta que su madre le había instalado en su mente. ¿Por qué María no había tenido iniciativa en su relación con él? Sintió muchas cosas por María en ese momento y pena no fue unas de ellas. Ella tenía derecho a vivir su vida a su manera. Sí sintió miedo, miedo por lo que casi pudo ser. Desencanto por el tiempo desperdiciado con él en vez de haber buscado su felicidad. Pero conociendo a sus padres, seguro que ellos nunca le dieron la oportunidad de que ella pudiese comunicarles sus deseos.

Se imaginó que la presión, al acabársele el tiempo, hizo que María reaccionara a tomar una decisión en su vida. Se iba a graduar y pronto después de esa fecha también había planes de matrimonio. María no pudo soportar más y tuvo que ser honesta con sus padres. ¿Quién sabe?, a lo mejor ella solo se dejó llevar por las demandas de los demás y no por su verdadera personalidad, su verdadero deseo y preferencia personal. Fuera lo que fuera, sus ojos no estaban equivocados, el profesor tenía bastante experiencia para saber analizar lo que veía. Pero por su mente estaban pasando tantos incidentes, cuando estuvieron juntos, que ahora se podían explicar razonando lo que veía con sus propios ojos.

Había mucho que meditar, pero no sería esta noche, ya sobraría tiempo. En ese momento no sentía que la había usado ni decepcionado. Ella pudo haber sido sincera desde el inicio, como él tampoco lo fue. Se usaron mutuamente. Él pensando buscar salvación con una nueva vida y ella mostrándoles a sus padres que podía vivir la vida según sus deseos, en vez la que ella deseaba. Por el momento

sabía que tenía que orar por María, para que esta vez estuviese claro sobre su posible futuro, él estaba seguro del suyo.

Epílogo

Seis meses después, la misma arena juguetona le cosquillaban los dedos de sus pies mientras se encontraba sentado frente al mar que tanto le gustaba. Como de costumbre meditaba sobre las bellas cosas de Dios. Esta vez, no estaba solo y fue esa misma realidad lo que lo despertó en lo que estaba pensando. Sasha gritó un “¡Ay no, estás frío como un hielo!”. Elías había corrido de entre las olas a ponerles las manos, con agua del mar, en la barriga de Sasha, la cual contenía su futuro hermanito. Sasha había anunciado hacia un tiempo que esperaría a que el agua estuviese más caliente antes de bañarse y Elías aprovechó la ocasión para molestarla.

Estaban llenos de alegría con el embarazo de Sasha y con todas las nuevas responsabilidades que el futuro le traía. Las nuevas responsabilidades no importaban, lo más importante ahora era que eran una familia. Una familia cristiana. Una vida donde el profesor había aprendido que la honestidad propia era la raíz, lo primordial para poder compartir con los demás, empezando con Dios y el amor que Dios demandaba que nosotros compartiéramos el uno con el otro. Este amor entendía que lo liberaba del odio, rencor y enemistad. Lo liberaba de una vida donde solo él y sus deseos importaban. En su nueva vida realizaba que el cristianismo no limitaba, pero más bien liberaba. Lo que el cristianismo prohibía era la destrucción del hombre.

Las prohibiciones de Dios lo hacían recogerse en su centro, en su núcleo y por lo tanto lo que radiaba del profesor hacia los demás era genuino, verdadero porque estaba basado en la palabra de Dios. Desde sus adentro, quería compartir con los demás la felicidad y el amor que sentía, y eso deseaba para todos porque estaba generado por Jesucristo. Lo sabía porque lo estaba viviendo lo más cercanamente posible aquí en este mundo, gracias a la manifestación del Espíritu Santo en su vida. Jesucristo lo había dado todo por el profesor y al pagar por sus pecados lo había liberado de continuos arrepentimientos y sentimientos de culpabilidad. Si Jesucristo lo hizo perfectamente por el profesor, entonces el profesor podría pasar toda su vida tratando de hacer lo mismo con los demás. La

perfección no importaba aquí, lo importante era compartir ese amor que seguía desarrollando por los demás. Cada paso que daba en su nueva vida, lo hacía más seguro, más satisfecho, más positivo y más fructífero que en su vieja vida. Como consecuencia de tratar de seguir la conducta de Jesucristo, se encontraba en una nueva vida sin límites en este mundo finito.

NOTAS:

1- Yamil Risk. El Proceso Cristiano. Outskirtspress. Denver Colorado, USA. 2014.

2- Para el propósito de esta novela, la predestinación es la salvación de una persona determinada solo por Dios sin importar las obras de esa persona. Solo Dios decide quienes serán seleccionados y entregados a su hijo Jesús para salvación. No es necesario entrar en una investigación sobre el tema de la predestinación para disfrutar la novela. Sin embargo, si desea hacerlo, resultará de mayor entretenimiento. Hubo grandes, famosos teólogos que escribieron sobre el tema, el cual se sigue discutiendo hoy en día, y estoy seguro de que le fascinará el resultado de su investigación.

3- Génesis 3:23

4- Génesis 3:24

5- Romanos 7:18-19

6- San Mateo 27:46

7- Malaquías 1:2-3

8- Mateo 7:5

9- Cuando hablamos del tabaco, el *Peronospora tabacina* Adam se le ha dado la reputación de poder viajar hasta 5,000 kilómetros por aire. En pocas palabras infecta rápidamente y en el pasado ha cubierto todo un territorio nacional en asuntos de semanas.

10- El *Myzus Nicotianae* y el *Myzus Persicae* afectan al tabaco directamente en sus hojas en forma de virus muy difícil de controlar.

11- El *Heliothis Virescens* Fabrico es sumamente dañino al tabaco. De la aplicación de la fumigación depende el éxito de controlar dicha enfermedad.

12- Corintos 3:1-3

13- San Juan 5:14

14- San Lucas 7:36-50

Yamil Risk es un maestro jubilado de la ciudad de Nueva York. Sus 36 años de experiencia en pedagogía lo han llevado a impartir clases en la República Dominicana y en Los Estados Unidos. Es licenciado en filosofía y Letras y Maestría en educación bilingüe de la Universidad de la ciudad de Nueva York, CCNY.

Toda su vida profesional, el profesor de filosofía ha enseñado los principios, teorías, conceptos, argumentos y diferentes denominaciones de teología en la universidad pública. Pero nunca había desarrollado fe espiritual. Después de su divorcio, el profesor se encuentra viviendo una nueva vida que eventualmente lo arroja al arrepentimiento de sus acciones. ¿Qué realizó este desvío en la ruta de su camino? ¿Qué lo interrumpió a cambiar sus futuros planes? El profesor inicia un nuevo camino al cristianismo que tan bien conocía teóricamente, pero que nunca lo había sentido y mucho menos experimentado en su corazón. Llega a realizar que no ha sido honesto consigo mismo y mucho menos con las demás personas. Inicia, por primera vez un nuevo camino acercándose más a Dios.

“Yamil Risk es un maestro jubilado de la ciudad de Nueva York. Sus 36 años de experiencia en pedagogía lo han llevado a impartir clases en la Republica Dominicana y en Los Estados Unidos. Es licenciado en filosofía y Letras y Maestría en educación bilingüe de la Universidad de la ciudad de Nueva York, CCNY.”

outskirts
press

ISBN 978-1-4787-0349-5



9 781478 703495

U.S. \$18.95

OutskirtsPress.com